

LOS TIJERALES
HISTORIAS DE LA CONSTRUCCIÓN

Hugo Farías Moya



EDITORIAL
LATINOAMERICANA

www.latinoamericana.cl

LOS TIJERALES

HISTORIAS DE LA CONSTRUCCIÓN

Hugo Farías Moya

Registro de Propiedad Intelectual N° 275936

ISBN 55555

EDICIÓN: **ANGEL SPOTORNO LAGOS**

DISEÑO E IMPRESIÓN

EDITORIAL LATINOAMERICANA

contacto@latinoamericana.cl

1ª EDICIÓN: SANTIAGO DE CHILE, JULIO 2021.

Dedicatoria

Este libro se lo dedico a mi padre carpintero, que me mostró desde niño el mundo de la construcción. También a mi madre, que lo acompañó con mucho amor y sacrificio, durante toda su vida.

También se lo dedico a mi señora Sandra y mis hijos Camila, Felipe y Vicente por su comprensión, ya que por culpa de mi trabajo me he restado mucho tiempo de compartir con ellos.

Agradecimientos

Al académico, arquitecto y ex Director de la Cormu en el gobierno del Ex Presidente Salvador Allende, Miguel Lawner, que me honró con escribirme el prólogo de este libro. Me llena de orgullo saber que ha sido galardonado con el Premio Nacional de arquitectura año 2019. Aunque tarde recibió este reconocimiento de sus pares a su destacada labor profesional, nunca está demás destacar este merecimiento.

Para todos ellos Infinitas gracias.

Prólogo

Este es un libro singular. No recuerdo algún relato sobre episodios ocurridos en obras de construcción, narrados desde la visión de un obrero.

Chile ha conocido casos de escritores de origen proletario, que lograron educarse y consagraron su vida a la literatura. Tal es el caso de dos de nuestras figuras más ilustres en este campo: Nicomedes Guzmán y Manuel Rojas. Este último trabajó durante su juventud en los más diversos oficios: pintor, electricista, talabartero, sastre, pero más tarde, su vida fue dedicada por entero a las letras.

Hugo Farías, autor de este libro, es hijo de obreros, sus cuatro hermanos son obreros, él mismo comenzó trabajando como obrero y logró estudiar en la universidad y ser un Ingeniero. Las 17 historias incluidas en este libro, corresponden a episodios reales, vividos por el autor como protagonista directo, en algunos casos dirigiendo obras de construcción a su cargo, pero siempre contados desde la visión de un trabajador.

El obrero de la construcción es un caso particular entre el conjunto de los asalariados. Es un hombre itinerante. Muda contantemente de una obra a otra. Construye en el barrio alto, como en los suburbios de la capital. Levanta viviendas para magnates como casetas sanitarias; copas de acumulación de agua potable, como locales comerciales o escuelas. Esta singularidad hace atractiva su faena. No es rutinaria. Cada obra trae siempre alguna novedad. También suelen tocarle faenas en provincia, que lo obligan a permanecer fuera de casa temporalmente. En general no tiene vacaciones aseguradas. Concluye una faena y suele quedar cesante, hasta conseguir un nuevo trabajo.

El libro de Farías retrata bien esta singularidad de los obreros de la construcción, que los diferencian del resto de los asalariados chilenos. Quizás, la circunstancia de no tener asegurado el puchero para mañana, los hace ser particularmente solidarios y fraternales con sus compañeros de faena. Aun cuando se reconocen fieles a sus esposas, la circunstancia de trabajar temporalmente fuera de casa, propicia romances con eventuales empleadas domésticas o compañeras de labor, que mueren al término de las obras. Es una patente de fábrica que los identifica. En este sentido, el autor evoca a Pablo Neruda cuando escribe: “Amo el amor de los marineros que besan y se van. En cada puerto una mujer espera: los marineros besan y se van”. ()

El perrito de la cuica es un episodio enternecedor. Uno de los trabajadores encuentra en la calle dos perros vagos hambrientos y los lleva a la obra donde se recuperan gracias al cariño y la alimentación prodigada por los trabajadores. Una circunstancia especial, hace que logren contactar a los dueños de uno de los canes: una familia acomodada, que concurre de inmediato a la obra en busca de su amado perrito. El desenlace del episodio es conmovedor.

Otro capítulo relata la historia de la Población José María Caro, situada en el sector sur poniente de Santiago, donde nació el autor del libro

y donde aún vive su familia. Su origen se remonta al año 1959, durante el gobierno de Jorge Alessandri, que impulsó ese programa para otorgar una mínima solución habitacional a unas 10.000 familias sin casa.

La obra consistió en la entrega de simples mediaguas de madera a cada familia: dos piezas de nueve metros cuadrados cada una, donde debieron arreglárselas para vivir los padres de Hugo y sus cuatro hermanos, en un terreno de 120 m². entregado inicialmente sin agua potable y alcantarillado, con pilones de agua cada cierto trecho y pozos negros para evacuar las aguas servidas.

La población, ha sufrido el estigma de ser señalada como un foco de delincuencia y prostitución, además de la tragedia ocurrida el año 1962, cuando seis pobladores fueron acribillados por las fuerzas especiales de carabineros, que acudieron a sofocar protestas originadas con motivo de un paro convocado por la CUT.

No obstante la precariedad de sus albergues, la vida en la población fue una escuela de fraternidad y solidaridad. Hugo Farías afirma que “la Caro, al igual que muchas poblaciones obreras, se fue construyendo en torno a lo social y colectivo. Todos se ayudaban en la nueva aventura. Las madres compartían el cuidado de las guaguas. Los niños estaban casi todo el día en la calle, compartiendo juegos grupales. Se ayudaban en las tareas escolares y, a veces, se compartía la comida.”

Otros capítulos dan testimonio de la picardía y la astucia de los obreros de la construcción, para enfrentar cualquiera dificultad o algún imprevisto en sus faenas. Tal es el caso de El asado en el cementerio, El Intendente que fue por lana, Las bandereras, o El paco frustrado.

También hay relatos dramáticos, que marcaron la vida de sus protagonistas, como es El accidente del colector.

Uno de los capítulos particularmente sensible para mi es el titulado Los Tijerales de la Unctad III. Como es sabido, yo tuve a mi cargo la responsabilidad de coordinar la épica tarea de construir el edificio destinado a alojar la Tercera Asamblea Mundial de la Unctad, obra realizada en 275 días, gracias al esfuerzo y la convicción de trabajadores, profesionales, artistas, artesanos y empresas constructoras.

El padre y dos tíos de Hugo Farías, carpinteros de oficio, trabajaron en la construcción del edificio, que significó para ellos una experiencia inolvidable.

En una de las visitas a la obra efectuadas por el Presidente Allende, los trabajadores le reclamaron la realización de la fiesta de los tijerales, ya que se veían colocadas las primeras grandes vigas metálicas de la techumbre. El presidente vaciló un instante y con su certero ojo político contestó: muy bien, yo pongo el vino y la empresa constructora que se ponga con la carne. Pero.....añadió Allende, ustedes contraen el compromiso de venir con sus mujeres y sus hijos, propuesta no fácil de digerir para los machistas de tomo y lomo que eran en esos años los obreros de la construcción.

La Alameda se cerró un día Domingo en la mañana desde la Plaza Baquedano hasta la Avenida Portugal y los obreros confeccionaron bancas y asientos para tres mil personas.

Hugo Farías relata así este episodio: “Recuerdo que mis padres asistieron con su mejor pinta y junto a mis cuatro hermanos - mi hermano menor aún no nacía- nos vistieron para la ocasión. Cuando llegamos, la Alameda estaba cerrada y solamente se permitía la entrada de los obreros acreditados. Nos recibieron con empanadas y bebidas y nos llevaron a las mesas dispuestas para la ocasión. Mi madre, una modesta dueña de casa, pobladora de la población José María Caro, con apenas primero año básico rendido, se le cayeron las lágrimas de emoción, y mi padre la acompañó y abrazó con ternura. Ella se sentía muy

orgullosa y feliz de su marido y del padre de sus hijos. Nos comentaba que nunca en su vida la habían tratado con tanta dignidad de gente modesta y trabajadora. Por eso, aún recuerdo cuando se produjo el golpe de estado, un año después, y supo por la radio la noticia de la muerte del Presidente Allende, se puso a llorar a mares y nada ni nadie la podía consolar. Fue un dolor que le duró por años y que nunca pudo superar.”

El último relato, titulado “Los saqueos en Concepción”, está referido a los sucesos ocurridos en Concepción, con posterioridad al terremoto del 27 de febrero de 2010, cuando la desesperación de miles de familias, privadas de agua y alimentos e indignadas por el alza injustificada de los precios impuesta por las grandes cadenas de supermercados, procedieron simple y llanamente a saquear dichos establecimientos.

Fariás señala en su texto: “El terremoto, quién lo iba a decir, ha desnudado el capitalismo chileno, mostrando vergonzosamente sus pies de barro”.

Me cabe la satisfacción de prologar un libro original, que relata las luces y sombras, el ingenio y la simpatía de trabajadores con particularidades propias: los obreros de la construcción, narradas por uno de ellos, que logró ser profesional, sin olvidar jamás su origen de clase social.

MIGUEL LAWNER

PREMIO NACIONAL DE ARQUITECTURA 2019

24.03.2019

LA CELEBRACIÓN NAVIDEÑA QUE NO FUE

Recuerdo que me enviaron a trabajar a una comuna al norte de Rancagua, a finales de los años 90. Debía dirigir la construcción de una copa de agua potable. Era un estanque elevado de hormigón armado con una cuba que almacenaba 2 mil metros cúbicos de agua potable y que debía abastecer a toda esa comuna agrícola. Para la construcción de la misma se necesitaba mano de obra especializada, como carpinteros, enferradores, soldadores y dos cuadrillas de obreros capacitados en el vaciamiento y compactación del hormigón, llamadas cuadrillas de concreteros. En total se requería una dotación de aproximadamente 80 obreros, más el personal que los dirigía. Además, se consideraba la contratación de supervisores por área de trabajo, jefe de obra, bodeguero y personal administrativo.

Para las labores de carpintería se trajeron operarios de la ciudad de Talca, que ya antes habían trabajado conmigo en una copa de similares características en la zona del Maule. Por supuesto que ellos estaban familiarizados con las labores que íbamos a realizar y además no se necesitaba de capacitación adicional, pues com-

prendían muy bien la labor a realizar y lo dificultoso del trabajo en altura.

La primera tarea fue conseguir algunas propiedades en la zona para que puedan vivir tranquilamente y cerca del lugar de las faenas. El administrativo se encargó de llegar dos semanas antes a la comuna y ver qué viviendas podían cumplir con las exigencias dadas. Eran 15 carpinteros que debían vivir en la comuna de lunes a viernes, que es la jornada de trabajo normal. El día viernes o sábado a primera hora eran las “bajadas” a sus respectivos domicilios para reunirse con sus familias. Esto también corría para los soldados y las cuadrillas de concreteros, que eran unos 20 trabajadores más. Estos últimos venían de diferentes puntos de Santiago, todos de zonas obreras. Los jornaleros eran los únicos obreros que eran contratados en la zona, porque resultaba antieconómico contratarlos de otras ciudades y llevarlos a trabajar a la comuna.

Al final se logró conseguir y arrendar tres propiedades que albergaban a los más de treintena obreros especialistas que se necesitaban para la construcción del estanque elevado. Se compraron, con cargo de la obra, las camas, frazadas, sábanas, etc. Además de los respectivos accesorios como cocinas, ollas, vajilla y otros. Por supuesto que una vez terminada las obras los trabajadores podían hacer uso de estos muebles y artículos a su entera disposición. Podían llevárselos a su casa, regalarlos o rifarlos en un Bingo, donde invitaban a sus nuevos amigos de la comunidad.

Como lo dije, anteriormente, se arrendaron tres casas grandes, que por suerte quedaban en la misma calle y a dos cuadras de la plaza de armas de la comuna, y a cinco cuadras del lugar de las faenas.

Claro que los obreros no las ocuparon el mismo día, sino que fueron llegando de a dos o tres, por día, hasta completar la totalidad dentro de una semana. Los mismos trabajadores decoraban, a su arbitrio, las viviendas para hacerlas más agradables en su estadía.



La “copa de agua” debía construirse en un plazo máximo de 10 meses, ya que cualquier atraso en días significaba que la empresa comenzaba a perder utilidades. Muchos de estos obreros ya habían trabajado conmigo, en otras obras en la sexta región, en la cons-

trucción de dos APRs. Debo aclarar esto último. Se llama APRs a la instalación de Agua potable rural. Es la construcción de un estanque de agua potable construido sobre un cerro, o el punto más alto de la localidad, más la red de distribución a las casas de los campesinos.

Volviendo al tema de esta historia, a las dos semanas de iniciadas las faenas, reuní a la totalidad de los trabajadores “foráneos” y los de la zona, en el comedor de la instalación de faenas. En esta reunión les expliqué los alcances de la obra, cómo íbamos a atacar los frentes de trabajo y quiénes iban a estar a cargo de las diferentes especialidades. Por supuesto que ocupando el lenguaje coloquial de la construcción les pedí el compromiso conmigo y con la empresa y, a su vez, recibir de parte de ellos las inquietudes propias de su labor y de su estadía.

Dentro de las solicitudes normales estaban, el monto del viático, el pago de los pasajes a sus hogares; el combustible, llámese gas licuado para las casas donde alojaban, para cocinar y bañarse y otras solicitudes que son propias de su especialidad. Entre estas últimas estaba la compra de algunas herramientas con descuentos por planilla y los “tratos” y el valor de los mismos.

Les informé, además, que el plazo de la obra tenía fecha para su término el último día de marzo del próximo año 1998, es decir, diez meses de duración. Como la obra inició sus trabajos el primer lunes del mes de junio de 1997, en pleno invierno, las faenas resultaban más dificultosas.

Tal como lo dije, anteriormente, como las faenas tenían una du-

ración de diez meses, obligadamente tenían que pasar las fechas más importantes lejos de sus casas, como las Fiestas Patrias, la Navidad y Año Nuevo, aunque igual en esas fechas viajaban a sus hogares muchos de ellos. Entonces, estando reunidos en el comedor con la totalidad de los trabajadores, les planteé la posibilidad de terminar la obra antes del plazo contractual, ojalá a los ocho meses y no a los diez como estaba pactado. Les comenté que ya había terminado dos obras anteriores bajo la misma política.

Como era una primera reunión para acordar cómo efectuaríamos los trabajos se requería mucha franqueza en la conversación. Tanto yo como ellos debíamos decirnos, a la cara, lo que pensábamos y así después no habría malos entendidos y evitaríamos rencillas posteriores. La idea es que fuera lo más armonioso posible los acuerdos logrados y plasmarlos en el contrato verbal, que dicho sea de paso siempre cumplí con la palabra empeñada.

Ante la pregunta planteada de terminar anticipadamente la obra, muchos de ellos me dijeron: ¿Qué ganamos jefe con terminar antes la copa? Otros me decían que: “lo único que vamos a lograr es que nos despidan antes de tiempo”. Y otros más sinceros aún me decían que para ellos ojalá la obra durara un año o más, porque así iban a tener trabajo por más tiempo.

Ante todas las dudas y planteamientos expresados les dije que haríamos el siguiente acuerdo; como la obra tenía una duración de diez meses y, si la terminamos antes, yo les pagaría igual los diez meses de trabajo. Todos quedaron conformes y felices por el “trato” realizado y se comprometieron conmigo más que con la empresa. Pero una advertencia en este cuento, les precisé: “aquí todos

los monos bailan”... , todos se debían comprometer con el proyecto. Por ejemplo, el bodeguero no podía decir, en ningún momento: “No tengo ese material o no tengo esa herramienta”. Debía adelantarse a los hechos, es decir, que si se ocupaban veinte sacos de cemento al día, desde que se hacía el pedido al distribuidor y llegaba el material a la obra transcurrían diez días, no podía tener menos de doscientos sacos en bodega. Era un ejercicio básico de matemática, no solamente con este artículo sino con todos los demás. Los trabajadores debían avisar a sus jefes de los materiales que se estaban acabando y éstos, a su vez, debían transmitir la información a sus superiores. Todo debía encajar como reloj.

Tomamos como regla general reunirnos la totalidad de los trabajadores en el comedor, una media hora para tratar los problemas inherentes al ejercicio del trabajo. No faltaba que alguno daba su parecer en problemas personales y le hacíamos ver que esto no se debía tratar en esta reunión sino que se debía canalizar con sus respectivos jefes. La obra transcurrió sin grandes sobresaltos en los primeros meses, a pesar de lo inclemente del tiempo de invierno.

Llegado el mes de septiembre y ante la proximidad del feriado de Fiestas Patrias, acordamos trabajar dos horas extras diariamente y completar así tres días de jornada laboral, que se iban a juntar con los días feriados del 18 y 19 de septiembre y podían tomar una semana de vacaciones y viajar a sus respectivos hogares. El pago de anticipos y liquidación mensual se realizaba en dinero en efectivo, no como ahora que casi en todas las faenas se cancelan con tarjetas bancarias.

Para graficar un poco la faena de construcción de una copa de agua potable debo aclarar que estos estanques almacenan el líquido como una copa de vino. Es decir, al final de su altura almacenan el agua, llamada la cuba. Pues bien, como el estanque está construido de hormigón armado, éste debe ser lo más estanco posible en su término, o mejor dicho la cuba tiene que ser completamente impermeable. Esta cuba se llena de agua mediante bombas elevadoras que pasan a través de tuberías de acero hasta llenar el depósito. Como en el hormigonado se formaban juntas de construcción, la cuba debía concretarse para evitar que el agua potable se escape por estos poros.

Esta faena de hormigonado de la cuba se realizaba en aproximadamente 36 horas ininterrumpidas. El trabajo debía planificarse con toda antelación y con todas las medidas de seguridad que esta acción necesitaba, ya que en algunas horas se trabajaba de noche. Algunos obreros debían dormir en la obra y para eso se habilitaron algunas camas en el casino y con la calefacción requerida. Se debía tener la alimentación necesaria y a los equipos y herramientas se les hacía una mantención previa. Nada podía quedar al azar. Esta labor era desgastante, pero a su vez muy emocionante.

Al final la faena de hormigonado de la cuba demoró 31 horas continuas y se les dio descanso un día entero. Cuando volvieron a sus labores realizamos un asado que duró desde el mediodía del jueves hasta la noche. Todos, nos felicitamos por el éxito de la faena y nos fuimos muy “caramboleados” a nuestras casas.

La llegada de la Navidad y Año Nuevo se venía pronto y ante esto me reuní con el personal administrativo, jefes y supervisores para

acordar como debíamos celebrar y agradecer a los trabajadores por el gran compromiso con la obra. Salieron varias ideas, pero ninguna estaba a la altura del compromiso que los obreros habían realizado.

Confieso que a mí ningún plan me convencía, hasta que se me ocurrió algo que indudablemente debía contar con el visto bueno del Gerente General de la empresa. Consistía en traer a todas las esposas y los hijos de los trabajadores “foráneos” y también de los que vivían en la comuna y realizar una gran fiesta navideña, incluyendo al viejo pascuero, obsequiando regalos a los niños. Para esto se requirió la contratación de dos buses, uno desde Talca y otros desde Santiago, que eran las ciudades donde vivía la casi totalidad de los obreros que trabajaban en la faena.

Claro, como era una fiesta sorpresa debía hacerse con total discreción y ninguno de los obreros podía saber ni el día de la celebración ni el viaje de sus familias. Para esta misión se encargó al administrativo de la obra, ya que manejaba la información de los domicilios y de los teléfonos, si es que lo tenían. El presupuesto autorizado por la Gerencia cubría el traslado de las familias, el almuerzo, más los regalos a los niños. Se había llegado a la cifra de 36 personas que viajaban desde la ciudad de Talca y de 45 desde Santiago. Ellos, junto a los trabajadores de la obra, entre obreros y jefes, daban un total de 120 personas.

El día elegido fue el último viernes antes de Navidad, para que los obreros retornaran a sus ciudades junto a sus familias. Era una tarea muy difícil y estresante y nada se podía improvisar. Recuerdo que el administrativo logró comunicarse telefónicamente con va-

rias esposas, quienes a su vez, compartieron la noticia junto a los demás familiares, porque en el rubro de la construcción casi todos son amigos o familiares, entre sí. Por esto también a ellas se les exigió total secreto, ya que se trataba de una actividad sorpresa.

Estaba planificado todo de tal manera que faltando dos días para la actividad ninguno de los trabajadores sabía que el viernes había una fiesta navideña, ya que la actividad se realizaría en un restaurant de la comuna, que había sido contratado especialmente para la ocasión. Al dueño también se le exigió total discreción, ya que varios obreros compartían en ese local algunos tragos, viendo partidos de fútbol de la liga nacional, después de la jornada laboral.

Pero como no todo es perfecto en la vida resultaba muy difícil mantener el secreto entre tanto número de personas, al final se filtró la noticia y los obreros me pidieron una reunión urgente en el comedor. Repito, esto fue el día jueves, día anterior a la celebración. Por esta vez ocuparé sin censura el lenguaje coloquial que ocuparon los obreros durante la reunión: “Oiga jefe, ¿Es cierto que vienen mañana las viejas con los niños a Graneros?”. Yo quedé atónito. Se suponía que nadie de ellos debía saber esto. Traté en lo posible de mantener la calma y continuar con la mentira, pero ante la evidencia de los hechos todo resultó infructuoso y terminé reconociendo la noticia. Ante esto los obreros me dijeron casi unánimemente: “no la cague jefe, no ve que aquí somos todos solteros”. Me dijeron muertos de la risa. Ante esto les solicité sinceridad porque no entendía nada de lo que me estaban diciendo. “Jefe, nosotros aquí estamos todos pololeando, somos todos solteros, nadie es ca-

sado. Algunos de nosotros estamos viviendo con nuestras nuevas “pololas” porque dijimos que estamos separados y la explicación que damos por nuestros viajes a nuestras casas es que vamos solamente a visitar a nuestros hijos”.

Recién ahí descubrí su molestia conmigo, al no comentarles antes de este viaje de sus familias. A su vez yo les reproché que como, si teniendo una relación de puertas abiertas con ellos no me hubiesen informado que estaban de galanes o de “playboy”. Ante la magnitud de los hechos les planteé que no iba a abortar el viaje de sus familias, ya que los niños estaban muy entusiasmados y no podía devolver los regalos. Les dije con voz firme que la suerte estaba echada y nada podía volver atrás.

Ahí ellos me dijeron que iban a viajar ese mismo día en la noche a sus ciudades y que iban a culpar al administrativo que no les avisó, oportunamente. Hacían esto porque las nuevas pololas o nuevas “señoras” podían llegar a buscarlos y hacer un escándalo y ellos, por nada del mundo, querían perder a sus familias legales. Me decían que amaban a sus señoras y a sus hijos y esto para mí reviste un nuevo y extraño análisis, digno de psicólogos o sociólogos, que me puedan explicar con mayor claridad estas conductas humanas. En todo caso ésta es una extraña forma que tienen los obreros de demostrar su apego a sus familias legales. Debo comentar que casi todos los trabajadores de la construcción valoran mucho la estabilidad familiar. Ellos provienen de hogares donde sus padres, abuelos y bisabuelos se casaban para toda la vida. Para ellos la separación es sinónimo del gran fracaso de sus vidas.

Volviendo a la reunión y conversación con los obreros, en el comedor, le pregunté al “pagador” o administrativo si él sabía de esta situación y me lo confirmó ante todos. “Ya, entonces tú le darás la bienvenida a las familias y le dirás que fue tu error no haberles informado a sus esposos que se quedaran”. Así todo quedaría en nada.

Después me enteré, con los días, que sus nuevas “pololas o novias” lo iban a esperar casi todos los días a la obra. Ahora, ante la evidencia, encargué una nueva tarea al Jefe de obra, que averiguara cuantos estaban viviendo en las casas que arrendamos para ellos. El resumen de la misión fue la siguiente: en la casa de los obreros de Talca, que debían vivir quince personas había solamente siete. En la casa de los trabajadores de Santiago, que eran 16 operarios, al final estaban viviendo ocho. Todos los que no estaban pernoctando ahí estaban conviviendo con sus nuevas parejas, desde el lunes a viernes. Y yo, ingenuamente, pensando en lo mal que lo pasaban fuera o lejos de sus familias.

Con el paso de los días me enteré que a los dos meses de haber llegado a la ciudad ya varios tenían nuevas pololas. Después comprendí por que muchos de ellos me pedían trabajar horas extras los días sábados y yo muy pocas veces lo autorizaba, pensando inocentemente que debían viajar a visitar a sus familias. Al final trabajar los días sábados era para ellos la excusa perfecta para que no viajaran el fin de semana a sus ciudades.

Pasando al tema de la fiesta navideña, como lo dije anteriormente, las familias llegaron el viernes por la mañana e inmediatamente se les realizó un recorrido por el lugar de la construcción, para que

las señoras y sus hijos vieran la Obra que construían sus esposos y sus padres. Se les entregaron unas empanadas y bebidas y después se les trasladó al restaurant donde se realizaría la celebración de Navidad. En este lugar el administrativo les comentó que por su error él era el responsable que no estuvieran sus esposos, porque no alcanzó a informarles del viaje que realizarían sus familias. A esa misma hora muchos obreros ya habían llegado a sus casas, tanto los de Talca, que viajaron el día anterior y los de Santiago, que viajaron a primera hora de ese viernes.

La celebración navideña fue animada por unos duendes desde las 12 horas, con unos concursos para niños y mujeres. Después de reírse hartos y los ánimos ya relajados comenzamos con el almuerzo, donde dirigí algunas palabras en nombre de la empresa y pidiendo disculpas por la ausencia de sus esposos. Las familias se divirtieron hasta entrada la tarde momento en que se les entregó los regalos a los niños por parte del viejito pascuero. Se tomaron fotos, se filmó el encuentro y, posteriormente, se entregó un video a cada familia. Claro que toda esta fiesta se realizó casi sin maridos, solamente había la mitad de las familias completas.

En resumen, una celebración navideña que no fue, o fue a medias...

(8)

EL INTENDENTE QUE FUE POR LANA....

A principios de la década del 2010 me enviaron a trabajar como “Administrador del Contrato de Inversión” de una empresa Sanitaria del Norte de Chile. Era un contrato a dos años, donde debía estar disponible las 24 horas del día, los 7 días a la semana. El sueldo era muy bueno y me asignaron un departamento amoblado y una camioneta doble cabina. Mi familia me visitaba, cada semana o semana por medio, y en los meses de verano me acompañaban durante enero y febrero. Debían hacer esto porque el contrato de trabajo me amarraba a vivir en la capital regional y sin viajar a mi casa de Santiago. Era un trabajo que requería tiempo completo, pues si ocurría cualquier emergencia sanitaria debía estar disponible para solucionar la situación.

Para la logística se requería que en cada ciudad o comuna de la región debían existir equipos de trabajo, incluidos jefe de terreno, jefes de obra, supervisores, cuadrillas de emergencia, instalación de faenas y bodega, con todas las piezas y materiales necesarios para atender cualquier tipo de emergencia sanitaria, tanto de día

como de noche. Nada podía faltar, ya que los trabajos eran todos en la vía pública. No podíamos tener conflictos con los pobladores o los vecinos. Teníamos comunicación permanente con los Alcaldes de las ciudades y comunas que atendíamos. También debíamos coordinarnos con los servicios públicos como Serviu, Vialidad, Municipalidades, Concejales, juntas de vecinos, bomberos y, también, con los actores sociales como sindicatos de ferias libres, sindicatos de pescadores, centros de estudios. En fin, toda la gama de la sociedad.

Era un trabajo que requería mucho tino y prudencia y con una inteligencia emocional amplia para no caer en provocaciones cuando se realizaban peticiones desmedidas o apresuradas. Además, debíamos entregar reportes permanentes a la Inspección Técnica y a los Gerentes de la empresa sanitaria. Como éramos una empresa contratista que se había ganado la licitación por dos años, había que actuar con mucha celeridad y compromiso. Esta premura en las soluciones debía considerar que cualquier trabajo significaba una emergencia sanitaria y podía ser en cualquier casa u organismo público o privado. Dentro de estos organismos podían ser universidades, ferias libres, bomberos, Carabineros, Fuerzas Armadas, escuelas básicas o media y también casas particulares. En estas últimas podían haber adultos mayores, lactantes o niños enfermos. Es decir, cuando me contrataron me comentaron que debía considerar todo esto y lograr mi empatía con el problema.

Como la base o la instalación de faenas y mi oficina estaba en la capital regional, y donde también se encontraban las oficinas de la Gerencia de la empresa sanitaria, debíamos tener todo en orden.

Había instalaciones de faenas y cuadrillas de emergencia en cada ciudad, además de todos los materiales para superar las dificultades. Los jefes de terreno me informaban, periódicamente, de los avances de los trabajos y de los problemas más notorios y de cómo se resolvían. Tenía como ley que me fuera informada cualquier emergencia grave o muy grave que se presentara en sus faenas. La idea era que si los Gerentes de la sanitaria me llamaran, preguntándome por algún procedimiento grave yo debía saber lo que ocurría. Si no era así me dejaban en una incómoda posición, tanto para la sanitaria como a mis jefes directos. Por supuesto que los jefes de obra me informaban de las emergencias graves, porque en cada ciudad había, aproximadamente, entre ochenta y cien problemas y procedimientos diarios. Al final ocupaban su criterio de saber qué era lo más destacado de ser comunicado.

Recuerdo que, al final, terminamos haciéndonos amigos de algunas entidades o autoridades, donde los obreros comprendían la urgencia de solucionar el problema y estos eran recompensados por los pobladores o por los jefes a cargo. Descubrimos que donde había mayor humanidad y comprensión, hacia los obreros, era en los sectores populares de cada ciudad, es decir, de los más pobres. Muchas veces veían a los obreros trabajando y les llevaban bebidas o algún comestible. Toda la grandeza de la gente humilde.

Para las faenas de noche quedaban solamente tres cuadrillas de emergencia, pernoctando en las bases de cada ciudad y ocho cuadrillas trabajaban durante las labores diurnas, que era cuando más problemas se presentaban. Muchas veces hubo que atender

a clientes difíciles, que no entendían que la cuadrilla venía recién llegando de atender otras emergencias.

Se había instruido a todo el personal de no caer en provocaciones y mantener el tino y la prudencia necesaria. A veces parábamos el tránsito, porque se rompía alguna matriz de agua potable o alguna tubería de alcantarillado, en plena vía pública. Ante esto debíamos coordinarnos con Carabineros de Chile o la Municipalidad respectiva. Esta última era la emergencia más complicada porque emanaban olores nauseabundos y el líquido escurría por la calle. Después había que realizar un lavado para prevenir enfermedades infecciosas y la proliferación de moscas. El reclamo siempre era transversal, tanto en los lugares acomodados como los más humildes. Los más modestos reclamaban siempre con respeto y preguntando: ¿Maestros, a qué hora se van a terminar los trabajos? Los más acomodados reclamaban más airadamente y siempre argumentando que tenían influencias o contactos con las autoridades respectivas y que iban a informar de los atrasos. Ninguna de ellas pasaba a mayores. Los obreros me decían coloquialmente que estaban reclamando las viejas cuicas y las viejas copuchentas de los barrios modestos. En algunas ocasiones habían conatos de riñas con los pobladores, pero recuerdo que ninguno de ellos pasó a mayores. Las mejores relaciones las teníamos con los Alcaldes de las respectivas ciudades, ya que ellos comprendían, mejor que nadie, que debíamos trabajar coordinados, ya que el primer reclamo de la ciudadanía era para ellos.

Muchas autoridades actuaban sin prepotencia y solicitaban los servicios en forma respetuosa, algo que los Jefes de obra o los Su-

pervisores a cargo valoraban mucho y atendían la emergencia, dejando de lado otras donde antes se les había tratado mal.

En todas las ciudades y donde, vuelvo a repetirlo, todas las obras eran en la calle o vía pública, debíamos tener todos los elementos de seguridad, tanto señalética como baños químicos para el personal. Muchas veces, más de algún peatón solicitaba ocupar los baños, ya que se encontraban trabajando cerca o tenía la emergencia de evacuar sus líquidos o sólidos y era más fuerte que su voluntad. Esto ocurría, generalmente, cuando se realizaban faenas cerca de las ferias libres. Los supervisores siempre ocupaban el criterio para manejar la situación. Más de una vez fue a fiscalizar personal de la Inspección del trabajo, a revisar los contratos, las condiciones de seguridad y sanitaria de los trabajadores.

Recuerdo que una vez un Inspector municipal quiso multarlos porque el baño químico no se encontraba cerca de los obreros y a los metros mínimos requeridos por ley. En esa ocasión el Supervisor a cargo les comentó que, debido a que la obra que estaban realizando era de extensión -colocación de tuberías-, era imposible calcular el avance, porque durante el día cundía varios metros. Ante esta respuesta el inspector igual iba a proceder a aplicarle un parte, pero antes de eso el Supervisor de obra le exigió que aplicara el mismo criterio a las empresas de parquímetros del centro de la ciudad, donde los aparcadores ni siquiera tienen baños y deben solicitarlo en las casas o restaurantes de las calles donde trabajan, cuando tienen sus necesidades biológicas. Claro, como es un trabajo para la Municipalidad no le aplican multas. Al final la multa quedó en nada y se dieron la mano en señal de paz.

Volviendo al tema del título de esta historia, recuerdo que se estaba realizando un cambio de matriz de agua potable en el barrio más acomodado de la ciudad. Los obreros comentaban muy graciosamente, “estamos trabajando donde la gente gana harta plata o donde la caca es más olorosa o perfumada”. Después nos enteramos que en este barrio o sector vivían los más conspicuos personajes de la ciudad, llámese Alcalde, Intendente, Rectores de Universidades, Jueces y empresarios locales. Por supuesto que los trabajadores tenían mucho cuidado de realizar estos trabajos en la vía pública y sobre todo en este sector. Había que colocar mucha señalización para evitar reclamos. Los planos o viñetas entregadas por la empresa sanitaria y que tenían a mano los Supervisores para guiarse, supuestamente, mostraban por donde estaban las matrices de agua potable y la tubería de alcantarillado, que databan de la década de los años 50. Estos planos mostraba la tubería de agua que pasaba por una línea de árboles, paralelo a las propiedades, es decir, entre la calzada y la vereda. Como eran planos muy antiguos, la experiencia indicaba que no siempre eran fiel reflejo de la realidad en terreno y, por lo mismo, la maquinaria que realizaba la excavación debía maniobrar con mucho cuidado. El operador de la retroexcavadora tenía como guía a un obrero que le iba indicando por donde debía excavar, a pesar de que siempre existía un trazado previo, que lo realizaba el topógrafo de la empresa.

Pues bien, a pesar de todas estos cuidados, no se pudo evitar romper la matriz de agua potable, que corría paralela a la zanja que estábamos excavando y donde se debía colocar la nueva matriz. La tubería rota estaba fabricada de asbesto cemento, muy antigua y

débil. Con el mínimo golpe dado por la pala de la retroexcavadora se partió. El agua comenzó a fluir inmediatamente y el Supervisor a cargo corrió a avisar a la empresa sanitaria para que corten el agua en el sector descrito. El procedimiento constructivo era similar a otras emergencias sucedidas en otras localidades, es decir, se procedía con la misma premura y seriedad. Sin embargo, los habitantes del sector, inmediatamente, protestaron por la situación. El Supervisor a cargo les contestó que todas estas emergencias se solucionaban tal como indicaba el protocolo existente.

A cinco minutos de sucedida esta emergencia me llama a mi teléfono celular el Supervisor a cargo de las obras y me dice con su lenguaje habitual: “Jefe quedó la cagá”. Como suponía que ante cualquier llamado de un Supervisor o Jefe de Terreno a mi celular significaba que en la práctica la emergencia era en sí grave, porque de otra manera habrían resuelto el problema ellos solos. ¿Qué pasó?, pregunté yo. Lo que pasa Jefe es que estábamos excavando para colocar una tubería de agua potable en la calle Manuel Rodríguez y el operario de la retro rompió la matriz existente. Bueno, entonces corten el agua del sector, retiren el barro de la zanja y procedan a reparar o reemplazar la tubería existente, contesté yo. “Espérese Jefe, espere que termine de contarle el cuento”, me dice. “Lo que pasa es que el asunto es muy grave porque le cortamos el agua al señor Intendente”, ¿Y cómo saben eso?, les replico. Es que salió la nana de la casa y nos retó. Nos dijo que le habíamos cortado el agua a la máxima autoridad de la región y que iba a llamar, inmediatamente, a su patrón para explicarle el desatino nuestro y, peor aún, que tenemos toda la calle inundada.

Ahí recién pude percatarme de la realidad e inmediatamente comencé a llamar, personalmente, a todos los supervisores de las cuadrillas que estaban operando en la ciudad. Como eran cinco los grupos, más de alguno podía dejar sus trabajos inconclusos y venir en ayuda de atacar este frente. No terminaba de hablar con los supervisores a cargo de cada una de las cuadrillas cuando me llama el Jefe de los Inspectores. Me dice que existe una emergencia en el sector alto de la ciudad que requiere una pronta solución. Yo le respondo que tengo coordinado con las cuadrillas de emergencia la solución al problema y que desde este instante me dirijo al lugar para coordinar en terreno la situación. Me comenta, a su vez, que el asunto es grave y que requiere la máxima premura. Por supuesto que vamos atender la emergencia, como siempre lo hemos hecho, le contesto.

Mientras realizaba el viaje, desde mi oficina hasta el lugar de la emergencia, que quedaba a media hora de viaje, seguí llamando a los Supervisores para cerciorarme del tiempo de término de sus faenas. Como el primer aviso de la emergencia lo recibí a las 10 de la mañana, me demoré en total 15 minutos en saber qué estaban haciendo todas las cuadrillas de trabajo y cuál era el grupo que podríamos sacar y llevarlo al lugar de la rotura de matriz. La cuadrilla que terminaba más pronto lo podía hacer en unos tres horas más, es decir, como a las 13 horas. Considerando esto y la hora de almuerzo de los trabajadores y el traslado podía ser cerca de las 15 horas.

Como los tiempos, en caso de apuros, pasan muy pronto, no me doy cuenta lo rápido que viajamos. Mientras iba en la camioneta

me seguían llamando a mi celular, ahora no solamente los inspectores técnicos y su jefatura, sino los Gerentes de la Sanitaria. A todos les contesto que voy viajando al sector siniestrado y que tengo coordinada la solución. No conformes con mis explicaciones termina por llamarme el Gerente de Ingeniería y, por último, el Gerente General. Debo confesar que nunca había tenido comunicación telefónica directa con el Gerente General de la Sanitaria, más bien había llegado a tener la comunicación más alta con el Gerente de Ingeniería.

A estas alturas de la jornada estaba, realmente, muy mosqueado y enojado. El Gerente General me pedía acciones concretas y eficaces, ya que estaba recibiendo muchos reclamos, tanto del Intendente como de los ilustres vecinos que habitaban el sector. Como lo dije anteriormente, yo estaba demasiado enojado por las solicitudes desmedidas de solución de parte de los Gerentes y del Intendente y que, desde mi punto de vista, lo veía claramente como un abuso de autoridad.

Viajando al sitio del suceso me seguían llamando y yo cada minuto más tostado por el tema, más aún cuando había emergencias en otros lugares y yo dedicando todo mi tiempo y energía en atender el problema del Intendente.

Me acompañaba el bodeguero que hacía de chofer, ya que le pedí esto porque iba a hablar por celular mientras nos trasladábamos. Una vez llegado al lugar, no olvidaré el cuadro que vi. Estaban todos los Gerentes de la Sanitaria, los Inspectores y los jefes de la Inspección técnica, más el Intendente y su Jefe de gabinete. Todos con casco blanco o de aluminio y esperándome con las manos en los

bolsillos. Le comenté a Gonzalo, el bodeguero: mira que hay harta plata perdiéndose aquí. Tantos gerentes y ejecutivos perdiendo el tiempo aquí y no en sus oficinas trabajando en la suyo. ¡Cuántas horas, hombre, hay aquí!..., sumadas dan cuenta del despilfarro de dinero.

Yo, sin amilanarme, enfrento la situación con dignidad y me presento ante los concurrentes. Había varios que no conocía y que sólo sabía de ellos de nombre. Me paro frente al Intendente y le digo mi nombre y mi cargo: Administrador del Contrato de Inversión. Él a su vez me presenta a su Jefe de gabinete y los demás Gerentes. Ante los saludos de rigor y de protocolo pregunto: ¿Qué significa esto? ¿Por qué tanto personaje importante se ha reunido aquí, hoy?, pregunto. Me contesta el Gerente General de la Sanitaria: que es para solucionar el problema o mejor dicho para pedir explicaciones de ¿Cómo y cuándo se va a solucionar la emergencia? Yo me dirijo a todos, y sin ánimo de ofender a nadie, les digo con voz firme y fuerte y parafraseando la famosa cita de Ricardo Lagos: Si este problema hubiese sucedido en la casa de la señora Juanita, les aseguro que ninguno de ustedes estaría hoy aquí, pero como le cortamos el agua al Señor Intendente aparecieron todos. Debo confesar que esta declaración me salió más del estómago que de la cabeza, pero lo dije para desahogarme de toda la tensión previa, aun a costa de poner en riesgo mi trabajo y mi cargo.

El Intendente me dice que no se trata de eso. Yo le replico: ¿De qué se trata entonces, señor Intendente, esta reunión de ilustres personajes? Me dice que necesita explicaciones para saber a qué hora van a solucionar su problema. Y yo le contesto: Señor Intenden-

te, este problema que tiene usted ahora lo tienen cientos de pobladores y residentes en la región que usted dirige, durante todos los días del año. Por lo tanto sabemos muy bien cómo atender la emergencia en forma profesional. Más aún, atendemos cualquier problema sanitario con la misma celeridad y respeto que se merece hasta el más humilde poblador o habitante de la ciudad o la región.

Ya en esos momentos al señor Intendente se le había terminado la prestancia y arrogancia de cuando llegó al sitio del problema. Me dice que lo malinterpreté y que solamente él quería saber a qué hora le iban a solucionar su problema. Para esto no debió molestarte en venir aquí, simplemente era necesario llamar por teléfono a los Gerentes de la sanitaria, para saber la hora, repliqué yo.

Bueno, no es necesario volver a cuestionar la comunicación o como se debió hacer, solamente necesitamos saber si están los recursos para concluir la emergencia, tanto materiales como humanos y estaremos todos tranquilos, declaró el Gerente General de la empresa sanitaria. Señor Gerente, en estos momentos tengo cinco cuadrillas de emergencia que están atendiendo diferentes problemas sanitarios en la ciudad. La cuadrilla más próxima a terminar está trabajando en la población Arturo Prat, atendiendo un problema de alcantarillado; hay una cámara que se está limpiando porque está colapsada y se está destapando y que, precisamente tiene a los habitantes de esa población muy complicados con sus baños y sin poder realizar sus necesidades. En estos momentos son las once de la mañana y estarán aquí, máximo a las 15 horas, excepto de que los Gerentes, aquí presentes, me autoricen a suspender esos

trabajos y que deje a los pobladores de esa población hediondos a mierda.

Ya a esas alturas había perdido toda mi compostura y me puse simplemente irreverente. Todos los asistentes se miraban y no emitían ninguna opinión, hasta que el Intendente sacó la voz y me dijo: Señor parece que todos entendimos mal esta situación, pero para terminar esta discusión le ruego que termine en forma normal y completamente los trabajos que actualmente está realizando en la ciudad y después, cuando los trabajadores estén desocupados, solucionen el problema de agua que en estos momentos tenemos en mi sector, pero insisto, sin apurar ningún trabajo. Señor Intendente, su problema de agua estará solucionado como máximo a las 17 horas, le doy mi promesa y la seguridad de que mi palabra vale más que cien papeles escritos.

Todos los Gerentes se miraron compungidos y sin emitir palabra alguna se fueron despidiendo; algunos en privado me felicitaban por la forma de resolver la situación. Muchos de ellos después me llamaron por teléfono para decirme que estaban de acuerdo en el como resolví el problema en aquel momento, pero no me lo pudieron decir directamente, para no contradecir a sus jefes. Yo les dije que, justamente, esa era la ocasión de hacerlo y no después, para así quitarle el piso y la soberbia al señor Intendente.

Me despedí de todos los ilustres personajes, solicitándoles que en otra ocasión similar me llamaran directamente a mi teléfono y yo, con la premura que amerita el caso, resolvería la situación como corresponde, pero que no era necesario llamarme a una reunión de este tipo. Después le comentaba al bodeguero que si el Gerente

General de la sanitaria me obligaba a sacar la cuadrilla de la población Arturo Prat, para resolverle el problema de agua al señor Intendente, iba a ir a la prensa, tanto escrita como radial, y lo iba acusar por abuso de autoridad. Aunque al final no fue necesario.

Siempre he pensado que la lealtad se mide en decirle al Jefe, oportunamente, cuando está equivocado y no siempre hacerle pleiteoría. Esto siempre me recuerda el libro: “El Rey desnudo”.

Al final, los obreros que solucionaron la emergencia me informaron que el Intendente tenía una conexión clandestina a la piscina de su casa y de acuerdo al tiempo de construcción, doce años, la cuenta de agua debe ser muy grande. Mire lo que son las cosas, el señor Intendente, tan compuesto y honorable que se veía, había estado robando agua potable para su piscina durante años. Por supuesto que informé de esta situación a la empresa sanitaria para que se le cobrara el consumo. Y así lo hicieron.

Lo que me dejó muy orgulloso de mi trabajo en esa empresa es que una vez que concluyó el trabajo de dos años, la empresa sanitaria colocó como condición contractual que la nueva empresa contratista, que se ganara la licitación por los próximos dos años, tenía como condición que yo siga siendo el administrador del contrato. Esto lo confirmé por información proporcionada en persona por el Gerente de Ingeniería. Cuando me lo notificó me dijo que no me preocupara por buscar trabajo por los próximos dos años, porque el Gerente General había instruido que yo siguiera siendo el Administrador del contrato, aun cuando la empresa contratista, en la cual estaba trabajando actualmente, no renovara o perdiera la próxima licitación.

Por supuesto que les agradecí la muestra de confianza, pero le comenté que deseaba retornar a Santiago a vivir nuevamente con mi familia. Ellos me necesitaban mucho y en la vida no todo es dinero, hay otros valores que conservar, aunque le confesé que estaba seguro que en mi nuevo trabajo no iba a ganar lo que me pagaban actualmente. Me comentó que por un gesto de gratitud y de caballerosidad me fuera a despedir de todos los Gerentes. Así lo hice y recibí muchas muestras de afecto y me prometieron que no dudara en llamar, porque mi cargo y mí puesto de trabajo estaban asegurados, en caso de querer volver.

Para concluir y volviendo al tema del Señor Intendente, al final el reclamo le salió demasiado caro.

(9)

EL PERRITO DE LA CUICA

Me enviaron a construir un Colegio en el sector alto de la ciudad de Santiago. Era una construcción que demoraría aproximadamente 10 meses y consistía en la construcción de tres pabellones de salas de clases, más una multicancha techada y una cancha de fútbol empastada. Junto a esto se debían construir tres laboratorios y una sala de teatro o aula magna. Todo en el contexto de los trabajos, en este sector pudiente de la ciudad.

Muchos obreros salían de sus domicilios y llegaban a la obra a oscuras y después retornaban a sus casas de noche. Algunos de ellos demoraban hasta 2 horas y media en su trayecto. En total perdían aproximadamente 5 horas diarias, viajando en bus o metro. Toda una hazaña. Aparte de la locomoción que debían tomar para trasladarse a su trabajo también tenían que caminar un tramo de más de media hora de camino en pendiente, en subida, en la mañana y, menos mal, que en la tarde era en bajada. Esto se debía a que aún no llegaba locomoción colectiva al sector. Por supuesto que esto resultaba hasta más cansador que el hecho mismo de trabajar.

En la construcción del colegio, recuerdo que los dueños visitaban la obra constantemente, viendo el avance y participando de las

reuniones de obra que se realizaban todos los martes durante la mañana. Muchas veces cambiaban algunos diseños de arquitectura, que al final iban demorando el término de los trabajos. Eran discusiones constantes que alteraban a todos y después debíamos “agachar el moño” y aceptar los nuevos requerimientos, muchas veces cuando ya se habían completado las faenas. Era un desafío enorme y desgastante atender los constantes caprichos de diseño de los dueños. Aunque se cancelaban las obras adicionales, no siempre es ganancia, ya que la obra pierde su habitual programa y planificación de los trabajos.

Alrededor de la construcción había muchas casas en condominio y todas diferentes, ya que no era una población, sino más bien un sector acomodado con diferentes estilos de viviendas tipo chalet. Se suponía que el nuevo colegio debía albergar a los nuevos alumnos del sector, que por ahora estaban matriculados en los colegios más lejanos.

En toda construcción los obreros tienen apodos de nombres de animales, como asimismo de otros términos, como el Tieso, El Bajón, etc., bautizados por los otros trabajadores. Aquí en esta fauna humana no falta El Perro, El Mono, El Gusano (por lo arrastrado), El Jirafa (por lo sapo), El Rana, El Pájaro, etc. Algunos de estos apodos vienen de otra construcción y algunos se ganaron el mote una vez que llegaron a la nueva obra. Más de alguno no sabía que lo apodaban así y se enojaban mucho cuando lo descubrían. A veces existían conatos de pelea por esta causa y otros, los menos, aceptaban su nuevo sobrenombre con humor.

La instalación de faenas en los sectores acomodados debe ser bien ordenada y estar bien oculta, sobre todo en lo que respecta a los baños del personal, porque a muchos de ellos les gusta exhibirse, delante de los lugareños, y sobre todo delante de las nanas; más de alguno termina emparejado con algunas de ellas. Debido a esto se les impartía la instrucción de que no debíamos tener reclamos por actitud imprudente y por malas palabras o malos modos. Es decir, aparte de la construcción misma debíamos desplegar las energías en los factores externos a la obra.

Muchas veces los obreros, en una actitud de nobleza que data de mucho tiempo, aprovechan de hacer amigos y excelentes compañeros de trabajo; y esta amistad suele durar años. De hecho mi padrino de bautismo era compañero de trabajo de mi padre, que era carpintero, al igual que su compadre. Como lo dije anteriormente, en la construcción se forman grandes amistades, duraderas y leales en el tiempo.

Retomando la historia. Los maestros, con su natural nobleza y siempre que podían, “aguachaban” a las mascotas que circundaban la instalación de faenas. Pura nobleza. Muchas veces eran gatos o perros que abandonaban los mal llamados seres humanos. Es una tradición, que con el tiempo se ha ido perdiendo. Tener una mascota de la obra era un rito como de sanación y justicia. Después, cuando se terminaba la faena siempre un obrero se lo llevaba para su casa, para no dejarlo abandonado a su suerte, después de haberlo domesticado.

Como no podía ser diferente, en esta nueva obra el maestro Carlos encontró un perrito blanco, bien bonito, junto a otro perro negro

un poco más grande, e inmediatamente los trajo a la obra para ser alimentados, porque estaban al borde de la muerte por su avanzado estado de desnutrición. Los bautizaron con el típico nombre de Cachupín, el negro; y como Colocolo el segundo, por lo blanco de su pelaje. Al mes en su nueva estadía estaban gorditos, porque los maestros le daban parte de su comida o las sobras de ellas, que sin desmerecer, son muy contundentes. Como comentario adicional puedo dar fe que los obreros de la construcción comen muy bien. Sus compañeras de vida, llámese esposas o convivientes, los agasajan con contundentes almuerzos. Siempre les dicen: “para que no pases hambre viejito”.

Al principio los perritos se comían todo lo que le daban y después, al humanizarse, dejaban comida para más tarde. Después mi hija me aclaró la razón. Resulta que todo perro abandonado, al encontrar cualquier comida en la calle, se la engulle completamente, porque cree que no tendrá o no encontrará más. Pero al estar con un amo o varios amos, saben que ellos le darán comida diariamente y que pueden dejar para más tarde cuando vuelvan a tener hambre.

Los perritos eran tan regalones que incluso jugaban a la pelota con los maestros cuando estos tienen sus típicas “pichangas”, a la hora del almuerzo. Con los días ya algunos de ellos empezaron a dejar a la suerte quien se lo llevaría para su casa. Incluso se iba a realizar un sorteo, entre los que se querían quedar con ellos. Vuelvo a repetirlo, pura nobleza. Algo que no se ve muy a menudo en nuestro país.

Debo confesar que el rubro de la construcción es uno de los sec-

tores de la economía con más solidaridad y fraternidad entre sus pares. Siempre que llega alguien novato lo hacen sentirse acogido y velan por su bienestar de inmediato. Incluso he visto como le hacen una colación entre varios obreros cuando alguno de ellos no trajo comida, por ser su primer día de trabajo o por que se avinagró la comida especialmente en los meses de verano.

Debo comentar que los trabajadores de la construcción no tienen vacaciones y todos, tanto obreros como profesionales, deben estar buscando o visualizando nuevos trabajos u obras nuevas para tener continuidad. Es de una incertidumbre que pone nerviosos a todos. Y cuando reciben los finiquitos, por obra terminada, tienen que guardar el pago u ocupar una parte de ello para dejarlos para más adelante, en caso de no encontrar trabajo inmediatamente.

Bueno, vuelvo al tema de los perritos. Ya estaba por cumplirse dos meses de estar viviendo en la obra cuando el trazador, que también se había encariñado mucho con el Colocolo, y mientras le hacía cariño en el cuello, se percató que tenía un collar de cuero un poco escondido, tan escondido que nadie se había percatado de ello. Nos dijo a todos, oigan, el Colocolo tiene algo en el cuello. Miren tiene un nombre y un teléfono celular. En realidad tenía un nombre ilegible, aunque el número de celular se podía ver íntegramente.

Efectivamente el perrito Colocolo tenía dueños y se había extraviado. Desde su casa hasta la obra había una distancia de aproximadamente dos kilómetros. La dueña, con la que se comunicaron, comentó que el perro se llamaba Copo y que lo habían buscado por cerca de un mes y que sus hijos pequeños aún lo lloraban. Como eran aproximadamente las cuatro de la tarde de un martes

de mayo, sus hijos ya estaban en casa, después de volver del colegio, señaló que lo vendrían a buscar en unos 15 minutos. Preguntó cómo se llegaba a la obra y cuál era el nombre de la calle. Llegó como a los veinte minutos con sus tres hijos que lloraban de pura felicidad al ver y abrazar nuevamente al Colocolo. En realidad el Copo, como se volvía a llamar ahora, el perro meneaba la cola de pura felicidad. Era para grabar la escena, un final feliz.

La dueña del perrito era socia de una importante cadena de supermercados y su marido Gerente y también socio de una multitienda, por lo que el Colocolo pertenecía a la alta burguesía y, por casi dos meses, compartió su vida con el proletariado. Como buen perro, y haciendo honor a su raza y su estirpe, era muy “aperrado”. Jamás dio muestras de grandeza, muy por el contrario, siempre comió todo tipo de comidas caseras, tan diferentes a la comida especial a que estaba acostumbrado.

Recuerdo que muchos en la obra estaban muy encariñados con los dos perritos, tanto con el Cachupín como el Colocolo. Yo creo que en la misma proporción estaban los animales, ya que eran muy mansos y cariñosos con todos. Y como lo comenté anteriormente, varios de los trabajadores se los querían llevar para sus casas. Ya algunos le habían sacado fotos para mostrarlas a sus hijos para que dieran su aprobación. A veces los hijos iban a ver donde trabajan sus padres y ahí veían a los perritos en su nuevo hábitat.

Volviendo con la señora cuica y el final de la historia, la señora preguntó quién había encontrado a su perrito. El maestro Carlos los encontró, contestó el trazador. Le comentó, además, que lo había encontrado junto al Cachupín y se lo había traído a los dos a la obra

para cuidarlos y alimentarlos, porque estaban muy mal, llegaron desnutridos y vagando, sin rumbo. El maestro Carlos le dijo que cuando los vio perdidos empezó a silbarlos y vinieron al tiro, es decir, andaban en busca de refugio y comida. La señora y los niños escuchaban con mucha atención y emoción el relato y volvieron a preguntar si se acordaba de la fecha de cuando los encontró y los recogió. El maestro dijo que en los primeros días de marzo y la señora haciendo los cálculos de rigor comentó que a esa fecha llevaba casi dos semanas perdido. Se alegró que no estuviera muerto, como pensaban sus niños, y que hayan sido apenas dos semanas de andar perdido y deambulando por las calles, hasta que el maestro lo encontró.

Lo curioso es que siempre hablaba del Colocolo, es decir del Copo como se llamaba realmente, y nunca se refería a los dos perritos, porque a esa altura siempre la faena tenía dos perros. Los maestros le dijeron que el Copo y el Cachupín eran dos hijos más en la obra y que cualquier destino que tuvieran debía ser considerando a los dos. Ahí recién la señora se dio cuenta de la magnitud de la nobleza de los trabajadores y preguntó si se podía llevar a los dos. Los hijos de ella y los obreros estaban de acuerdo en que debían seguir hermanados, porque estuvieron unidos en la desgracia, cuando estaban perdidos, y ahora estaban juntos en la fortuna.

Los hijitos cuicos le pidieron permiso al Jefe de obra para conocer el lugar donde estuvieron viviendo los dos perritos, durante todo ese tiempo en la obra. Hay que recordar que los maestros carpinteros le habían construido dos casuchas bien bonitas y que estaban pintadas y, por supuesto, los niños se la querían llevar para

sus casa, pero la mamá cuica les dijo que los maestros lo podían ocupar más adelante para otros perritos extraviados.

Como son las ironías de la vida, ahora dos perritos de diferentes estratos sociales estaban unidos en la desgracia y en la fortuna. Parecía una teleserie canina.

En resumen, la señora cuica y sus hijos cuicos se llevaron a su casa al dúo de perritos, Copo y Cachupín. Eso sí se comprometieron a seguir manteniendo el nombre de Cachupín, al perro negro. Los maestros le pidieron que por favor no se descuidara con los perritos, para no perderlos nuevamente.

Al final y antes de irse la señora cuica le entregó un cheque de 500 mil pesos al maestro Carlos, por haberlo encontrado, por alimentarlo y también por darle mucho cariño y amor. El maestro no podía creerlo y le dijo que lo iba a ocupar para arreglar su casa, aunque primero le aclaró que no solamente él lo había cuidado y alimentado, sino que fue toda la obra, por lo tanto los méritos eran de todos los obreros. Ahí nuevamente sacó su billetera para hacer otro cheque por 300 mil pesos, para ponerse con un asado para todos los obreros, que en total eran cerca de 60.

Yo, que siempre había visto la escena desde lejos, intervine y le agradecí por el gesto y le comenté que íbamos a realizar el asado siempre y cuando ella, su marido y sus hijos vinieran a compartir con nosotros y que conozca la humanidad de la gente humilde y sencilla. Con esto iba a comprender y entenderían los prejuicios que tiene la burguesía con el pueblo obrero. Por supuesto que la condición era que tenía que asistir con los perritos.

El día sábado siguiente fue el día escogido, a las 12 horas. Recuerdo cuando llegó la familia con los perritos, estos movían la cola de lo felices que estaban y tal parece que no se habían olvidado de sus antiguos dueños. Fue una jornada alegre y todos nos sentamos y compartimos alrededor de las mesas improvisadas y las bancas de madera. Fue una lección de humildad para la familia cuica y, a su vez, una lección de vida para los obreros, que también se sacaron los prejuicios que ellos tenían de la “gente linda”.

Como comentario simpático del asado recuerdo que el papá de los niños y marido de la cuica compartió varios tragos de vino con los trabajadores, conversó animadamente con muchos de ellos y se fue un poco “caramboleado”. Les comentaba a los maestros con los que compartió tragos que hace tiempo no lo pasaba tan bien. Debe ser porque sus obligaciones y su trabajo ne le permiten desordenarse un poco y porque su estatus en la sociedad lo tienen muy reprimido socialmente.

Qué paradoja más grande se produjo en torno a un desafortunado suceso como fue el extravío de dos perritos, terminó una historia feliz y llena de unidad y humanismo. Yo pienso que de alguna u otra forma estos dos perritos contribuyeron a cambiar un poco el mundo.

Por supuesto que después de este final feliz, desde ese día, los trabajadores se pusieron a buscar perritos en los alrededores de la obra para obtener una posible nueva recompensa.



EL ASADO EN EL CEMENTERIO

Recuerdo que en mi periodo de vacaciones de verano, cuando cursaba la enseñanza media y durante los meses de enero y febrero, mi hermano mayor, que era trazador, me llevó a trabajar al Cementerio General como jornalero, o jornal, como le dicen hoy en día. Es decir aquellos que no tienen oficio, a los que están de material para los mandados. Y aunque suene un poco macabro el tema de trabajar en la construcción en un cementerio, no dejó de ser para mí una gran aventura. Tenía 17 años y era mi primer trabajo y, además, necesitaba un permiso notarial de mi papá para trabajar.

La obra consistía en construir nichos para los futuros finados y eran cajones de estructura sólida contruidos de concreto y divisiones de ladrillo. Tengo entendido que hoy se fabrican completamente de hormigón armado e incluso con placas prefabricadas. Estos nuevos nichos estaban en el centro del cementerio, al lado de las tumbas de tierra, que cada día iban perdiendo terreno, debido al explosivo aumento de fallecidos.

La jornada de trabajo en esos años empezaba a las 07:30 y a esa hora había que estar en su puesto de trabajo. Hoy, en cambio, si el inicio de la jornada laboral comienza a las 8 horas, ésta es la hora máxima para ingresar a la obra y no llegar atrasado.

Cuando íbamos camino al lugar de trabajo nos encontrábamos con los guardias que hacían su ronda nocturna y nosotros nos decíamos, que trabajo más tenebroso. Muchas veces, cuando los obreros llegaban muy temprano, es decir como a las siete de la mañana, los guardias los confundían con presuntos ladrones de tumbas, pero al final se daban cuenta que eran obreros de la construcción y terminaban haciéndose conocidos y, en otros casos, terminaban como amigos. Muchas veces los guardias terminaban por pedirles algún material de construcción, como un pedazo de madera, clavos, cemento, etc. Siempre que se podía se los regalaban. Recuerdo que nunca nada se les vendió. Siempre lo veían como un tema de generosidad de clase.

El trabajo consistía, como lo mencioné antes, en construir nichos para los futuros difuntos. Lo primero que se hacía era trazar las excavaciones para realizar el movimiento de tierras, con las calles y veredas. Los jornaleros, entre los que me incluía, eran los que hacían los trabajos más fuertes y pesados. Tal como se decía antaño, trabajábamos al chuzo y la pala. En esta labor destacaban las siguientes tareas: limpieza general de la obra, confección del concreto para el emplantillado, el acarreo de fierros, madera, ladrillos, sacos de cemento, etc.

En ese tiempo existían los Capataces, hoy llamados Supervisores, a cargo de las diferentes faenas. Había un capataz de jornaleros, otro de carpintería, de enfierradores y un Jefe de obras. El trazador dependía exclusivamente del Jefe de obras y era a éste que se le solicitaban los trabajos diarios. Los baños eran de pozo, sobre una tarima de madera, que una vez terminada la obra se rellenaba con

tierra y cal. Al igual que los baños, las duchas eran fabricadas de forma artesanal, es decir, era una manguera con agua helada que los obreros se prestaban por turnos, mientras se iban bañando por partes. Recuerdo que muchas veces los trabajadores llegaban a trabajar con la misma ropa del día anterior y no se la cambiaban por días. El vestidor era una mediagua donde dejaban las ropas de trabajo colgadas en los clavos puestos en las paredes. La bodega era una casucha de madera donde apilaban los sacos de cemento con las herramientas. El control de bodega era un kárdex de tarjetas de existencias donde iban anotando los materiales que se ocupaban y, después, realizaban el recuento de cuanto era el material existente en bodega. Todo rudimentario y artesanal.

Como la jornada laboral empezaba a las 07:30 horas, los obreros llegaban a la obra como a las 06:30 o las 07:00 horas, para tomar desayuno. Este se realizaba al aire libre con el fuego que se hacía con madera que sobraba de los moldajes. Este se servía en tarros o “choqueros”, una vez hervida el agua y que estaban negros de tanto hollín.

Recuerdo que para avisar el comienzo de los trabajos se tocaba una campana, al igual que para el comienzo del almuerzo y la entrada y salida de la tarde. Era muy común trabajar horas extras, más allá de las 9 de la noche, ya que era periodo de verano.

Algunos obreros se hacían amigos de las panteoneras, que eran las mujeres que cuidaban y aseaban los panteones o pabellones y las tumbas, por eso recibían una propina por parte de los parientes de los finados. Ahí se hicieron amigos y empezaron a solicitarle que hicieran almuerzo o llevaran pan para venderles. Así se habría una

nueva actividad económica en relación a la muerte. Las panteone-
ras comenzaron a contarles leyendas o mitos que ocurrían dentro
del Cementerio. Se contaban las historias de los entierros clan-
destinos durante la dictadura, cuando llegaban los militares con
numerosos cuerpos de fusilados y asesinados durante el toque de
queda. En el patio 29 se enterraron dos o tres cadáveres en una sola
fosa y ahí estaban los cuerpos de muchos detenidos desaparecidos.
Ellos decían que era un secreto a voces, pero como gobernaban los
militares, nadie decía nada por miedo. Después, con los años, una
audaz periodista le preguntó al dictador por la aparición de varios
cuerpos en una sola tumba en el patio 29. Ante esta insolencia el
Tirano respondió con una frase indolente y para la historia. “Pero
que economía más grande”.

Bueno, volviendo al tema de la construcción de los nichos recuer-
do que el capataz de los jornaleros era un jefe tan despiadado y ne-
grero que pronto lo bautizamos con el nombre de Kunta Kinte, por
lo negro de su piel y no por ser de raza negra, ya que en esos años
no existía la inmigración de extranjeros como ahora. El apodo se
debió a un personaje de una serie de televisión llamada “Raíces”,
que transmitían en esos años, en honor a la resistencia de los ne-
gros esclavos de Estados Unidos. Aunque era un contrasentido el
apodo, porque Kunta Kinte era un jefe negro que llegó, desde África,
en los barcos de esclavistas y siempre luchó por su libertad y
la de sus compañeros de desgracia. En cambio, este otro, era todo
lo contrario. Si hubiese sido reencarnado en algún personaje de la
historia debe haber sido el General Custer, u otro personaje sinies-
tro que no se me viene a la mente. A veces este negrero me recor-

daba el cuento de “Míster Jara”, del autor chileno Gonzalo Drago. Bueno, pero esto es otro tema.

Recuerdo que este capataz a todos nos trataba mal y a garabato limpio. Algo muy permitido y normal en aquellos años. Era un sentimiento unánime, todos le teníamos “ganas”. Algunos planeaban la forma de hacerle caer algún palo o ladrillo y otros más audaces tenían ganas de dejarle caer un tarro con agua y caca. Pero por más que se planeaba menos ocasiones teníamos de vengarnos. A mí, en particular, muchas veces me hacía cargar tablones y otros fierros gruesos y no dejaba por nada del mundo que nos ayudáramos entre nosotros. Le gustaba que los trabajos lo hiciéramos solos, sin dúos, sin socios, ni colleras, como le llamaban algunos maestros a los trabajos que se hacían en parejas. Decía que si se trabajaba acompañado se formaba al tiro el sindicato. No quería que reclamáramos y, ante el primer asomo de conflicto, nos echaba de la obra. Todo un personaje era el Kunta Kinte. Respetado por todos, pero a su vez odiado por muchos. Nunca supe cuál era la proporción, si era más respetado que odiado o viceversa.

En el cementerio General se tejen muchas historias, sabrosas algunas y, otras, la mayoría de desgracias, pero muchos más son los relatos de las almas en pena que rondan en la noche. De hecho, hoy existe un tour nocturno donde recorre estos sucesos paranormales, tipo los cuentos de la cripta.

Me contaban los obreros que trabajaban durante todo el año y durante los meses de invierno, donde oscurece más temprano, que nunca se retiraban solos de la obra, siempre lo hacían en grupo, ya que de acuerdo a su confesión eran todos miedosos. Como yo

trabajaba, solamente, en los meses de verano nunca fue necesario tomar estas precauciones.

En la medida que se iban construyendo los nichos, me acuerdo que los obreros, como siempre se daban una siesta después de almuerzo. Y, por falta de espacio se, acostaban en los mismos nichos de los futuros difuntos. Así iban a los brazos de Morfeo por algunos minutos. Al principio lo encontraba un poco, macabro dormir siesta en esos lugares, pero como varios lo hacían perdimos el miedo y el pudor y, después, terminamos en lo mismo. Era como una película surrealista ver a todos durmiendo en los nichos. Como la superficie donde nos acostábamos era de concreto los obreros colocaban ropa vieja, sacos de cemento o aislapol, para hacer más blanda su cama y, como almohada, colocaban ladrillos envueltos en chalecos. Cuando se cumplía la hora de descanso se tocaba una campana que nos hacía levantar y nosotros, de lo picados le echábamos garabatos al operario que la tocaba.

El primero que se acercaba a los obreros era el Kunta Kinte, que de inmediato impartía las instrucciones a los jornaleros. Como lo dije, anteriormente, las órdenes eran a gritos y a garabato limpio. Los jornaleros eran y son los operarios más jóvenes de la faena, ya que no tienen oficio y estaban, en estricto rigor, solamente para los mandados. Tal vez por eso el capataz se aprovechaba de esta situación, a sabiendas que los cabros no iban a responder, al contrario de como lo hacen los maestros que llevan más años en el oficio. Muchos de estos jornaleros terminaban siendo ayudantes de algunos maestros carpinteros, albañiles, soldadores, etc. Por esto la construcción es un rubro dinámico, porque siempre los jóvenes,

que son ayudantes, terminan de maestros de alguna especialidad. Son oficios que se transmiten de generación en generación. Ya lo dije, anteriormente, como mi padre era carpintero, al igual que su padre y abuelo, terminaron todos sus hijos trabajando en la construcción, uno carpintero y dos trazadores y, debido a esto mismo terminé estudiando construcción en la Universidad.

Volviendo a la historia del cementerio, recuerdo que varios obreros que se hicieron amigos de los guardias y de las panteoneras contaban historias de terror que nos dejaban tiritando de miedo. Los maestros, viendo nuestras caras de afligidos, le ponían más color a la anécdotas y después se largaban a reír. Nosotros, con la ingenuidad que dan esos años, tomábamos mucha atención a los relatos y les preguntábamos si era cierto, lo que estaban diciendo, o era mentira... y ellos siempre nos dejaban con la duda. Tengo entendido que en los tour del cementerio de noche existen las respuestas a estas interrogantes, pero este es tema para otro libro, por ahora me abocaré a terminar esta historia.

Como el famoso capataz nos quitaba el sueño con sus órdenes y trabajos, no faltaba el día en que no planeábamos algo para desquitarnos de todas los malos tratos que nos hacía pasar. Le contábamos estas penurias a nuestra familia y hermanos y ellos nos decían que hay que aprender luego un oficio, porque la idea no era terminar, toda nuestra vida, en ese trabajo tan pesado.

A las muchas ideas de venganza que se nos ocurrían, al final terminábamos convencidos de lo impracticable de la acción, sin que nos pillaran y nos echaran de la obra. Como lo maldecíamos a cada rato, siempre encontrábamos el consuelo de que todo se paga en la

vida y que nada es gratis. Uno de mis compañeros de trabajo siempre decía que la ocasión va a llegar sola, sin que nadie fuerce la situación, tal como ocurrió después.

En la primera semana de marzo y como habíamos terminado la obra gruesa, el Ingeniero Administrador de la obra dijo que se “ponía” con un asado, a modo de celebración de los tijerales y que la empresa pagaba todo el “vituperio”. Era un día martes y nos dijo que esta celebración sería el día viernes y el horario de trabajo debíamos terminarlo a las 12 horas. Nos dijo, además, que no había que traer almuerzo y sí muchas ganas de pasarlo bien. Para esto nos encargó, a todos los jornaleros, que preparemos un sitio para hacer el asado y fabricar unas mesas improvisadas con la madera sobrante y también unas bancas. Esto fue, para algunos de nosotros, la primera vez que teníamos el serrucho y el martillo en nuestras manos, fabricando algo. Yo creo que nos mandó a nosotros a hacer esto por nuestra inexperiencia y también para curtirnos en un trabajo de más especialidad. Por supuesto que las mesas y bancas no quedaron muy buenas, pero era para una celebración de faena que no requería mucha sofisticación. Nos encargó también la compra de la carne, de las empanadas, del vino, de las bebidas, de las verduras, de los platos y servicios desechables, del pan y manteles. Y, por último, preguntó si alguno de nosotros sabíamos hacer asados. Uno se ofreció a hacerlo, ya que lo había aprendido de su padre. Yo creo que todos nosotros estábamos más felices que perro con pulgas haciendo la celebración y participando de su organización. En ese aspecto el Administrador de la obra fue sabio y creo que nos dio esta tarea para hacernos responsables y orgu-

llosos de lo que hacíamos, a sabiendas de que nos podíamos equivocar, pero aun así terminó por entregarnos esta tarea a los más jóvenes. Es algo que nunca se me olvidó.

Desde que llegamos a la obra, ese día, toda nuestra atención fue para que todo resultara exitoso. No teníamos ningún Jefe, solamente nosotros nos repartíamos las labores, confiando en la palabra del otro. Ya, a las 12 horas y cuando suenan las sirenas de los bomberos, los maestros terminaron de trabajar y se fueron al lugar del asado. Les repartimos de inmediato empanadas y cerveza o vino, según lo requería el maestro. Ahí entre risa y risa volvían a contar anécdotas de terror del cementerio, y nosotros, ya no le hacíamos caso.

Desde este glorioso momento que nos empezamos a mirar entre nosotros y nos dimos cuenta que al Kunta Kinte le gustaba demasiado el líquido infernal. Se había comido una empanada y se había tomado tres vasos de vino tinto. Si esa era la proporción con que comía y tomaba muy luego iba a quedar curado como huasca. Entonces nos dimos a la tarea de curarlo, solamente por el hecho de verlo disminuido y vulnerable, porque en ese momento a nadie de nosotros se nos ocurría lo que posteriormente iba a ocurrir.

Después que todos los obreros se sentaron junto a los jefes en las improvisadas mesas, se sirvieron las ensaladas y cada uno debía ir a buscar el pedazo de carne a la parrilla. Si lo requería el hambre se podían repetir el plato, algo que por supuesto se tenía previsto. El administrador dio un pequeño discurso agradeciendo a los obreros y a los Jefes por la responsabilidad asumida en la construcción de los nichos y agradeciendo a los jóvenes por la dedicación pres-



tada en la preparación del asado. Todos estábamos felices. Algunos maestros, posteriormente, se pusieron a hacer payas y contar chistes.

Como no podía faltar el Kunta Kinte con sus mayores dotes de chupamedias le agradeció al Ingeniero y a la empresa por el asado y hubo que hacerlo callar, porque ya estaba dando mucho “jugo”. Yo creo que desde ese preciso momento se planificó la venganza. El Lucho, el que hacía el asado nos dijo: Y si curamos más a este negro feo y lo metimos a un nicho y lo dejamos ahí hasta que se le pase la curadera. Buena idea dijo otro, pero lo dejamos en ese lugar hasta mañana. Y los más osados dijeron ya, lo dejamos ahí hasta mañana, pero para que no se escape le tapamos la entrada al nicho con tablones y cuarterones con clavos. La respuesta de todos nosotros fue unánime. Haríamos el plan y todos hicimos un pacto de silencio y de honor.

El asado terminó como a las 21:00 hrs. y como era verano aún estaba claro. Le pedimos a los que repartían vino que le siguieran surtiendo al Kunta Kinte hasta que se quede dormido en su silla. Dicho y hecho. Una vez que el capataz estaba más doblado que un churro y que ya no distinguía nada. Parecía como dormido y no sabía si estaba en su casa o en la obra. Entonces lo tomamos entre seis y lo metimos con mucho cuidado al nicho que estaba más próximo al lugar del asado. Ahí tomamos unas tablas y cuarterones y le pusimos tapa de madera, bien clavadas, para que cuando se le pasara la curadera y con los hachazos de la resaca no fuera tan fácil su escape.

Al final nos fuimos los últimos que quedábamos en el asado, que éramos como ocho obreros. Los demás no se percataron de nuestra macabra venganza y nos despedimos con un “hasta el lunes”. Ya de vuelta del fin de semana, los primeros en llegar supieron, por intermedio de los guardias del cementerio de la noche, que sintieron unos gritos bien fuertes que venían de la construcción de los nichos. Eran tan fuertes que ellos lo escucharon, a pesar de estar a una distancia de más de doscientos metros. Como los guardias no creen en fantasmas, ni en los cuentos de la cripta, se dieron cuenta, inmediatamente, que era una persona viva la que se quejaba ya que, en otras, ocasiones más de algún curadito se había perdido en la noche en el cementerio.

Al llegar al trabajo, nuevamente, y al preguntar por el Kunta Kinte, nuestros compañeros nos contaron cómo los guardias lo habían encontrado y además cómo habían liberado al capataz negrero. Dicen que una vez que dieron con el lugar de los gritos y en la com-

pleta oscuridad lo alumbraron con sus linternas y con una picota y un chuzo rompieron las tablas de la entrada. Una vez afuera y muerto de miedo y de frío lo cubrieron con una frazada. Lo encontraron todo meado y cagado y con una humildad al límite, que contrastaba con su arrogancia en el trato con sus trabajadores.

Desde ese día no volvió al trabajo. Después supimos que su señora vino a dejar una licencia médica por 15 días, la que después se extendió hasta el término de la obra. Tiempo después y habiendo decantado la situación, algunos, nos sentimos culpables y, los menos, siguieron felices por la venganza realizada.

EL PACO FRUSTRADO

Cuando ya había terminado la Universidad uno de mis primeros trabajos fue la de realizar labores de topógrafo en una obra sanitaria, en Quilicura, para EMOS. Esta empresa se privatizó durante los gobiernos de La Concertación y pasó a llamarse Aguas Andinas. La constructora a cargo de los trabajos se llamaba Hartley construcciones y tengo entendido que hoy ya no existe.

El trabajo consistía en la construcción de un emisario de aguas servidas que captaban las aguas del alcantarillado de las comunas de Conchalí y Quilicura. Era una tubería de diámetro de casi un metro y medio y fabricado de concreto u hormigón armado y que era construido por la fábrica de tuberías Bottai, ubicada en la comuna de San Bernardo. El tramo empezaba en la comuna de Quilicura, más específicamente en la esquina de Calle San Martín con la Avenida Américo Vespucio. Allí, en esa esquina, se construyó la cámara número uno y que era la que recibía las aguas servidas que provenían de la comuna de Conchalí. Esta cámara tenía una profundidad de siete metros. El colector de aguas servidas tenía un largo de 7,5 kilómetros, llegando a descargar al Río Mapocho, cerca del Aeropuerto de Pudahuel.

Esta construcción era una obra de extensión y la instalación de faenas se encontraba al inicio del tramo. Para el transporte de los

obreros se contrataron dos camiones tres cuartos y cerrados, con techo para el traslado a su lugar de trabajo. Algunos iban a trabajar al término del tramo, es decir, a la desembocadura del Río Mapocho y, los demás, iban bajando en los diferentes tramos de construcción. La obra se atacó en tres frentes de trabajo y, había que realizar una excavación masiva y un gran movimiento de tierras, para poder colocar la tubería a casi diez metros de profundidad en promedio. Existían diferentes cuadrillas de trabajo. Una, y con la mayor cantidad de trabajadores, era la que colocaba la tubería. Las otras cuadrillas estaban a cargo de la construcción de las cámaras, que eran sesenta en total. Otra, a cargo de los camiones que se retiraban con la tierra, que después era apilaba en unas canchas de acopio cerca del lugar de retiro.

Los camiones tolva recolectaban material de la excavación y después que se instalaba la tubería del colector debían volver a colocar el material de relleno compactado. Esto último se lo realizaba otra cuadrilla de rellenos y, en este grupo, estaba trabajando el obrero que dio origen a esta singular historia.

Como lo mencioné anteriormente, el tramo del colector se construía paralelo a la Avenida Américo Vespucio, desde la comuna de Quilicura hasta el Aeropuerto de Pudahuel. Esto significaba que cuando los camiones entraban y salían a la Avenida debía señalizarse con bandereros que alertaban, detenían y coordinaban a los vehículos. Era toda una operación de logística y debía de actuarse con mucho cuidado y prudencia, para evitar choques o topones de vehículos y, por causa de esto, culpar a la constructora. Para esta operación se colocaron dos casetas de madera con bandereros que

se comunicaban por radio y que estaban separadas a cien metros. Recuerdo que Carabineros de Chile le avisaba al Jefe de Obra de la llegada de algún personaje ilustre, como el Presidente de La República o la visita de mandatarios extranjeros, para coordinar el tránsito. A veces llegaba un cantante famoso que también producía algún inconveniente importante en la faena.

Cuando se terminaba un tramo muy difícil, el Ingeniero administrador de la obra celebraba el éxito de la faena con un almuerzo en un restaurante en Quilicura o un asado en la instalación de faenas. También realizaba una celebración cada vez que completábamos un kilómetro de colocación de tuberías. Esto último se hacía siempre un día viernes y la obra se paralizaba tipo dos de la tarde y todos participaban, desde los Jefes de obra, Supervisores, Capataces y trabajadores en general. Siempre encontré tan buena idea esto de hacer asados cuando completábamos tareas difíciles, porque nosotros mismos nos apurábamos en cumplir la meta, sin necesidad de que ningún Jefe “chicoteara los caracoles”. Cuando estábamos a punto de cumplir, mil metros de colocación de tuberías, los demás obreros le preguntaban a la cuadrilla encargada: ¿Oigan cabros, cuántos metros le faltan para comernos el asado? Y ahí ellos contestaban, faltan 120, 80 o 50 metros. Así se corría la voz, porque todos sacábamos cuenta: Parece que el asado es este viernes y no el próximo. Era bien simpática la situación.

Me recuerdo de muchas anécdotas que salían de boca de los obreros. De una muy particular porque se decía que en nuestro tramo de construcción de cámaras y colocación de tuberías pasaba justo por donde años atrás habían sido asesinados y abandonados los

tres profesores comunistas, por parte de un comando de Carabineros en el año 1985. Comentaban que algunos vieron cuando retiraban los cuerpos, porque ellos vivían cerca del lugar. Otros narraban historias de violación o asaltos en el sector.

Volviendo al tema de la obra, menciono que había que construir una cámara de desviación donde había que intervenir un tramo de un colector existente. Los maestros que trabajaban ahí comentaban que el olor a mierda se les impregnaba en la ropa y que incluso lo llevaban así hasta sus casas. Aunque se pusieran máscaras igual no se soportaba.

En estos trabajos, en la calle, se sufrían los peores rigores del clima. En invierno la temperatura llegaba a los tres grados bajo cero y en verano a más de 40 grados al sol. Todo esto lo teníamos que soportar, aparte de caminar grandes tramos en la faena que hacían interminable la jornada laboral. Cuando se trabaja en excavación la temperatura, al interior de la zanja, aumenta considerablemente comparada con la exterior. Es como estar en un sauna en verano.

Los topógrafos usan instrumentos ópticos de alta precisión y con un lente que tiene una vista de lugares lejanos muy nítido. Es por eso que a veces veíamos llegar a personajes famosos cuando estábamos trabajando cerca del aeropuerto y muchas veces comentábamos de la indefensión que estaban los mandatarios o personas importantes si alguien quería realizar un atentado. Con un fusil de precisión, perfectamente se puede atentar sin que nadie lo note. He aquí una lección para la seguridad del Presidente o Presidenta, si se requiere el caso.

La obra tenía una duración estimada de doce meses. Recuerdo que cuando estábamos cerca del término de las faenas y de la llegada de la tubería, que descargaba al Río Mapocho, todos comentábamos: “Y pensar que con estas aguas se riegan las hortalizas y frutas de Santiago”. Por eso que en esos años la epidemia de tifus y enfermedades estomacales de la capital era muy alta en comparación con el resto de las ciudades de Chile. Por suerte después se crearon las plantas de aguas servidas de La Farfana y El Trebal, que logró sanear las aguas servidas de la cuenca de Santiago y logró bajar el índice histórico de estas enfermedades.

Cuando estábamos colocando tuberías cerca del Aeropuerto de Pudahuel nos encontrábamos en las finales de la década de los ochenta. El terminal aéreo tenía solamente una entrada y una salida, no se cobraba peaje y no tenía la intensa actividad aeroportuaria que tiene hoy en día. Debido a esto el cruce de esta entrada requería mucha logística y planificación. El Jefe de obra le comentó al Capataz de la cuadrilla de rellenos, que justamente se encontraba trabajando cerca del sector, que necesitaba dos nuevos bandereros para controlar el tráfico que salía y entraba al aeropuerto. Tenían que ser personas responsables, que no hayan faltado a sus trabajos, en todo el tiempo de duración de la obra y que tuvieran una presentación decente. De acuerdo al avance de la obra en cuestión hubo que instruir a varios trabajadores para el puesto de bandereros y casi todos habían realizado bien su trabajo y sin mayores sobresaltos, pero ninguno de ellos podía trasladarse al lugar del tramo requerido, por eso la urgencia de capacitar a los dos nuevos.

El supervisor escogió dos obreros, que según él cumplían con las labores encomendadas por el Jefe de obra. Uno era el Juanito y otro el Lucho. Eran dos jornaleros, pero que estaban asignados a la cuadrilla de rellenos por su colaboración y dedicación a su trabajo. En premio a esto el supervisor los designó en esta nueva labor. Les pidió que por nada del mundo cayeran en provocaciones a las bur-las que les pudieran hacer sus compañeros de trabajo y que desde ahora, en adelante, no se cambiaran nunca más su ropa de trabajo. Es decir, deberían venir con ropa adecuada a su nuevo puesto. Los dos estaban contentos y daban las gracias por la confianza. El flujo vehicular, como lo dije anteriormente, no era de la magnitud de hoy, pero igual no dejaba de tener la importancia que requería.

Les entregaron unos chalecos reflectantes y unas paletas, un poco más grandes que las de ping pong actuales y unos guantes para el frío. También se construyeron dos casetas de madera, donde se resguardaban del clima o la lluvia. Hoy estas casetas son de fibra de vidrio, al igual que los baños químicos, que tampoco existían en esos tiempos. Toda una precariedad que con el tiempo se ha modernizado.

Los dos nuevos bandereros o señalizadores de tránsito se instalaron en sus nuevos puestos de trabajo, previa instrucciones del pre-venccionista en riesgos del Aeropuerto y coordinados con la garita de acceso, que era controlada por Carabineros. El Lucho, era el más entusiasta con su nuevo trabajo y tomó tan en serio su labor de ordenador de tránsito que todos nos quedábamos mirando y riéndonos de como lo hacía. A veces un auto quería pasar y él se ponía

de frente y le mostraba con energía la paleta que estaba en color rojo. Después, cuando ponía el color verde se colocaba de lado al igual que lo hacen los Carabineros, para que pasaran los vehículos. Algunos automovilistas se ponían furiosos cuando le tocaba el color rojo, pero el Lucho siempre actuó con energía. Al final era un nuevo paco y todos decíamos, el Lucho encontró su verdadera pega. Después de aplicar al pie de la letra las leyes del tránsito, no importando quien era el que venía al interior del vehículo, él simplemente cumplía con su deber. El Juan, que era su compañero de labores cumplía la labor sin tanto histrionismo, pero hacía bien su trabajo.

Un día lunes, el Lucho, no encontró nada mejor que traer un pito de árbitro de fútbol. Se lo colgó al cuello y empezó a dirigir el tránsito, con tanto o más energía que las semanas anteriores. Tocaba el pito y le mostraba la paleta a los automovilistas cuando cambiaba de color. Lo tocaba de la misma forma si era rojo o verde, solamente colocaba más ahínco cuando ponía el color rojo y retaba a los choferes de los autos, camiones o camionetas. Era todo un espectáculo verlo dirigir el flujo vehicular y aunque muchos de sus ex compañeros de la cuadrilla de rellenos se burlaban, él simplemente hacía caso omiso. En la obra todos comentaban que el Lucho era un paco frustrado o en su otra vida había sido un guardia pretoriano.

Toda esta situación llegó a oídos de Carabineros. Posiblemente uno de los ocupantes de los autos que el Lucho dirigió, con tanto ahínco en su entrada o salida del Aeropuerto, era un importante oficial de Carabineros. Suponemos que por esto llegó a oídos de los oficiales que custodiaban el Aeropuerto. La consecuencia es que



llegaron los Carabineros y le dijeron al Ingeniero Administrador y al Jefe de obras. Mire jefe, es muy bueno su banderero, es más, no tenemos nada que decir de él, porque ha hecho muy bien su trabajo. Pero como nada es perfecto existe un pero en esta situación, hay que quitarle el pito, es decir no puede usar pito. El Administrador, extrañado, pregunta porqué de esto, sí lo está haciendo bien. Entonces el oficial le responde: lo que pasa Jefe es que el pito significa autoridad y solamente Carabineros de Chile está autorizado por ley a usarlo en la vía pública y más aun dirigiendo el tránsito. Así es que desde este momento debe prescindir del pito.

Cuando le fueron a decir al Lucho que no podía usar el pito nunca más, porque eso significaba estar en contra de la ley y que se podía prestar para malos entendidos, quedó tan triste y frustrado que se le notó en el acto. Por supuesto que se corrió la voz, inmediatamente, en la obra que los Carabineros le habían quitado el pito al Lucho. Y desde ese mismo momento fue motivo de más burla y de sorna de parte de sus ex compañeros de cuadrilla y cada vez que el camión que repartía a los trabajadores, pasaba por ese lugar, em-

pezaban a preguntarle por el pito.

Al final fue tanta la burla de los compañeros y la tristeza del Lucho, por la falta del pito, que no le quedó más remedio que presentar la renuncia al trabajo a la semana siguiente.

EL GERENTE SINGULAR

Durante la década de los noventa me contrataron en una empresa constructora de obras sanitarias, como administrador de obra, en la construcción de una planta de tratamiento de aguas servidas en una ciudad del sur de Chile. Al final, debido a mi buen desempeño en la construcción de las obras que administré, terminé trabajando casi seis años en esa empresa. Llegué a ser coordinador y visitador de las obras del sur de Chile, desde la ciudad de Rancagua hasta Concepción. El Gerente era una persona de mucho carácter y así lo hacía saber cuando teníamos reuniones directamente con él o cuando nos reunía a todos los Directores de las obras. Las reuniones se realizaban cada dos semanas, generalmente los días lunes y empezaban a las nueve horas. En estos encuentros se reunían con nosotros los Gerentes de cada área, Gerente Técnico, Gerente de Operaciones, Gerente de Administración y Finanzas y el Gerente General. Cada uno de los Administradores de obras debía exponer cual era la situación de su faena, como el avance físico y financiero y las principales virtudes y fallas que tenían en sus trabajos. Esto servía para que todos aprendiéramos de los aspectos positivos y negativos de las obras que se estaban ejecutando en las otras ciudades y, a su vez, producir un mejoramiento continuo o retro alimentación como se dice hoy. Las reuniones duraban toda la mañana y generalmente se realizaba en un hotel

de Santiago, después almorzábamos y nos íbamos hacia nuestras respectivas ciudades. En el caso de las obras fuera de Santiago retornábamos en bus o avión, según la lejanía.

El Gerente General, como lo indiqué, anteriormente, demostraba mucho carácter y mucha vehemencia en su actuar. Muchas veces, cuando una obra estaba atrasada, retaba al Administrador delante de todos, aun antes de saber cuál era el problema. Cuando alguien decía que un proveedor de materiales estaba fallando en la entrega él decía: “Entonces cambia de proveedor”. Si era un subcontrato que fallaba, él volvía a reiterar: “cambia de subcontrato”. Pero esto es más fácil decirlo que ejecutarlo. Muchas veces el costo que significaba el cambio de proveedor o contratista podía ocasionar más daño y atraso a la obra. Entonces había que demostrarle que se debe llegar a acuerdos antes del conflicto. Si había un problema con la Inspección Técnica, declaraba que no había que hacerle caso y, nosotros, le replicábamos que esto era más perjudicial que beneficioso para la obra. Le comentábamos que la ITO era el representante del mandante, por lo tanto había que tener mucha prudencia.

Recuerdo que muchas veces visitaba las obras sin aviso previo. Algo que en mi caso, en particular, no me molestaba porque siempre tenía mi obra al día y con todos los documentos correctos. A veces iba con el Gerente Técnico o el Gerente de Finanzas y revisaban lo que le correspondía a cada uno. Después de estas visitas nos íbamos a cenar al hotel donde alojaban y se ponía a tomar sus “wiskachos”. Recuerdo que pedía todo lo mejor y nos decía a nosotros que lo acompañáramos en la tomatera. Yo muchas veces no

me quedé hasta tarde porque al otro día tenía que estar en la obra, pero insistía y había que ceder en la petición. Nunca me pasé de la raya, porque consideraba que era un arma de doble filo mostrar la hilacha delante del Jefe máximo. Recuerdo que los otros Administradores de obra me contaban que ellos sí chupaban hasta tarde, simplemente para congraciarse con el Jefe. Terminaban durmiendo en el mismo hotel, algo que yo por supuesto no lo consideraba correcto, pero cada persona sabe hasta dónde puede llegar con sus actos.

Muchas veces en estas juergas yo me retiraba un instante para llamar a mi familia y a mi señora y él decía: como tan macabeo, yo necesito machos en mis faenas, hombres con carácter. La verdad es que siempre esta situación era bien incómoda para mí, pero nunca trancé ni cambié ni mi forma de ser ni mi estilo. Los otros eran simplemente zalameros y no lo contradecían. Yo siempre opiné y lo sigo haciendo. Creo que la lealtad no se mide de esta forma. Realmente este valor se mide en la capacidad de decirle al jefe o a un superior que se está equivocando y demostrárselo con argumentos. Como asimismo el jefe debe demostrar, con argumentos, su postura y no por levantar más fuerte la voz. Lo otro es ser simplemente chupamedias.

Los trabajos que en esos momentos estábamos desarrollando comprendían las siguientes: Copas de agua potable, Estanques elevados, Plantas de tratamiento de aguas servidas, Servicio de agua potable rural, Sistema de mejoramiento de barrios, Colectores de aguas servidas, etc. En muchas de estas obras, cuando eran inauguradas, aparecía todo el espectro de la sociedad, desde Inten-

dentes, Gobernadores, Alcaldes, Concejales, Senadores, Diputados, Gerentes de las Empresas Sanitarias, Bomberos, además de parásitos, zánganos, asesores y otros que simplemente querían aparecer en la foto de la prensa. Recuerdo que cuando aparecían los medios de comunicación, tanto la prensa escrita o la televisión, se colocaban todos delante con sus mejores pintas y sonrisas. Se cortaban cintas, se hacían los más rimbombantes discursos, se repartían los canapés, los tragos y las fotos de rigor. Yo me reía de esta situación. Muchas veces los trabajadores sentían rabia, porque se daban cuenta que eran ellos, únicamente, los que realmente trabajaron para terminar la faena y con sus obras lograban hacer soberanía y llevar el progreso a las ciudades. Aun así con la inauguración de estas magníficas obras los obreros ni siquiera les tocaba un vaso de bebida o un canapé. En las ceremonias oficiales los trabajadores eran los últimos que aparecían en el escenario. Toda una injusticia. Para que decir del Administrador de la obra, nunca ni siquiera me tomaron una foto ni me hicieron una entrevista. Esto último no me importaba porque los que realmente se sacaban la mugre para construir las obras en cuestión eran precisamente los obreros, yo solamente había dirigido la construcción. A ellos se debía homenajear y no a otros.

Volviendo al tema del Gerente General, recuerdo que muchas veces nos citaba un día viernes a reunión, urgente, porque siendo Sociedad Anónima debía reportarse con el Directorio los días lunes. Ahí le teníamos que hacer un resumen de nuestras faenas y explicar el porqué del atraso. Ahí volvía a retornos y a demostrar, según sus palabras, lo macho que era. Cuando a alguno de nosotros

lo llamaban desde nuestras casas o nuestras familias nos volvía a decir: como tan macabeos. Siempre decía que él era un general en su casa.

Siempre terminé las obras antes del plazo contractual, cuestión que se consigue con liderazgo y no con la tiranía. Tal vez esto lo aprendí en mi época universitaria cuando llegué a ser el Presidente del Centro de Alumnos de Ingeniería de mi Universidad, en plena dictadura. Debido a esto siempre me gané el respeto y aprecio de los trabajadores que dirigí.

Cuando me nombraron Coordinador o Supervisor de obras de la zona Sur de Chile, muchos de los obreros a mi cargo lamentaron que no tuviera ninguna nueva obra a mi cargo, porque les gustaba trabajar conmigo. Esto es algo de lo que me puedo sentir orgulloso, palpar el afecto de mis ex dirigidos.

Bueno, volviendo a la historia, una vez el Gerente General nos citó a una reunión de Administradores de obra en el mes de septiembre, ya cuando había pasado las celebraciones de Fiestas Patrias. Nos juntamos en el Hotel Carrera, cuando ese hotel aún estaba funcionando. Después de esa reunión tenía que rendir cuentas al Directorio por un posible aumento de capital y debía justificarlo. Recuerdo que dos de los nuevos Directores de obra habían sido sus compañeros de Universidad y tenían una comunicación más fluida y cordial, lo que hacía que la reunión no fuera tan tensa como las anteriores.

Ya el ambiente se había distendido y podíamos tener un cierto grado de confianza, lo que nos dio un poco de valentía para decirles

nuestras aprehensiones y lo que esperábamos de la Jefatura, en cuanto al apoyo para concretar nuestras obras. Recuerdo que sus dos compañeros de Universidad lo tuteaban y eso nos dio pábulo para envalentonarnos. Después de toda la exposición de las diferentes obras en construcción, que a esa alturas eran catorce, llegamos a la hora de la cena. Era, aproximadamente, las 21:00 hrs. y habíamos empezado la reunión a las 15:00 hrs. Ya estábamos agotados y necesitábamos un relajo y un respiro. Nos pusimos a cenar y aprovechamos de servirnos algunos tragos más exquisitos, aprovechando que la empresa pagaba.

Lo bueno de todo esto es que por fin era viernes y teníamos descanso y tiempo con nuestras familias. Pero los planes del Gerente eran diferentes a los nuestros. Recuerdo que nos servimos muchos tragos caros y de tanto ponerle, “se nos calentó el hocico”, como dicen en la construcción. Yo estaba bien mareado y quedábamos en total ocho personas, cuando uno de los Ingenieros dijo: Los invito a mi casa queda en Ñuñoa, y seguimos compartiendo con todos en la terraza. Ahí el Gerente dijo: “por ningún motivo, ustedes van a mi casa y seguimos hasta cuando se aburran”. Los dos compañeros de Universidad del Gerente le dicen: ¿Pero por que no llamas y le preguntas a la Susy si podemos ir?. Como se les ocurre contradir el Jefe, yo mando en mi casa y los invito a todos. Casi todos aceptamos y no lo cuestionamos, ya que era el jefe de todos los jefes, es decir, el Capitán General. No había capacidad de contradecirlo. Yo me fui con uno de sus compañeros en una camioneta doble cabina y le pregunté: oye ¿qué onda con la Susy? Lo que pasa es que la Susy es brava y le va a pintar el mono, nosotros la conocemos.



¿Y cómo dice que es tan macho y que él manda en la casa? Bueno, vamos a ver cómo termina este cuento. La casa quedaba en una parcela en La comuna de Padre Hurtado y era una comunidad de parcelas de agrado.

Cuando llegamos, el Gerente nos dijo a todos los presentes, ya cabros, bájense y vamos a mi casa. El Roberto, uno de sus compañeros, que conocía muy bien a la señora del Jefe, le dijo: “Oye Choche, anda y le preguntas a la Susy si podemos tomar un rato. Pero como si ya estamos aquí, así es que vamos ya, dijo el Jefe”. Vuelve a insistir el Roberto, “no Choche, anda a preguntar y nosotros te esperamos aquí y después nos vienes a buscar”. El jefe se bajó, un poco mareado y golpeó la puerta. Nosotros veíamos toda la escena como a unos veinte metros y como lo dije, anteriormente, veníamos en dos camionetas. Vimos cuando le abrieron la puerta y se quedó, conversando, varios minutos que se hicieron eternos. Hasta que llegó de vuelta y nos dice: “Pucha cabros, mejor tomamos otro día”.

Por supuesto que desde ese día dejó de llamarnos macabeos.

LA CONSTRUCCIÓN EN LA JOSÉ MARÍA CARO

La historia de la población José María Caro ha estado marcada, primero, por la fraternidad y la solidaridad y, segundo, por la tragedia y el dolor. Ha cargado con el estigma de ser catalogada como una población peligrosa, foco de delincuencia, prostitución, borrachos y de ignorancia. Reconozco que algunos de estos calificativos no dejan de tener razón, es más esto es fruto de la segregación de los sectores marginales, tanto de Santiago como regiones. También es consecuencia de las políticas públicas, que nunca han abordado el tema en su real dimensión y, solamente, se han limitado a cumplir con el asistencialismo como política de Estado.

La población José María Caro se encuentra ubicada en el sector sur poniente de la ciudad de Santiago. Antiguamente pertenecía a la comuna de La Cisterna, pero durante las postrimerías del gobierno militar ésta se dividió en tres territorios, quedando constituida por las siguientes comunas: La Cisterna, El Bosque y Lo Espejo. En esta última quedó instalada la José María Caro, como es conocida casi universalmente. Aunque la población se compone de seis sectores, A, B, C, D, E y F. El sector A quedó bajo la jurisdicción de la comuna de Pedro Aguirre Cerda, al igual que las poblaciones Lo

Valledor Sur y Lo Valledor Norte.

La población se fue creando fruto de los terrenos que donó al fisco el primer Cardenal de la Iglesia católica chilena, Monseñor José María Caro, que al visualizar el grave problema de la llamada: “Cuestión Social”, decidió donar los terrenos para prevenir futuras tomas de terrenos. Como ya había ocurrido, anteriormente, con la población La Victoria y otras de sectores populares de Santiago. Tanto el gobierno como la Iglesia Católica querían evitar la explosión de la llamada “Cuestión Social” como en otros sectores del país. La población La Victoria fue un claro ejemplo de ello; nació fruto de la movilización de pobladores que se había tomado unos terrenos por el sector de Ochagavía y San Joaquín y que trajo mucha miseria, debido a la precariedad de las viviendas.

Esta población se formó con la llegada de familias obreras que estaban viviendo en conventillos o allegados y hacinados en casas de familiares, con el consiguiente drama de la insalubridad y conflictos familiares. Estos allegados formaban lo que se llamaba, “Comités de Vivienda”. Estos eran reunidos e inscritos por las municipalidades de las comunas donde habitaban. En esos años la población José María Caro se constituyó como el más grande asentamiento humano del país. Las cifras de los historiadores discrepan entre sí, pero oscilan entre los cien mil y los ciento cuarenta mil habitantes. El poblamiento se produjo entre los años 1959 y 1962. Casi todos los pobladores del sector D, donde vivíamos nosotros, provenía de allegados de la comuna de San Miguel y de Santiago Centro.

Mi familia llegó a vivir a “La Caro” en abril del año 1960, cuando yo aún no nacía. Inmediatamente, una vez instalados, se reunían los pobladores y fundaban un club deportivo, que era el centro de reunión de los hombres y los padres de familia. También se forman los centros de madres, al alero de los clubes deportivos.

Foto aérea del sector D de la Población José María Caro en 1961



Fuente: Godoy y Guzmán, 1964.

Las casas eran dos piezas de tres por tres metros, pareadas con el vecino, que en total sumaban dieciocho metros cuadrados cada una, de madera de terciado. En esas dos piezas terminamos viviendo toda mi familia, compuesta de 8 personas, mis padres y seis hermanos. Los sitios eran más grandes, tenían una superficie

de 120, metros cuadrados aproximadamente, donde se proyectaban las futuras ampliaciones.

Como lo mencioné, anteriormente, las casas eran pareadas y la división con el vecino era un tabique de terciado que impedía la privacidad de las familias. Esto trajo en, un principio, enormes conflictos entre vecinos, que con los años fueron disminuyendo. Se escuchaban las peleas y los llantos de los niños. Era estresante, pero no existía otra forma de vida. Las mamás nos decían que eso era mejor que vivir de allegados.

Por supuesto que existían enormes carencias, tanto de alimentos, como de abrigo, ropa y calefacción. Se cocinaba con leña o con cocinas a parafina, llamadas también cocinillas, con mechas que se tenían que ir cambiando. La calefacción era de carbón prendido en los braceros. La lavandería consistía en una alteza de madera donde se lavaba la ropa a mano y con escobilla. El aseo para los niños era en esta misma alteza, no todos los días por supuesto y las madres nos bañaban con agua helada, tanto en verano como en invierno. Por eso existían tantas enfermedades fruto del frío del invierno. Yo, debido a esto, tengo asma crónica desde pequeño. Como lo dije anteriormente, además de bañarnos con agua helada nos sacaban el piñén con jabón y piedra pome.

Cuando me refiero a que “La Caro” estaba marcada, desde el inicio, por el dolor y la tragedia, me refiero a los tristes sucesos acaecidos en el año 1962, durante el gobierno del Presidente Jorge Alessandri Rodríguez. Cuento esta historia: Durante un paro, convocado por la CUT para protestar por el alza de los alimentos, los pobladores se reunieron en torno a la vía férrea que cruzaba la población,

para detener el tren. La respuesta del gobierno fueron los golpes y las balas, nunca siempre en ese mismo orden. Resumen de la matanza, seis pobladores asesinados a balazos por soldados del Regimiento de San Bernardo y decenas de heridos.



Foto: Soldados del Regimiento de San Bernardo disparando a los pobladores

El primer colegio fue una escuela de tablas, donde se filtraba el viento por todas partes. Recién en el año 1966, a casi siete años de creada la población, se construyó la primera escuela pública básica o colegio fiscal como se le dice ahora, y que era de material sólido. Además, se construyó el sistema de agua potable y alcantarillado. Antes los baños eran de pozos y el agua potable provenía de un pilón, donde las mamás juntaban el líquido en tarros, botellas o chuicas. Se crearon también los llamados “Almacenes Reguladores”, que era un intento del gobierno por proveer de mercade-

ría más barata de lo normal a los pobladores. Esta fue una de las primeras políticas públicas durante el Gobierno de Eduardo Frei Montalva. También se construyeron las primeras sedes de Juntas de Vecinos.

En realidad La Caro, al igual que muchas poblaciones obreras, se fue construyendo en torno a lo social y colectivo. Todos se ayudaban en la nueva aventura. Las madres compartían el cuidado de las guaguas. Los niños estaban casi todo el día en la calle, compartiendo juegos grupales. Se ayudaban en las tareas escolares y, a veces, se compartía la comida. Así se crecía en la amistad y la solidaridad.

La escolaridad de los pobladores era muy exigua. De hecho mi padre no alcanzó a terminar el quinto básico y mi madre terminó solamente el primero básico. Ese era casi todo el promedio de escolaridad de los pobladores. Todas las familias eran jóvenes y con muchos hijos, como promedio siete por familia. Mi mamá fue madre a los quince años y a los veintitrés ya tenía cinco hijos. Cuando se casaban era un compromiso para toda la vida y la única condición para matrimoniarse era estar enamorados. Con esto basta y sobra decían los papás y todo lo demás se construye en el camino.

Casi todas las familias tenían este denominador común en cuanto a la edad de casarse y tener hijos. Los padres eran machistas y no les gustaba que las mujeres trabajaran. Para ellos esto último era considerado como un signo de poca hombría. No se permitían signos de debilidad y la autoridad de los padres era incuestionable y severa. Ellos decían que el hogar no era una democracia, que en definitiva debíamos entender que los padres mandan, sin cuestionar

sus órdenes. El psicólogo no existía, este era reemplazado simplemente por un par de patadas en el poto, un zapatazo en la cabeza o un charchazo en el hocico, como decían ellos. Y me consta que ninguno salió traumatado como los niños de ahora.

Volviendo al tema de la población, recuerdo que el primer gran cambio se produjo a la llegada del gobierno de Salvador Allende. Lo primero que se hizo fue asfaltar todas las avenidas existentes, dejando el pavimento de los pasajes a la autogestión de los pobladores. La recolección de dinero para esta pavimentación de pasajes era la excusa perfecta para “chupar”, ya que todos se unían en torno al club deportivo que organizaba y juntaba el dinero. Era una bonita forma de fomentar la participación de los pobladores en torno a su progreso. El gobierno colocaba la mitad del dinero y los pobladores la otra mitad. Se cerraban los pasajes y se hacían fiestas los días sábados, donde todos participábamos. Las madres hacían empanadas, sopaipillas o cocimientos. Los hombres fabricaban los escenarios y los niños le cooperaban a sus madres o sus padres indistintamente.

Voy a resumir esos años con una frase que me dijera una vez un compañero de curso de la enseñanza básica y que me encontré con los años, ya estando los dos con familia: “En realidad éramos tan felices con tan poco”. Nunca se me olvidó esta confesión, tenía toda la razón. Toda nuestra vivencia de niños era llena de felicidad, pero nuestra felicidad era en lo colectivo, en la solidaridad, en la hermandad, todo se compartía. Entonces para nosotros la envidia, el egoísmo y el individualismo no eran parte de nuestro ADN, más bien era lo que nosotros llamábamos antivalores.

Los espacios públicos eran nuestro mundo, nuestra existencia, ya que en nuestras casas vivíamos hacinados. No nos interesaba lo material y lo social le daba sentido a nuestras vidas. La felicidad, como la concebimos los hijos de La Caro, no está dada por el éxito económico, sino por valores más permanentes. Fortalecer el matrimonio y la familia estaban por sobre cualquier consideración y se le enseñaba a los hijos a que no envidien a nadie, porque siempre hay gente que tiene más que uno y otros menos que uno. Simplemente deben disfrutar con las cosas simples de la vida. En definitiva, la felicidad en la población era fácil de conseguir. No como ahora que se valora a la gente por los bienes que posee y no por la integridad como personas. Por esto que nos sorprende y nos abruma el individualismo o el egoísmo exacerbado al extremo. Mi hija socióloga me dice con respecto a esto, que el nuevo lema del escudo de Chile debería ser: “Sálvese quien pueda” En esto Pinochet y la derecha tuvieron éxito, en cuanto lograron cambiar la personalidad y la mentalidad de los chilenos.

En el año 1971 el gobierno de Salvador Allende les dio a los pobladores de La Caro la posibilidad de comprar sus casas, ya que cancelaban cuotas CORVI a muchos años. El beneficio era simple: que pagaran al contado un año de dividendos y la casa era para ellos. Por supuesto que se generó un gran movimiento social en torno a esta propuesta y aquellos que estaban más afortunados en sus finanzas ayudaron a otros vecinos, junto a los clubes deportivos, a pagar a los menos favorecidos. Todo un gesto de grandeza que nunca se me olvidó.

Una vez que los pobladores se hicieron dueños de sus casas el Go-

bierno ofreció nuevamente la posibilidad de que los habitantes de La Caro ampliaran sus viviendas. El trato ofrecido era el siguiente: el Fisco regalaba los materiales de construcción, llámese cemento, ladrillos, madera, clavos, puertas, etc., pero los pobladores debían construir sus ampliaciones. Es decir, se gestionó la autoconstrucción y nuevamente salió a relucir lo mejor de nuestro pueblo. En resumen los sentimientos más nobles, la solidaridad de clase.



Estadísticamente casi el 80% de los hombres de La Caro trabaja en el rubro de la construcción. Son carpinteros, como mi padre y mi hermano; además de enfierradores, albañiles, estucadores, yeseros, soldadores y pintores. También trazadores, como mi hermano mayor y menor. Hay Capataces, Supervisores, Jefes de obra. Es decir, todo el espectro laboral que se necesita para construir gran-

des obras. Existen, además, obreros sin oficio, pero ligados al rubro como ayudantes de maestros. Al final, estábamos condenados como hermanos a terminar en este mundo de la construcción. No teníamos otro destino, lo llevamos en la sangre. Es nuestro castigo y nuestra fortuna. En definitiva..., es nuestra vida.

Debido a esta característica de La Caro se hizo más fácil construir las ampliaciones de nuestras viviendas. Cuando llegaban los materiales de construcción a alguna casa todos los niños ayudábamos a cargar los materiales y trasladarlos al interior de los sitios. Después éramos recompensados por los dueños de casa con bebidas y galletas. Los fines de semana todos los padres, junto a sus hijos, íbamos a ayudar a construir las ampliaciones de los vecinos. Llegada la noche el dueño de casa se ponía con el agasajo que consistía en asados y el vino. Por supuesto, más vino que asado. Y así casi todas las casas terminaron por ampliarse.

Yo les comentaba a mis hijos que mi único sueño, que tenía de niño, era tener una cama para dormir solo. No soñaba con una pieza única ni televisor ni escritorio, simplemente quería dormir en mi cama, no acompañado con mi hermano. No es que no lo quisiera, simplemente era por la incomodidad de dormir acompañado en una cama de plaza y media. Esto último era una verdadera tortura, ya que mi hermano, durante el sueño me quitaba las tapas, sin querer, mientras dormía. Digo tapas ya que no habían frazadas, ni cubrecamas. Pasaba frío y no dormía bien. En realidad, no podía ser de otra manera, ya que en dos piezas de madera de 3 x 3 metros vivíamos 8 personas. Ahí en ese espacio teníamos que tener una mesa que servía como comedor, junto a la improvisada co-

cina. El living o sala de estar por supuesto que no existían. Aun así nos sentíamos muy felices porque se vivía bajo un clima familiar. Para las mamás de La Caro su único objetivo en la vida era precisamente ese, ser mamás. Criaban a los hijos bajo estrictas normas de disciplina y después que estos se casaban y se iban de la casa les venía el síndrome del nido vacío, es decir, perdían el principal motivo de su vida.

Los hijos de “La Caro” tenían el destino casi asegurado. Se iban a trabajar con sus padres y aprendían y heredaban el oficio a temprana edad. En otras ocasiones abandonaban el colegio y se iban a trabajar como vendedores ambulantes en las micros o las ferias libres. Los menos terminaban estudiando en la enseñanza media en algún colegio técnico profesional y terminaban aprendiendo un oficio. Y, por desgracia, otros terminaban delinquiendo desde niños y pasaban años en prisión. Lo que sí era impensado era terminar estudiando una profesión en la Universidad. Muchas veces los que teníamos este sueño de niños éramos tildados de giles por nuestros pares y de locos por nuestra familia. Muchas veces mi papá me decía que abandonara estos ridículos planes y que me fuera a trabajar pronto a la construcción.

Los pobladores de La Caro, como lo he dicho en más de una ocasión, convivían en torno al club deportivo. Este realizaba y organizaba los paseos a la playa, los partidos de fútbol, los paseos fuera de Santiago, la fiesta navideña y las Fiestas Patrias. Todos éramos hinchas del Club local que defendíamos a ultranza y que eran el detonante de estas famosas grescas poblacionales. Cuando íbamos de paseo a alguna localidad, fuera de Santiago, casi todos los

hombres terminaban curados y hediondos a pelea. Hasta balazos y heridos graves quedaron en estas peleas campales descomunales. Recuerdo que nunca hubo una acusación de malversación de fondos o que alguien hiciera una trampa en algún torneo. Así fue nuestra crianza, llena de grandes valores humanistas. Algo parecido a los valores que inspiraron a la revolución francesa, fraternidad, libertad e igualdad. Aun así, después de muchos años de haber dejado de vivir allí, sigo creyendo que estas grandes virtudes aún tienen sentido y que el egoísmo y la individualidad no pueden ganar la batalla de los valores.



Cuando comente que la población estaba marcada por la tenor

dad y la desgracia, me refería también a la tragedia que se cernía sobre la población, una vez producido el Golpe de Estado contra el Presidente Allende. Recuerdo que a mi corta edad pude ver la brutalidad y lo abyecto del ser humano. La población fue allanada en varias ocasiones y estos allanamientos no eran en un ambiente de respeto, sino más bien con golpes y amenazas. En la mañana, cuando nos íbamos al colegio, veíamos algunos cadáveres de personas asesinadas durante el toque de queda. Varios dirigentes fueron detenidos y posteriormente fusilados y, otros, aún están desaparecidos. Como casi todos los habitantes eran Allendistas la población pasó a convertirse en un foco de sospecha y de represión permanente durante el gobierno militar.

Volviendo al tema principal de esta historia, recuerdo que los ejemplos más claros de estas grandes virtudes los pude vivir en mi juventud. Cuando terminé mi carrera en la universidad unos amigos me contactaron y me pidieron hacer clases en un preuniversitario que se había creado bajo el alero de una iglesia católica cerca de mi casa. Lo primero que me aclararon es que estas clases eran gratuitas, es decir no le pagaban a los profesores. Era una forma de ayudarnos entre nosotros, como un acto de solidaridad y de justicia de pobladores. Me comentaron, además, que la iglesia prestaba sus instalaciones, pero los alumnos llevaban café y galletas. Les respondí que ningún problema y como estaba trabajando, durante el día, podía hacer clases en la jornada de la noche. Además, les comenté que podía hacer clases de matemáticas o física. Me dijeron que ya estaban los profesores de esas materias y que faltaba el profesor de historia y geografía. Ante esto último, reconozco que

siempre he sido un profesor de historia frustrado y que soy un autodidacta en esos temas. Es más, he leído y estudiado más libros de historia que películas o partidos de fútbol. Ahí me respondieron que ellos sabían de esto y por eso se habían acordado de mí.

En resumen, terminé haciendo clases y, en esas gratas sorpresas que nos regala la vida, terminé por conocer, entablar amistad, pololear y casarme con la madre de mis tres hijos y actual señora. Ella era una alumna más del preuniversitario de La Caro y, al igual que yo, también era hija de obrero, pero esto da para escribir otro libro con otras historias.

EL OJO DEL CHITO

El Chito era un compañero de curso de la básica en el Colegio de hombres de La Caro, ya que en esos años no existían colegios mixtos. El Chito se retiró o lo retiraron del Colegio cuando cursaba el quinto básico, al igual que sus tres hermanos mayores. De hecho la enseñanza básica la comenzamos un curso de 48 alumnos y terminamos 23, es decir, la deserción escolar era de más del 50%. Para que voy a hablar de la enseñanza media ni menos de la Universidad, esto era impensado. Esto de retirarse de la escuela y sin ser sociólogo puede haber sido por varias razones: que no les gustó el colegio; que no les daba el mate, como graciosamente se decía a los duros de mollera, es decir, a aquellos que no le entraba la materia aunque los torturaran. Otra explicación podía deberse a que les gustaba tener dinero en sus bolsillos a temprana edad, y por último, y la más común, era que sus padres los mandaban a trabajar tempranamente para contribuir con la precaria economía familiar. De hecho mis hermanos también se retiraron antes de terminar su enseñanza media. Nuestros padres preguntaban: “¿No quieres estudiar? Entonces te vas a trabajar conmigo, porque yo no voy a alimentar vagos en la casa”. Y así terminaba el círculo vicioso de la pobreza. No había ningún incentivo para seguir estudiando e incluso los que desafiábamos el orden natural de los

acontecimientos éramos catalogados como los tontos o los giles. Yo veía a mis ex compañeros y hermanos que se retiraron de la escuela con dinero, con mujeres, con ropa nueva y yo siempre carente de lo material, porque mi meta era estudiar en la Universidad.

Claro que los papás de los alumnos que se retiraban tempranamente del colegio los obligaban a trabajar y aportar con la mitad del sueldo para la casa. Esto era como la ley, es decir la mitad de lo ganado se le tenían que entregar a las mamás. Ellas decían que desde chicos se tienen que hacer responsables con su casa y, después, con su futura familia. Los demás compañeros de curso que se retiraron del colegio terminaron haciendo trabajos esporádicos, vendiendo en las micros, otros delinquiendo y, los menos, siendo un cacho para la sociedad. De hecho tres compañeros que se retiraron de mi curso terminaron asesinados. Dos de ellos en pendencias callejeras, al dárselas de macanudos y, para mala suerte de ellos, les tocaron dos matones. El otro murió a los 17 años en un asalto a una casa de La Florida y donde el dueño de casa repelió el robo a balazos.

Volviendo al tema del Chito, me recuerdo que siempre que podía invitaba a los amigos a los Juegos Diana o a algún partido de fútbol y como él tenía la plata nosotros íbamos gustosos. Muchas veces nos pasaba a pedir permiso a nuestros padres y aunque tenía dos años más que yo (había repetido dos veces el quinto básico), el hecho de trabajar y tener más mundo lo hacía verse mayor. Mi mamá lo estimaba mucho y lo veía como una buena influencia para mí. El padre del Chito, al igual que todos sus hermanos, son albañiles y tengo entendido que sus dos hijos hombres también lo son. Re-

cuerdo que una vez egresado de la enseñanza básica no lo volví a ver en años. Por supuesto que uno, al encontrarse con amigos, en común pregunta por aquellos que no ha visto y así uno se entera en que está su vida y como les ha ido. Una característica principal de los hijos de La Caro es que nunca se olvidan de los amigos y si existe la posibilidad de ayudarlos, bienvenido sea. Muchas veces esta ayuda se plasma en prestar dinero o buscarle trabajo en la obra en que uno está dirigiendo y así, de boca en boca, forma una cadena de solidaridad entre sus pares.

Como dije, anteriormente, dejé de ver al Chito cuando entré a la enseñanza media y, una vez terminado mis estudios en la Universidad, no supe de mis amigos de la infancia por años, ya que mi carrera la estudié fuera de Santiago. Después de esto volví a La Caro a vivir con mis padres y me puse a trabajar en la construcción. Estando soltero encontré trabajo en la construcción de una fábrica textil en la comuna de Quilicura, en la avenida Américo Vespucio. Era mi segunda obra, antes había sido topógrafo de un colector de aguas servidas, en la misma comuna de Quilicura, y cuya historia la conté antes en otro capítulo. Me contrataron como Jefe de Obra y tenía a cargo como sesenta obreros de diferentes especialidades. Además de los obreros había capataces por cada una de las especialidades, como hormigón, enfierradores, excavación, carpintería y un capataz de los jornaleros.

La construcción era un galpón industrial de cien metros de largo por cincuenta metros de ancho, sostenido por pilares de concreto y con paredes de ladrillo princesa. Ahora se elaboran los pilares y vigas en fábrica y después los montan en las faenas. La obra tam-

bién constaba de una placa con oficinas de gerencias y empleados, más todas las instalaciones interiores.

Para la construcción del galpón y las oficinas se necesitaba mano de obra especializada y reconocida. Me contrataron con la condición de que yo trajera a los obreros, para esto recurrí a mis antiguos compañeros de la básica, que llevaban años trabajando en el rubro de la construcción. Traje carpinteros, enfierradores y albañiles y jornaleros. Entre los albañiles estaba El Chito, uno de sus hijos y su papá.

La instalación de faenas estaba construida en piezas de madera. Muy diferente a lo de hoy que se arriendan contenedores y baños químicos. Las duchas eran de agua fría, el agua era transportada en una manguera conectada a un tubo de PVC con hoyos en un largo de 4 metros. El piso era de madera separadas a unos dos centímetros para que escurra el agua y no se acumule en el piso y así prevenir los hongos de los pies. Los vestidores eran en una pieza de madera con clavos en las paredes donde los trabajadores colgaban su ropa. Esta ropa la encontraban húmeda cuando llegaban al trabajo al día siguiente de la jornada laboral. Me acuerdo que en las fogatas que hacían para tomar desayuno aprovechaban de calentar la ropa de trabajo y hervir el agua de los choqueros.

La obra tenía una duración de diez meses y recuerdo que había que tomar dos micros, desde Lo Espejo hasta Quilicura y se demoraba, en el trayecto, casi una hora y media. La jornada laboral empezaba a las 07:30 horas y terminaba a las 18:00 horas. El inicio de las faenas ocurrió en el mes de enero y, debido al fuerte calor, los obreros pasaban tomando agua todo el día. Por supuesto que por la exposi-

ción prolongada al sol quedaban negros como carbón.

Menos mal que hoy existe la ley de la protección solar y que las empresas están obligadas a proporcionar bronceadores o protector solar. Los prevencionistas de riesgos obligan a los trabajadores a usarlo. En ese tiempo tampoco existían los comedores donde los obreros puedan consumir su almuerzo en forma decente y almorzaban en cualquier parte, hasta en las cunetas de las calles. No como hoy que los comedores están aseados, con mesas lavables y el almuerzo lo calienta una persona encargada. Sin duda que con los años la situación laboral de los trabajadores de la construcción ha mejorado bastante en aras de su bienestar.

Cuando comenzó a construirse la placa de oficinas se hizo en paralelo con la construcción del galpón, para terminar en la misma fecha ambas construcciones. La placa debía construirse de pilares de hormigón armado, unidos a unos muros de ladrillo de soga “princesa”.

El papá del Chito, que también era albañil, trabajaba en la colocación de estos ladrillos de soga junto a uno de sus nietos, el hijo mayor del Chito de 15 años que era su ayudante. Otros albañiles completaban la faena y el capataz a cargo le recordaba a cada instante que no podían colocar los ladrillos en su totalidad, solamente se debía instalar la mitad y lo restante al próximo día porque hay que esperar que el mortero de pega o la mezcla, como se le llama comúnmente, se endurezca o fragüe.

El Chito quedó a cargo de cortar con una “galletera” los ladrillos de

enchape en un mesón dispuesto para ello. El polvo de ladrillo que emanaba de esta faena era muy grande y debía ponerse una mascarilla para impedir que respirara este polvo. Además de esto debía usar una máscara de plástico reforzado para prevenir que ningún pedazo de ladrillo pueda entrarle a los ojos y prevenir así una lesión ocular. Los que conocen las “galleteras” no es necesario explicar su funcionamiento, pero para aquellos que no la conocen comentaré que están adaptadas para que un disco de corte, tipo esmeril, pueda dar vueltas a su eje a gran velocidad para cortar tanto fierros como ladrillos. El ruido que generan es infernal y por eso los obreros que la manipulan deben tener protector auditivo.

Como me decía un profesor en la Universidad: “no existen los accidentes”: existe una condición insegura y una acción insegura. Para explicar mejor esta verdad es necesario llevarla a ejemplos básicos de nuestra vida diaria. Por ejemplo, uno va al trabajo o va a estudiar y al salir de la casa existe una condición insegura, el tránsito. La acción insegura es no cruzar por los pasos de cebra o en luz verde. Otro ejemplo, en el hogar. Existen varias condiciones inseguras, la cocina, la sartén donde se fríe, el agua hirviendo. Si uno está “pajareando” de seguro se va a accidentar. A esto último se le llama acción insegura.

Bueno, volviendo al tema del Chito y como lo dijera, anteriormente, estaba a cargo de cortar los ladrillos, pero transcurridos meses de iniciada la faena tuvo un accidente grave. Resulta que la “galletera” se rompió en varios pedazos. Uno de estos trozos de disco de corte rompió la máscara de plástico y se le alojó en su ojo derecho.

Por supuesto que debido al fuerte golpe quedó aturdido y tendido en el piso, sangrando mucho. Bueno, no solamente se le alojó en el ojo, sino que también otros trozos le rompieron la cara provocándole cicatrices permanentes. La escena era dantesca, su hijo llorando, al igual que su padre, al lado de él. En esos años, finales de los ochenta, no existía como hoy, por ley un profesional, encargado de la prevención de riesgos en las faenas, más bien se actuaba por privilegiar la producción en desmedro de la seguridad de los obreros. Por supuesto que la situación hoy es completamente diferente, se privilegia la seguridad por sobre cualquier otra consideración.

Una vez ocurrido el accidente del Chito, como a las 10 de la mañana, se llamó de inmediato a la ambulancia del policlínico más cercano al lugar de las faenas, para trasladarlo a la asistencia pública o a La Mutual de Seguridad, que era donde estaba afiliada la empresa constructora. Una vez llegada la ambulancia fue trasladado inmediatamente a la Mutual de Seguridad, debido a la gravedad de sus lesiones. Recuerdo que autoricé que lo acompañaran su padre y su hijo en el trayecto hacia la mutual en la ambulancia. Aún conservo la cara de angustia de su hijo, que aun debido a su corta edad ya era muy maduro. Ahí me quedó muy clara la calidad de padre que era el Chito, porque su hijo no paraba de llorar al ver a su padre herido. Bueno, casi como todos los obreros de la construcción dan todo por su hogar. A veces trabajan muchas horas extras y en otras ocasiones hacen trabajos paralelos para que nada les falte a sus familias.

Una vez en la Mutual el diagnóstico fue más desalentador de lo

imaginable. El trozo de disco de corte de casi un centímetro cuadrado le había destrozado el glóbulo ocular derecho, ..., el Chito había quedado tuerto. Aparte de los cortes, que le cambiaron la forma de su cara que estaba muy hinchada, venía un largo periodo de recuperación, tanto física como psicológica, que de hecho no era menor. El Chito, a cinco días del accidente y de la operación y cirugías, por quitarles los trozos de disco de su cara, seguía en coma inducido, porque según comentarios de los médicos tratantes, si despertaba el dolor sería muy intenso y no podría resistir sin una dosis permanente de analgésicos.

A esas alturas del partido, del peor partido del Chito, que dicho sea de paso era un gran jugador de fútbol. Era goleador de la primera adulto en el club deportivo de su pasaje. Tanto su familia, sus compañeros de trabajo y sus amigos ya sabían que El Chito, debido a su grave accidente, no iba a volver a trabajar en la construcción, ni menos hacer la vida normal que llevaba antes. Su señora y su familia estaban preocupados, de como iba actuar y quien le daría la mala noticia. Los médicos que lo atendían les dijeron que no se preocuparan, que en el Hospital existía un equipo multidisciplinario que atendía esto tipo de accidentes y que después llevaban una vida normal.

Al sexto día del accidente El Chito despertó de su largo periodo de estar ausente, a pesar de estar aún con medicamentos para el coma inducido. Esto se debió a su gran fortaleza física, según opinión de los doctores. Me comentaba uno de los médicos que lo operaron, los pormenores de su despertar a su nueva realidad. Un auxiliar que hacía aseo permanente en esos pabellones, junto a un para-

médico, conversaban animadamente de los enfermos o de temas triviales de la vida cuando vieron al Chito moverse y despertar del coma. Inmediatamente lo fueron a asistir y calmarlo. El Chito un poco mareado o confundido debido a los medicamentos que le estaban suministrando preguntó: ¿Dónde estoy?. En La Mutual de Seguridad, le contestaron. ¿Y qué estoy haciendo aquí? Volvió a preguntar. Lo que pasa es que tuviste un accidente en tu trabajo y perdiste el ojo derecho, contestaron el auxiliar y el paramédico conjuntamente. Y ahí el Chito sacó toda su furia y les gritó a ambos. Y que se creen los “conchas de su madre” decirme que perdí el ojo. Por supuesto que a esas alturas seguía con un parche. Comenzó entonces a agarrarlos a combos. Al auxiliar lo dejó casi aturdido del primer combo que le dio y al paramédico se le subió encima a golpearlo. Debo aclarar que El Chito mide un metro ochenta y pesaba en ese tiempo casi 90 kilos.

Cuando se alertó la sirena de emergencia del pabellón llegaron algunos enfermeros a controlarlo. En total ya eran cuatro hombres tratando de calmarlo y a los cuatro los golpeó. Después llegaron tres enfermeras que trataron de convencerlo y contenerlo mientras continuaba golpeando a los demás. Pensaron que por ser mujeres el Chito iba a calmarse, sin embargo fue peor. Les dijo váyanse de aquí “maracas” que este es un tema de hombres. Ante la insistencia de las enfermeras a dos de ellas las tomó y las lanzó lejos, llegando a caer una de ellas, encima de otros accidentados. Como era tanto el escándalo que se había desatado vinieron los médicos que lo habían operado y lejos de calmarse siguió con su día de furia. Después de pegarle a varios y rodeado de diez perso-



Foto del obrero accidentado

nas, después de varios y eternos minutos lo redujeron, le pusieron una inyección con un calmante, lo dejaron durmiendo y amarrado a su cama. Fruto de la pelea, se le desprendieron los puntos y quedó sangrando. Hubo que curarlo y, estando nuevamente en coma inducido, lo dejaron aislado en una sala y vigilado con monitoreo permanente.

Cuando su familia supo del episodio reclamaron a la dirección del hospital y le contestaron que los dos empleados involucrados en el problema inicial fueron desvinculados inmediatamente por su desatino e imprudencia. Le dijeron, además, que el Chito había caído en un estado de shock producto de la noticia de la pérdida de su ojo derecho y que lo entendían plenamente. Desde ese día la familia del Chito estuvo asistida por sicólogos y, posteriormente, el Chito con siquiabras.

Al final mi amigo de la infancia pasó seis meses en la Mutual y después de salir de allí le declararon invalidez parcial. Hoy, a más de dos décadas de la tragedia, mi amigo está sano, tanto física como mentalmente. Solamente tiene puesto un ojo de vidrio que disimula en parte su falta del ojo derecho. Cuando he tenido la oportunidad de visitarlo, en su puesto de la Feria de La Caro, me alegro mucho de verlo, porque toma para la risa todo lo que le sucedió y también del escándalo que provocó en la Mutual. Aunque dice que él no se acuerda de nada y que todo lo que sabe es por las personas a las que les pegó sus combos en su ataque de furia.

LOS TIJERALES EN LA UNCTAD III

Esta es una historia digna de destacar y de difundir. Cuando escuchamos hablar del Edificio de la Unctad III debemos decir que esta fue una construcción emblemática construida durante el gobierno del Presidente Salvador Allende. Ya se habían realizado, anteriormente, dos Conferencias de Las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo de los países del tercer mundo y el país elegido, para la tercera, era precisamente nuestro país. Esta se debía realizar a mediados del año 1972, pero el país no estaba preparado en esos años en cuanto a infraestructura para recibir ni albergar tamaño proyecto. Sin embargo, la tenacidad del presidente Allende, que aceptó el desafío, logró terminar en tiempo récord la construcción del edificio y la placa de conferencias. En condiciones normales de aquella época el complejo se habría demorado tres años en construirse, pero la preocupación del Presidente logró el objetivo.

La opinión pública mundial estaba al tanto del proceso chileno. Algunos países lo miraban con entusiasmo, pero otros, como Los Estados Unidos, deseaban y, peor aún, conspiraban para que todo este experimento resultara desastroso. El proceso de construcción

al socialismo, por la vía democrática y mediante los votos que encabezaba la Unidad Popular, era un proceso inédito en el mundo, por esto Chile era mirado con ojos críticos y de entusiasmo. Existía el convencimiento de demostrar que los trabajadores, conjuntamente con los profesionales chilenos, eran capaces de cumplir con los tiempos de construcción y de alta tecnología que se requería para un proyecto de esta envergadura. Al final la obra se terminó en un plazo récord de 275 días. Los trabajadores chilenos cumplieron con su compromiso histórico con el Gobierno y de paso hacer realidad un enorme complejo de modernidad arquitectónica y utopía constructiva.

El Presidente nombró, para la construcción y el diseño del edificio, a una comisión formada por un equipo multidisciplinario de arquitectos, ingenieros, constructores, artistas y trabajadores, formada exclusivamente por chilenos.

El edificio era una torre de 22 pisos y una placa de sala de conferencias para más de dos mil personas. Además, se construyeron dos salas anexas para quinientas personas cada una. Más todo el equipamiento necesario para que pueda funcionar la traducción simultánea de los funcionarios venidos de diferentes países. Para la recreación existían dos cafeterías para doscientas personas, respectivamente. Y por último, agencias de viajes, bancos, oficinas de correo teléfonos y télex. En el subterráneo se construyó un estacionamiento para cerca de trescientos vehículos. Habían vías de comunicación con el entorno, mediante túneles y que comunicaban a las calles aledañas, el Parque Forestal y la estación del Metro Universidad Católica. Era como si se construyera el edificio de Las

Naciones Unidas, pero más pequeño y en Santiago de Chile.

La idea del Presidente era que una vez terminada la conferencia y, desocupado el edificio, su infraestructura se utilizara con distintos fines de modo simultáneamente. La idea principal es que el complejo significara un encuentro de la cultura y las artes y que el pueblo tuviera el principal acceso. De hecho se vendían mas de seiscientos almuerzos diarios, en el gran casino ubicado en la placa de conferencias, que se vendían a precios módicos y que llenaban sus dependencias diariamente.

Por primera vez, en nuestro país, la programación y el control de la obra se realizó mediante el sistema computacional. Esto se tradujo en que la faena se construyera con gran rapidez y que el material importado, que se ocupó en esta magna obra, representara solamente un 10% del total. Es decir, el complejo, además de participar en su elaboración solamente profesionales chilenos, fue construido totalmente por obreros chilenos, constituyendo un orgullo para la ingeniería y la industria de la construcción de nuestro país.

La arquitectura y el proyecto, en general, tal como lo mencioné anteriormente, correspondieron exclusivamente a profesionales de las Universidades de Chile y Católica. La coordinación general estuvo a cargo de la CORMU, Corporación de Mejoramiento Urbano, que dirigía el arquitecto Miguel Lawner. El inicio de las obras del edificio de 22 pisos, comenzó en marzo del año 1971, y la empresa a cargo fue La Constructora BELFI S.A. La placa o la sala de conferencias comenzó a construirse en junio del año 1971 y la constructora responsable fue DESCO S.A.

Mi padre, junto a mi tío y un primo, los tres carpinteros, formaron la dotación de cerca de más de mil obreros que trabajaron y, en diferentes turnos, en este emblemático Edificio de la Torre 22, como se le denominaba en ese tiempo. Mi papá nos comentaba que el Presidente Allende visitaba todos los meses las faenas, para cerciorarse del avance y estimular a los obreros al compromiso que tenían de terminar las obras en el plazo requerido. A veces les hablaba a los trabajadores por intermedio de un megáfono y todos escuchaban con mucha atención y respeto. Me comentaba, además, que cada vez que Allende los visitaba se corría la voz entre los obreros que el Presidente estaba en la obra y todos corrían emocionados a verlo, incluso encaramándose en los andamios. Muchas veces esto ocurría porque el Presidente no avisaba sus días de visita, simplemente se salía de la agenda que le tenían programada con anticipación. Me imagino que hacía esto porque al Presidente nunca lo gustó mucho el protocolo y la fanfarria.

Dentro de las muchas anécdotas que me contaban sobre el desarrollo de estas obras, nos decían que esta fue la primera donde les daban almuerzos gratis, en un casino bien equipado y ordenado. Muy diferente a como almorzaban en otras faenas, donde incluso comían en la calle y, también, en las veredas o las cunetas. En realidad esta fue la única obra de su larga trayectoria como obrero de la construcción donde le dieron colación. Lo bueno era que almorzaban en un casino dispuesto para ello, con comidas bien contundentes y con postre incluido, pero se turnaban para almorzar, ya que no cabían todos juntos a la misma hora.

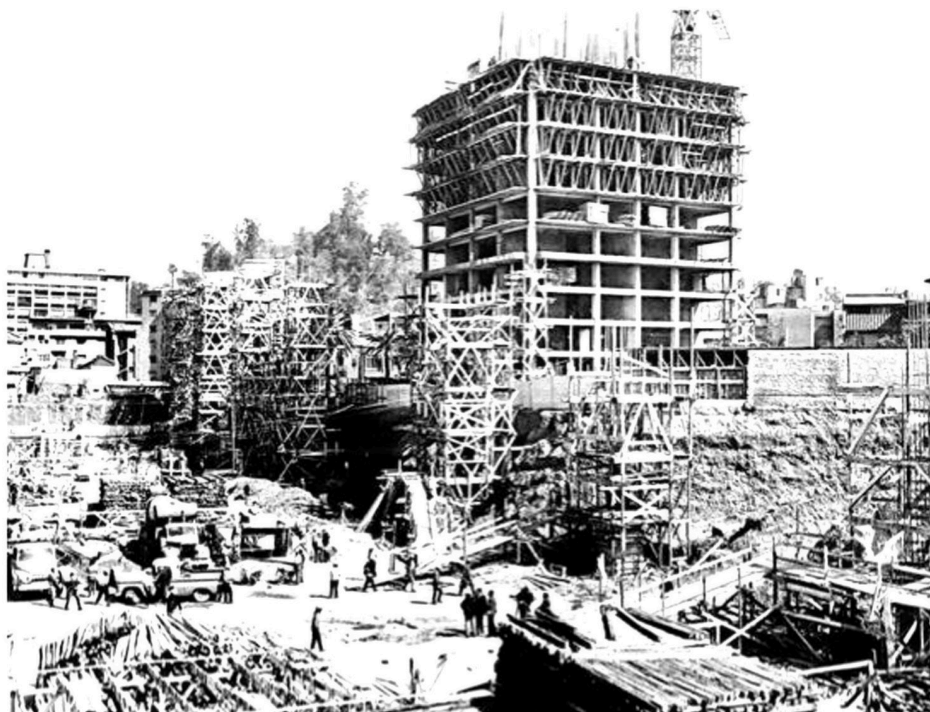
En ese tiempo trabajaban hasta 12 horas continuas y las horas extras eran remuneradas con el 200% de una hora laboral y, además, se les daba un bono especial por desempeño. Me contaba mi papá que todos trabajaban felices y a gusto, sintiéndose muy orgullosos de la importancia de la obra que estaban construyendo.

Los sueldos eran muy buenos, tan buenos eran que los artistas que proveían sus trabajos artísticos para el futuro edificio cobraron por sus obras el precio de tres sueldos de un obrero y conste que, muchas de estas obras, se demoraron meses en terminarlas. Los artistas que participaron se comprometieron tanto con el proyecto, como con el proceso político que se estaba viviendo. Había, sin duda, un gran entusiasmo y fervor por ver terminado el edificio.

Me contaba mi papá que toda la obra gruesa se realizó totalmente con moldajes de madera de pino y los andamios con tablones de álamo. Me decía que consumieron un bosque completo para esta obra y que las condiciones de seguridad eran más precarias que hoy. Esto último no era por falta de consideración hacia los obreros, sino porque la legislación en esos años no era tan rígida como lo es ahora. Incluso se consideraba como normal un porcentaje elevado de accidentes y, a veces, de obreros fallecidos. Los elementos de protección personal no eran obligatorios como hoy en día, incluso en oportunidades trabajaban sin camisa y a veces con pantalones cortos.

Mi primo, que vivía en la población Santa Adriana, ahora perteneciente a la comuna de Pedro Aguirre Cerda, me comentaba que había micros de acercamiento a las diferentes poblaciones, muchas

muy alejadas del centro de Santiago, cuando era muy tarde. Algo que también los obreros valoraban mucho.



►► En 1971 se empezó a construir el edificio Unctad III, hoy GAM. FOTO: ARCHIVO MINREL

Fuente: <https://www.fundacionsalvadorallende.cl/2012/14/recordando-a-la-unctad-iii/>

Terminada la obra gruesa los obreros esperaban con ansiedad la celebraci3n de los tijerales. Con respecto a este tema de los tijerales debo comentar que 3sta es una celebraci3n netamente chilena y se realiza como un homenaje que, los due1os de la construcci3n, les realizan a los obreros. Este festejo no lo financian las constructoras sino el due1o de la obra y en este caso al Gobierno le correspond3a ponerse con esta celebraci3n. Los tijerales se realizan una

vez que se termina la obra gruesa. En el caso de las viviendas, cuando se coloca la primera cercha o tijeral y, en los edificios, cuando se termina el hormigonado de todos los muros, losas y cubiertas. Esto es un hito en la construcción porque se considera que la obra ya no se caerá o, mejor dicho, ya se puede sostener en el tiempo. A veces la urgencia, sobre todo en las viviendas básicas, hace que las personas habiten las casas antes de las terminaciones. A esto se le llama obra gruesa habitable. Las famosas casas Copeva fueron un mal ejemplo de ello.

Vuelvo con el tema de los tijerales y su tradición. Una vez que se termina la obra gruesa generalmente los obreros colocan, espontáneamente, una gran bandera chilena en lo más alto de la construcción, como una forma de decirles a los dueños que se “pongan” con el asado. A veces estos se ponen “amarretes” o se hacen los tontos y los obreros colocan otra bandera a la entrada de la obra para llamar su atención.

Esta celebración posee un carácter casi místico en el ambiente de la construcción, pues se cree que le traerá mala suerte al dueño si no lo hace. Por esta razón participan todos los obreros involucrados directamente en la construcción, mas sus superiores directos, llámese Capataces, Jefes de obra, Proyectistas, Ingenieros Administradores, etc. A veces se invita a los dueños y ejecutivos de la empresa que construye. Dependiendo de la jerarquía e importancia, como en este caso, se invita a los personeros del gobierno. También debe asistir, obligatoriamente, el propietario del inmueble, quien debe realizar el discurso de rigor y también vuelvo a reiterarlo debe financiar todo el “vituperio”.

Cuando llegó el tiempo de realizar los tijerales del Edificio Unctad III, el Presidente Allende ordenó que esta celebración se realizara en la misma Alameda y que los trabajadores asistieran con sus familias. Se cortó el tránsito para que no existieran problemas de logística. Las mesas y bancas fueron fabricadas por los mismos trabajadores y estos, junto a sus esposas e hijos, fueron atendidos por garzones elegantemente vestidos para la ocasión.

En la foto inferior el pueblo obrero cocinando y homenajeando al otro pueblo obrero



Fuente: <https://www.flickr.com/potos/28047774@NO4/21540757195>

Mesas dispuesta para los obreros de la Unctad y sus familias en La Alameda



Fuente: <https://www.flickr.com/potos/28047774@NO4/20393069130>

Recuerdo que mis padres asistieron con su mejor pinta y junto a mis cuatro hermanos, mi hermano menor aún no nacía, nos vistieron para la ocasión. Cuando llegamos y como lo comenté anteriormente, la Alameda estaba cerrada y solamente se permitía la entrada a los obreros acreditados. Nos recibieron con empanadas y bebidas y nos llevaron a las mesas dispuestas para la ocasión, mi madre, una modesta dueña de casa, pobladora de la población José María Caro, con apenas primero básico rendido, se le cayeron las lágrimas de emoción y mi padre la acompañó y la abrazó con ternura. Ella se sentía muy orgullosa y feliz de su marido y del pa-

dre de sus hijos. Nos comentaba que nunca en su vida la habían tratado con tanta dignidad de gente modesta y trabajadora. Por eso, aún recuerdo cuando se produjo el golpe de estado, un año después, y supo por la radio la noticia de la muerte del Presidente Allende. Se puso a llorar a mares y nada ni nadie la podía consolar. Fue un dolor que le duró por años y que nunca pudo superar.

Volviendo a los tijerales de la UNCTAD III..., cuando sirvieron las carnes asadas eran tan grandes los pedazos que se nos quitaba el hambre con solo verlo. Había ensaladas de todo tipo y también vinos y bebidas, hasta quedar muy satisfechos. Para mi mamá ésta fue la primera y única celebración de tijerales que participó en su vida y, por supuesto, que para nosotros, sus hijos, era la primera vez. Claro que una vez que he sido Director o Administrador de obras o ITO he llevado a mis hijos a estas celebraciones en que he participado y les comento esta gran historia.

En el acto participaron varios artistas y conjuntos musicales comprometidos con la causa del Gobierno. Algo recuerdo de las palabras que pronunció Allende en esa ocasión y que después las releí varias veces para tratar de aprendérmelas de memoria: “Desde el mes de junio de este año, técnicos y obreros chilenos han aportado lo mejor de sí mismos para levantar esta obra monumental. Ustedes mejor que nadie han comprendido el significado trascendental de esta obra. Hace algunos meses, esto era solamente un sitio eriazó. Hoy empieza a ser la realidad que inicialmente se propuso este Gobierno. Por ello, estos tijerales me permiten, asociándome a la alegría que nos embarga, ratificar en ustedes mi profunda fe en

los trabajadores chilenos. Reciban entonces el reconocimiento de su compañero Presidente”.

Hago un parangón sobre las posibles similitudes del edificio de la UNCTAD III con la construcción del actual edificio del Congreso Nacional en Valparaíso. El primero fue por obra, gracia y tenacidad del Presidente Allende y el segundo se realizó por decreto del Dictador Augusto Pinochet. Cuando el presidente Allende visitaba la obra, era recibido con cariño y admiración por el pueblo obrero. En cambio cuando el Dictador visitó las obras del Congreso durante su construcción, que dicho sea de paso, visitó solamente una vez, fue recibido por una chifladera monumental, que lo obligó a retirarse lo más rápido posible para no pasar más vergüenza. Con el tiempo tuve la ocasión de tener bajo mi mando a algunos obreros que trabajaron en la construcción del Congreso y me explicaban que ellos jamás iban a olvidar todos los asesinatos en la dictadura. La pifiadera era la única arma que tenían para demostrar su descontento con su visita. Fue un acto de justicia y sanación para todos ellos. Fue allí, en esa ocasión, que pronunció su famosa frase que quedó para la posteridad: “Los tengo a todos identificados”.

A los más de mil obreros que participaron de la construcción de este moderno edificio, una vez concluidas las obras, en abril de 1972, se les entregaron unos diplomas finamente enmarcados, con la firma del presidente Allende, el presidente de La CUT, de la comisión organizadora y de otras personalidades que no me recuerdo. De lo que sí estoy seguro es que fueron ocho firmas en total con el nombre y cargo de los involucrados en el proyecto. En

este diploma recuerdo algo que decía lo siguiente: A los obreros de Chile que participaron en esta construcción, el Gobierno y el pueblo de Chile les agradecen su compromiso y voluntad para terminar esta obra exitosamente.

Mi padre colgó este cuadro en el living de la casa y siempre lo mostró con orgullo a los amigos y familiares que nos visitaban y se vanagloriaba de la obra en que participó. Una vez producido el Golpe de Estado contra Allende, por supuesto que todos los que participaron en la construcción de este edificio, tantos ingenieros, arquitectos, artistas, diseñadores, constructores y obreros, fueron sospechosos y varios de ellos detenidos y asesinados. El principal fue el arquitecto Miguel Lawner, Director de la CORMU (Corporación de Mejoramiento Urbano) y coordinador general del proyecto, que estuvo detenido en Isla Dawson, en la provincia de Magallanes. Recuerdo que hasta las obras de arte fueron proscritas y confiscadas. Un ejemplo de esto fue la obra del escultor Federico Assler, premio nacional de artes plásticas año 2009, que fue retirada por los militares. Permaneció “prisionera” en el Ministerio de Defensa por largos cuarenta años, viendo la luz pública nuevamente en el año 2013.

Una vez producida la detención y desaparición de varios pobladores y dirigentes de la población José María Caro, en los allanamientos posteriores al Golpe de Estado y aun estando el país con toque de queda y en estado de emergencia, mi padre, con la porfía y tozudez que le dieron los años de la construcción, se negó terminantemente a retirar el diploma que recibió en la Unctad, aun a costa de su detención. Debo recordar que la primera firma destacada era

la del ex Presidente Allende, que era el principal proscrito desde el Golpe.

En los allanamientos posteriores que se produjeron en la población, los militares le preguntaban, no muy amablemente por el diploma y él con toda su dignidad les explicaba que no era ningún pecado haber trabajado en ese edificio, al contrario, era un orgullo y por eso le habían regalado esa distinción.

Bueno, para concluir con esta feliz y triste historia, a mi padre le dolía en el alma ver que, una vez instalada la Junta Militar, ésta haya trasladado sus oficinas al recién inaugurado Edificio Diego Portales. Le entristeció mucho más ver en la televisión el primer discurso de los golpistas en la sala de plenarios y celebrar ahí, cada 11 de septiembre, el aniversario del Golpe de Estado. Ese era su mayor dolor y yo creo que era compartido por todos los obreros que participaron en esa obra. Bueno, también en este caso, los militares demostraron su ignorancia en temas históricos, ya que el Ministro Diego Portales fue un enemigo acérrimo de las asonadas castrenses y de la intervención de los militares en política.

Con el tiempo me di cuenta que mis padres no eran comunistas, tampoco eran socialistas ni fueron de la Unidad Popular. Posiblemente fueron todas esas ideologías juntas. Lo único que estoy seguro es que fueron esencial y puramente Allendistas. Por eso cuando supieron que su Presidente había muerto, se sintieron como huérfanos y lo repetían, hasta el cansancio, nunca habrá en Chile un Presidente como él.

EL ACCIDENTE DEL COLECTOR

Voy a contar esta historia que por supuesto no me corresponde, pero la escribo porque le sucedió a un compañero de universidad y del cual tengo noticias esporádicas.

Se estaba construyendo un colector de aguas servidas en una ciudad de la Octava Región. Consistía en una tubería de hormigón armado de cinco kilómetros de largo y que corría paralelo al río Bío Bío. Esto requería mucha mano de obra local, porque se necesitaban trabajadores que estuvieran familiarizados con el clima y que pudieran soportar las inclemencias del mal tiempo.

Era un mandato de la empresa de servicios sanitarios de la región del Bío Bío y requería mucho cuidado en su construcción porque, como lo dije anteriormente, corría paralelo al río que lleva el mismo nombre de la región. Debido a esta condición las medidas de seguridad debían ser rigurosas, porque el agua aparecía al metro de excavación. Para sacar el agua se requería de bombas sumergibles que lograran sacar el agua de la zanja y así los operarios pudieran colocar las tuberías sin ninguna complicación.

El administrador de la obra, esta vez lo llamaré por su apodo de Koke (nombre ficticio por supuesto), era un compañero de universidad y, al igual que a mí, le tocó trabajar en obras sanitarias en varias ciudades de Chile. Este colector era su tercera faena de esta misma envergadura y llevaba viviendo casi tres años en Concepción con toda su familia, aunque él venía, al igual que su señora, de la comuna de Quilpué, ubicada en la región de Valparaíso.

Esta obra de, aproximadamente, cinco mil metros de tuberías, más cuarenta y dos cámaras de inspección, requería de una dotación de cerca de ochenta trabajadores. Compuesta por supervisores por área y/o especialidad, Jefe de obra, administrador y personal anexo, como prevencionista en riesgos, bodeguero y administrativo. Los jornaleros y algunos maestros se contrataron en la zona. El personal administrativo provenía de la Quinta Región. Casi la totalidad de los trabajadores venían trabajando juntos en dos obras similares en la Octava Región y se conocían casi de memoria los métodos constructivos, por lo tanto, no se complicaba mucho el trabajo diario. Las tuberías, que eran de un diámetro interior de 1,2 metros, se iban descargando al lado de la zanja, ya que llevarlos o almacenarlos en la bodega de la instalación de faenas significaba doble trabajo, tanto en transporte, como en almacenaje. Los propios supervisores eran los encargados de recibir la tubería en terreno y podían rechazar la pieza defectuosa. Situación que ocurría por defectos de fabricación o por mal almacenaje y transporte. La empresa que los fabricaba estaba ubicada en la comuna de San Bernardo y la llegada de camiones a la faena era de una gran actividad diaria. La tubería se descargaba directamente desde los ca-

miones y se bajaba a la zanja con el mismo camión grúa instalado en cada frente de trabajo. Como la obra era de una gran extensión se requería mucho personal, porque las faenas se atacaban en varios frentes.

Como lo comenté anteriormente, la obra corría paralelo al río Bío Bío y el agua o napa subterránea asomaba a poco más de un metro de excavación. Se necesitaba, además, que las zanjas abiertas fueran entibadas casi en su totalidad. Las entibaciones en construcción significa que toda excavación que tenga peligro de derrumbe sea protegida, en sus paredes, por tablonés. Los carpinteros que desarrollaban esta labor habían sido instruidos en los trabajos de forma segura y muy estrictamente en su cumplimiento. Siempre se les recordaba que se producían derrumbes pequeños y, por lo tanto, debían estar atentos a cualquier ruido de deslizamiento de piedras o barro.

Aparte de la tubería, la faena más costosa, considerando la mano de obra y los materiales era el trabajo de las entibaciones, que consideraba más de cuatro kilómetros de extensión. Se ocuparon, para la madera en esta construcción, más de ocho barracas completas, según lo comentado por los maestros y operarios que vivían en la zona.

Casi todos los trabajadores eran de la zona, por lo tanto tenían la experiencia necesaria para obras de esta envergadura. Todos almorzaban en su lugar de faena, es decir, improvisaban un pequeño comedor en su lugar de trabajo y calentaban sus ollas con la leña sobrante de las entibaciones. Como esta obra se realizó a mediados de los años 90, las condiciones de trabajo eran muy diferentes.

Me refiero a las condiciones de seguridad y de higiene que hoy son más estrictas. De hecho ahora se les recoge en cada lugar de trabajo y se les traslada a los comedores de la instalación de faenas. Una vez almorzados se les transportaba, nuevamente, a sus frentes de trabajo. Esto de los traslados resta varias horas hombre a cada trabajador, pero es un poco menor al costo a tener almorzando a los obreros en la vía pública.

Me comentaba mi amigo que debido a la extensión de la obra se producían constantes robos, tanto a los camiones que trasladaban al personal, como asimismo a los propios obreros que dejaban junto a ellos su comida y su ropa. Las denuncias a Carabineros eran casi pan de cada día, pero terminaban en eso, en denuncias, y nunca encontraban al o los culpables. Una vez un dirigente de una de las Juntas de Vecinos por donde el colector pasaba siempre pedía algunos materiales, como cemento y clavos, para las mejoras de su sede. Entre conversación y conversación le comentaron de los robos que sufrían casi a diario los diferentes frentes de trabajo. Ahí al hombre se le alumbró la ampolleta y le dijo al Jefe de Obra que debía contratar como jornaleros, rondines o ayudantes de bodega a los hombres más “choros” del sector, es decir aquellos que tenían un gran prontuario delictivo y así iban a parar con la seguidilla de robos. ¿Y cómo se va a producir eso? Preguntó el jefe de obra al dirigente. Es como dejar al gato cuidando la carnicería, aseguró. No pues jefe, es todo lo contrario, si aquí llegaran a robar algo usted mismo le dice a los “choros” que recuperen lo robado y le aseguro que durante el mismo día el artículo sustraído estará de vuelta. Hum, como que tiene lógica la propuesta, aseguraron

todos. Bueno, entonces vamos a contratar a los que usted nos diga y así probamos si es cierta su teoría. Dicho esto por el Jefe de obra le encargó la misión al dirigente para reclutar al “selecto grupo de trabajadores”. Hay que recordar que en aquellos años para trabajar en la construcción no era necesario entregar el certificado de antecedentes para su contratación, bastaba que tuvieran buena salud y la edad para trabajar sin problemas.

En definitiva, se contrataron ocho obreros que eran los líderes o jefes de las diferentes dinastías de malhechores de los sectores conflictivos y que habían tenido problemas con la justicia. Incluso algunos de ellos habían purgado penas de prisión.

Cuando se perdía o se robaban materiales o herramientas el Jefe de obra le decía al guardia del frente de trabajo y éste respondía, muy seguro: Jefe, no se preocupe voy y vuelvo con lo que se perdió y así lo hacía realmente. Se perdían sacos de cemento y lo traía de vuelta, otras veces se robaban algunos chuzos o palas y también las recuperaban. Una vez se produjo un gran robo en la noche y maniataron a los dos guardias de la bodega central de la base o instalación de faenas. Se llevaron una placa compactadora, bototos de seguridad y varios materiales menores. El jefe de obra conversó con cada uno de los guardias, tanto de la base como de los respectivos frentes de trabajo y les pidió que recuperaran lo robado. Todos dijeron que no había sido nadie de la zona y tenían que ser de otra localidad u otra ciudad. Se demoraron un día y medio en recuperar todo y dijeron que le habían dado varias patadas en el poto a los ladrones, que eran muy jóvenes, casi todos veinteañeros. Efectivamente, venían de una comuna al interior de Concepción. Des-

pués nunca se hizo una denuncia a Carabineros o Investigaciones porque no hubo necesidad, ya que todo lo que les robaron siempre se recuperó. Era divertido escuchar sus nombres, que en realidad todos eran sus apodos. El “Rompe hueso”, El “Cara de matón”, El “Merluza”, el “Cortapluma”, etc. Nadie nunca los conoció por sus nombres verdaderos y por si alguna circunstancia alguien se llegaba a aprender el nombre y apellido, no pasaba mucho tiempo en olvidarlo. Al final la idea del dirigente fue todo un éxito y, por supuesto, que se corrió la noticia a las otras obras que tuvieran faenas similares.

Volviendo al tema del colector de aguas servidas; éste y de acuerdo a la dificultad propia que requería una faena en una zona lluviosa, se desarrollaba sin mayores novedades, salvo como lo dije anteriormente por los constantes robos a los obreros. Pero la tragedia que se avecinaba en los días siguientes nadie la tenía considerada ni en los propios sueños. Como las malas noticias no avisan y éstas no tienen compasión con nadie, la tragedia siempre llega sin avisar.

Corría el mes de agosto de 1994 y tipo diez de la mañana comenzaron a desprenderse algunas piedras y lodo de una zanja de, aproximadamente, de tres metros de profundidad. Había varios obreros que estaban emparejando y compactando el piso de tierra, donde se debía depositar la tubería de concreto armado. A pesar de estar bien afianzada la excavación el peso enorme de la tierra cedió y quebró la madera, entrando material a la zanja, como piedras y lodo. Algunos obreros sintiendo el ruido subieron inmediatamente a la superficie, por intermedio de una escalera de madera que

siempre estaba en la zanja. Otros que no escucharon, porque estaban realizando labores al interior de las tuberías sintieron como sus compañeros le gritaban que subieran, pero no todos escucharon tan nítidamente el llamado y uno de ellos no alcanzó a salir.

La tierra que cayó logró atrapar a un obrero desde la cintura hacia abajo. Esto era muy doloroso y complicado para el trabajador porque era aplastado por toneladas de piedra y barro. Los compañeros que estaban cerca fueron a socorrerlo, aun a riesgo de su propia integridad, ya que continuaba cayendo tierra. Cuando vieron que era imposible hacerlo salir con las herramientas que tenían a mano, como palas y chuzos, desistieron y fueron a avisar a los bomberos más cercanos. Estos también trajeron bombas para sacar el agua de la zanja y ellos mismos llamaron a Carabineros para que los ayuden a cercar el perímetro de más peligro y así evitar la llegada de los curiosos, que podían hacer más dificultoso el rescate. Por supuesto que a esa hora ya habían sido avisados el Administrador y el jefe de obra, que se pusieron a disposición de los bomberos para todo lo que requirieran. El agua fue subiendo su nivel hasta llegar a cubrir totalmente al trabajador atrapado. Los compañeros de trabajo le pasaron un tubo de pvc para que pudiera respirar, por mientras que la empresa constructora y los bomberos trajeran más bombas de agotamiento. Una vez instaladas las nuevas bombas y al haber descendido el nivel de agua, los bomberos entraron a la zanja y con palas más pequeñas removieron la tierra para liberar al trabajador. Pasaban las horas y a cada momento el rescate se hacía más dramático. Uno de los bomberos era de profesión enfermero y comentaba que debido al tiempo transcurrido,

tres horas, al obrero podía darle un paro y por eso había que extremar los esfuerzos por sacarlo.

En resumen, después de todo el esfuerzo desplegado por los rescatistas, vino lo esperado. El trabajador le dio un paro cardíaco y falleció delante de los bomberos que quedaron muy afectados. El voluntario, que era enfermero, comentó que el obrero se murió estando tomado de su mano y se culpaba por no haber cumplido con el rescate. En realidad todos quedaron muy afectados, tanto sus compañeros de faena, como los rescatistas. El trabajador tenía 54 años y tres hijos. Me comentaba mi amigo que todos lloraban y era imposible consolarlos. Era una escena muy dramática.

Ya con el trabajador fallecido, se trajeron retroexcavadoras para abrir la zanja y hacer un hoyo donde pueda irse el agua acumulada. Cuando sacaron al obrero muerto y sobre una camilla de tablas, todos los obreros lloraban y aplaudían a su compañero de desgracia. Para que decir de todos los demás, tanto mandos medios como la jefatura, que quedaron muy acongojados. Aquí se veía lo mejor de lo nuestro, la solidaridad con su compañero de trabajo.

Después de todo lo sucedido, la obra paralizó sus faenas. Los trabajadores se les envió a sus casas, esperando las noticias del velorio y los funerales. El Administrador de obra tenía ahora la triste y dolorosa misión de ir a visitar a la familia y explicarle a su viuda y sus hijos de la trágica noticia. Era la primera vez que le sucedía algo similar y, por lo mismo, estaba muy nervioso y afectado. El obrero vivía en una localidad cercana a unos treinta kilómetros de la faena y por supuesto que no tenía teléfono y por eso se hizo necesario ir personalmente a dar la mala noticia.

A mi amigo lo acompañó el Jefe de obra y él, como Administrador de la obra debía, dar la noticia lo más prudente y calmado posible, para no producir un daño mucho mayor a su familia. Una vez llegado a la casa del trabajador, la viuda viendo que venía el Jefe de obra, al cual conocía personalmente, se dio cuenta inmediatamente que eran malas noticias, aunque nunca de la envergadura de la que traían. ¿Qué le pasó a mi marido? Preguntó la señora, en tono de preocupación. El Administrador, tragando un poco de saliva, le comentó que se produjo un accidente en la obra y su marido estaba involucrado. ¿En qué hospital lo tienen para ir a verlo? Ahí, tratando de calmarse, le comentó a la viuda que no estaba en ningún hospital. ¿Entonces está en la obra y donde lo van a trasladar? Preguntaba la señora aún sin comprender que su marido había fallecido. En el intertanto llegaron sus tres hijos, el hijo mayor de 22 años y las dos hijas de 18 y 12 años, respectivamente. ¿Qué pasó mamá? Preguntaron casi al unísono. Su papá se accidentó y el Jefe viene a avisarnos, contesta la mamá. Ante todo esto mi amigo saca la voz que le quedaba y les dice a todos. Lo que pasa es que se produjo un derrumbe en la zanja donde trabajaba su papá y después de agotar todos los recursos para el rescate nos fue imposible salvarlo y falleció en el mismo lugar. Ahí las hijas se abalanzaron sobre mi amigo y empezaron a pegarle combos y patadas y llamándolo asesino, mataste a mi papá. Este no atinaba a nada y solamente trató de contenerlas, pero fue inútil..., igual le llegaron algunos golpes. El jefe de obra trató de consolar a la viuda y al hijo mayor, aunque era imposible. Era como una escena de tragedia griega.

Después de darle la trágica noticia a la familia y una vez que los ánimos se calmaron, después de varios y eternos minutos, la señora seguía llorando desconsoladamente y decía: “¿Que voy a hacer ahora sin mi marido y que va a pasar con mis hijos, que quieren tanto a su padre?” Él era nuestra fortaleza y sin su presencia temo mucho por mis hijos, que puede afectarle demasiado su ausencia. Es posible que se puedan desbandar y yo voy a tener que suplir su papel. Tendré que ser su padre y su madre. Mi amigo seguía tratando de consolarla aún, a pesar de la tragedia enorme que cayó sobre esa humilde familia. Se comprometió a financiar todo el funeral y la sepultura en el cementerio local y que toda la logística estaría a cargo de la empresa constructora.

El funeral se realizó a los dos días del accidente y contó con la presencia de los Gerentes, tanto de la empresa sanitaria como de la empresa constructora, todos los trabajadores de la obra, los compañeros de curso de las hijas y familiares del trabajador. Fue un funeral masivo, incluso se hicieron presentes los bomberos que participaron en el fallido rescate. Era un día lluvioso, como son los días del sur de Chile y que contribuyó a hacer más triste la despedida.

Una vez terminada la ceremonia de sepultación, mi amigo quedó tan choqueado con la tragedia que estuvo con tratamiento psicológico durante un par de años y, tal como él lo ha reconocido, nunca ha podido superar esta pérdida. Dice que siempre recuerda el llanto de la viuda y sus hijos y que se siente muy responsable de la muerte de uno de sus trabajadores, más aún que él también era

hijo de un obrero de la construcción. Aunque no tuviera la culpa igual siente que algo pudo haber evitado con una intervención más directa. El único apoyo cercano que ha tenido para superar el dolor ha sido refugiarse en su familia, que ha tenido que aguantar su tristeza como si fuera la de ellos. En realidad la tragedia no solamente afectó a la familia directa del obrero accidentado, sino que abarcó a muchas personas más.

Mi amigo, como buen profesional que es, continuó trabajando en su obra, tratando de terminarla lo más normal posible y con la pena a costas hasta concluirla. Si es que se le puede llamar terminar exitosamente así a una obra que tuvo un obrero fallecido. En definitiva, los trabajos los terminó en el plazo estipulado, a pesar de lo dificultoso que era trabajar en las condiciones tan adversas como esa faena de colocación de tuberías.

Desde esa fatídica fecha mi amigo se retiró de la empresa constructora y más aún se retiró de toda actividad de la construcción y cambió al rubro del comercio. Hoy tiene una panadería en Villa Alemana y nunca más ha vuelto a construir ni quiere saber del tema. Muchos de los compañeros de Universidad y amigos le hemos dado nuevos datos de trabajo y lo hemos recomendado con algunas empresas sanitarias. A pesar de todas nuestras insistencias, se niega a volver a trabajar en la construcción. Nosotros le decimos que es un buen profesional y que no pierda sus estudios universitarios, dedicándose a algo que no es su fuerte. Pero él insiste, dice que a más de veinte años de lo sucedido aún recuerda todo lo que ocurrió en ese fatídico día y que hoy es feliz trabajando junto a su familia en la panadería y la botillería que han logrado tener. Ya se

ha comprado dos casas producto de este negocio y es su satisfacción máxima. Siempre nos aconseja que tengamos cuidado con los trabajadores que tenemos a nuestro cargo y que la seguridad de ellos está por sobre cualquier otra consideración, como lo es la producción.



Foto de instalación de colectores de aguas servidas

ASALTO A UNA VECINA

A finales de la década de los setenta me fui a trabajar como ayudante de trazador, con mi hermano mayor. Esto lo hice en mi periodo de vacaciones de la enseñanza media y debía contar con permiso notarial de mi papá para trabajar. Mi hermano mayor cumplía las labores de trazador y mi otro hermano, también mayor, era carpintero. La obra era una urbanización de un campamento de la zona sur de Santiago. Recuerdo que como vivíamos en la comuna de Lo Espejo, en esos años pertenecíamos a la comuna de La Cisterna, el viaje hacia Puente Alto era muy demoroso y largo. Nos levantábamos a las 05:30 horas y llegábamos a tomar desayuno al trabajo. La jornada partía a las 07:30 horas. En total completábamos cuarenta y ocho horas, que en ese tiempo era la jornada legal, no como ahora que son cuarenta y cinco horas semanales.

La obra consistía en la construcción de casetas sanitarias, la cocina de la vivienda y la instalación de agua potable, alcantarillado y luz eléctrica; más la colocación de soleras en los pasajes y la pavimentación de las calles. En los pasajes solamente se colocaban soleras y después los pobladores debían realizar el asfaltado mediante un

comité que se gestionaba vía Municipalidad. Era una obra que tenía como plazo de ejecución ocho meses de duración.

La instalación de faenas se realizó en una vivienda que se arrendó a una de las casas que serían urbanizadas. La familia dueña del sitio se fue a vivir a otra casa de familiares en el mismo campamento, mientras duraba la construcción. La empresa constructora aprovechó de construir una vivienda definitiva en el sitio de la instalación de faenas y que era parte del contrato de arrendamiento que se había estipulado.

Como casi en todos los campamentos en Chile, fruto de las tomas de terrenos, nacen y crecen en forma desmedida y desordenada. Debido a esto la labor del trazado, tanto de calles, pasajes y de sitios era muy complicada. De hecho muchas divisiones de terrenos pasaban a cortar piezas y en otras ocasiones el trazado definitivo dejaba algunas piezas en el sitio del vecino. Los sitios, en promedio, tenían un área de 150 metros². En algunos casos los terrenos definitivos “se comían” varios metros de los sitios contiguos por lo que había que trasladar a otros pasajes a los vecinos perjudicados. Esto traía como consecuencia que vecinos o familiares que comenzaron en el nacimiento del campamento y que llevaban muchos años juntos quedaran alejados en pasajes diferentes. Por otra parte, y a pesar de los inconvenientes iniciales, los pobladores estaban contentos, porque al fin tendrían baños decentes y no los pozos sépticos que tenían y que se llenaban de moscas, sobre todo en los meses de más calor.

Los principales problemas que se suscitaban tenía que ver en que el nuevo trazado y, tal como lo comenté anteriormente, pasaba parte

de sus piezas y que, debido al crecimiento desordenado del campamento, no había sido muy riguroso en sus medidas. Al trazar la línea divisoria de los sitios, los pobladores debían correr sus piezas en un máximo de una semana. Al no contar con los maestros para realizar la labor, los obreros de la constructora se ofrecían para realizar estos trabajos los fines de semana y así aprovechaban de ganarse unos ingresos extras. Otras veces se quedaban trabajando después de la hora, porque se requería prontitud. Casi todos, incluyendo yo y mis hermanos trabajamos en estas obras menores.

Lo más dificultoso de estas obras, trabajar en la vía pública con vecinos que tienen mañas y a la vez permiten la buena convivencia entre trabajador y poblador. Muchas veces mientras se avanzaba con la construcción de las casetas en los pasajes o calles, muchos vecinos no se encontraban en sus casas porque trabajaban todo el día. Entonces la constructora debía desviar los recursos, tanto humanos como materiales para trabajar los días sábado o domingo, con el consiguiente pago de horas extras.

Muchos, o casi todos los jornaleros que se necesitaban en la obra fueron cubiertos por los mismos pobladores del campamento y, los jefes aprovechaban de pedirle guardar algunos materiales, para no llevarlos a la instalación de faenas, que quedaba muy lejos. Entre trabajador y poblador se empezaron a tejer redes de amistad y de sana convivencia. Debido a esto último, en algunos casos, se produjeron relaciones afectivas, como pololeos y en otras de convivientes. En algunas ocasiones los jefes advirtieron que había algunos “patas negras” dentro de los propios trabajadores. Se dieron cuenta porque los mandaban a trabajar a ciertas casas y, después

que los iban a buscar para alguna instrucción, estos no se encontraban en su lugar de trabajo, dando explicaciones inverosímiles cuando los hallaban. Esto de las relaciones afectivas se da mucho en este rubro. Es como el poema de Pablo Neruda dedicado a los marineros: “Amo el amor de los marineros. En cada puerto un amor espera. Los marineros besan y se van”. Esto mismo se puede replicar en el rubro de la construcción, donde los trabajadores siempre dejan un amor en los lugares donde construyen, más aún si es en otra ciudad de su domicilio.

En plena dictadura militar la vida en un campamento, que nació fruto de una toma ilegal de terrenos en el gobierno de la Unidad Popular, era de por sí un lugar sospechoso. Había mucha pobreza, niños desnutridos, madres solteras, sin muchos niveles de educación. Jóvenes drogadictos, sin ningún horizonte ni esperanza de superarse. Es un círculo vicioso. Sus padres se retiraron del colegio a temprana edad y fueron papás en la adolescencia, viviendo en casa de sus padres o sus suegros. Las niñas que eran madres solteras a temprana edad fueron abandonadas por sus parejas. Es decir, el desamparado y abandono se latía a cada instante y por todas sus calles y pasajes. Los pobladores casi no tenían trabajos permanentes y muchas veces trabajaban como vendedores ambulantes, jardineros, nanas o lavando ropa ajena. Era todo un submundo de pobreza. Ya al construirles baños con alcantarillado, más una cocina con agua potable, era en sí un logro importante para su desarrollo y también para su dignidad como personas.

Como la obra tenía un plazo fijo de término de ocho meses, el Administrador debía justificar al mandante, en este caso la Muni-

cipalidad, cada atraso que se generaba, y que no necesariamente tenía que ver con la falta de maestros o materiales, sino más bien producto de la convivencia en el campamento. Muchas veces los maestros, al ir a colocar las casetas en algún lugar, estos no podían construirse porque el dueño del sitio era una mujer separada y no tenía a nadie a quien solicitarle que moviera una pieza o escombros. En otras ocasiones había abuelitos que estaban solos y no permitían la entrada de los maestros. En resumen, era un sinnúmero de situaciones que escapaban a la programación de la obra y que debía justificarse plenamente. Ahí comprendí que no solamente debíamos saber de construcción sino tener, también, una gran habilidad con las relaciones humanas, algo que no nos enseñan en La Universidad y que uno va aprendiendo con la experiencia que dan los años construyendo.

Como lo dije anteriormente todos los problemas sociales se mancomunaban para que ocurran tragedias, como cuando una abuelita dejó el anafe de una cocinilla a parafina encendida y se produjo un amago de incendio. Había dos carpinteros trabajando al lado del sitio de la tragedia y al sentir los gritos corrieron desesperados a enterarse de lo que sucedía. Efectivamente la cocina y las tablas empezaron a quemarse. Uno de los maestros sacó a los dos ancianos de la casa y el otro empezó a apagar el fuego con baldes, ya que justamente habían dos tambores de doscientos litros con agua donde estaban trabajando. Agua se almacenaba para la fabricación del mortero o mezcla con que se pegan los ladrillos. Después que se supo por parte de los pobladores la acción heroica de los maestros, ya nunca más hubo problemas de malos entendidos ni recelos. Los

trabajadores éramos recibidos sin ningún tipo de sospechas por parte de los vecinos e incluso con muestras de agradecimiento.

El campamento abarcaba ocho pasajes de aproximadamente cien metros de largo más cuatro calles que completaban el perímetro del área total. Se encontraba adyacente a una Avenida principal y, en el otro extremo, un sitio eriazo, que en la noche era muy oscuro. Con el tiempo se construyó en ese sector una fábrica de muebles y otras pequeñas de diversos rubros. Por supuesto necesitaron mano de obra permanente que vino, precisamente, de los hijos de este conjunto habitacional.

Después de todo este preámbulo entro de lleno al tema de esta historia.

En un pasaje cerca del sitio eriazo se encontraban trabajando unos albañiles y carpinteros en unas casetas y la techumbre de las mismas. Eran en total ocho obreros más sus respectivos ayudantes. Ya era época veraniega, por lo tanto había más calor y los obreros no estaban tan arropados como en invierno. Eran como las diez de la mañana cuando los maestros sintieron gritos de una pobladora, muchos de ellos pensaron que podía ser un amago de incendio, tal como había ocurrido meses anteriores. Los maestros se dieron cuenta que no era eso pues no había humo por ninguna parte y los gritos se sentían cada vez más fuertes. Buscaban a oídas de dónde venían los pedidos de ayuda, hasta que uno de los albañiles les dijo a los demás maestros: “Oigan, cabros, por acá vienen los gritos” . Al final dieron con la casa y vieron con horror como la dueña de casa de aproximadamente veinticinco años de edad era asaltada y violada por dos sujetos, más otros dos que estaban abusando de

su hija de diez años. Como los maestros carpinteros siempre llevan el martillo colgando de su cintura agarraron a los dos sujetos que abusaban de la dueña de casa y los empezaron a golpear con las herramientas. Mientras los albañiles tomaban a los tipos que abusaban de la hija y le dieron una pateadura infernal. Recuerdo que los carpinteros agarraron a martillazos a los malhechores en todo el cuerpo y a uno de ellos les llegó un golpe en la boca, que lo hizo perder varios dientes, por lo que sangraba profusamente.

La dueña de casa y la niña estaban tan choqueadas que no paraban de llorar. Hubo que llamar a otras vecinas para calmarlas y consolarlas. Entretanto a los bandidos, después de recibir la correspondiente golpiza, fueron amarrados hasta esperar a los Carabineros. Una vecina de un almacén se preocupó de llamarlos y decirles lo que estaba ocurriendo. Al llegar la policía volvieron a recibir una nueva golpiza y los llevaron directamente al hospital Doctor Sότεro del Río. Bueno, como es de prever la obra se paralizó durante la mañana, debido al escándalo que se produjo y a que los Carabineros tomaron el procedimiento de rigor, es decir, tomarles declaración a los obreros que participaron en la detención ciudadana. Todos ellos fueron citados a declarar ante el juzgado de policía local. Mientras los pobladores aprovechaban de reclamar a la policía de la escasa presencia en el lugar y que siempre se producían robos a las casas.

Como era de esperar fuimos los héroes de la población y con mayor razón éramos recibidos con muestras de cariño y afecto donde nos tocaba trabajar. Nos invitaban a almorzar y le decían a los maestros que no trajéramos colación porque ellos se iban a encargar. Es

decir, pasamos a ser los nuevos justicieros del campamento. Los carabineros nos decían que mejor los hubiéramos matado a todos y así tendríamos menos delincuentes en la calle y ellos tendrían menos trabajo. Con los días supimos que los delincuentes eran de una población cercana y los familiares de ellos vinieron a amenazar a los rondines señalando que iban a cobrar venganza. Cuando nos contaron esto tomamos las medidas de precaución necesarias para que a nadie de los rescatadores saliera herido o posiblemente muerto. Desde ese día empezamos a salir juntos a tomar el bus a nuestras casas. Antes salíamos solos, después era con un mínimo de seis obreros juntos, para así demostrar unidad y respeto.

El Jefe de obra, al conocer esta noticia, también nos hizo trabajar en cuadrillas y no a pares, como comúnmente organizaba el trabajo. Aprovechó de avisarles a los Carabineros de la amenaza que se cernía sobre él y todos los trabajadores. Incluso le pidió autorización para que los dos rondines que cuidaban la instalación de faenas y la bodega portaran armas de fuego por precaución, ante la amenaza de un posible ataque de los familiares de los malhechores atrapados.

Por supuesto que dieron la autorización y le dijeron que: “Ojalá puedan matar a algún delincuente”. Claro que toda esta autorización era de palabra, porque como estábamos en dictadura la ley estaba a cargo de las Fuerzas Armadas y Carabineros y era incuestionable.

Como le dije anteriormente, éramos los nuevos héroes de la población y varios se aprovechaban de la situación, aunque nunca llegaron a abusar de la confianza depositada.

Recuerdo que un día viernes de pago de anticipo de quincena, y aquí deseo aclarar que en ese tiempo (término de los 70) se pagaba en sobres y con dinero en efectivo, incluso con monedas; y aproximadamente a unas dos semanas del suceso de la detención ciudadana, se presentaron en una esquina un grupo de unos diez familiares de los detenidos. Estaban armados con palos y cuchillos que mostraban abiertamente para intimidarnos. Eran unos jóvenes de entre 20 a 30 años con cara de malos y llamándonos y gritando a viva voz que viniéramos pronto para que supiéramos lo que nos esperaba. Dimos la alerta a los demás y nos reunimos unos veinte compañeros que hacíamos cola para pagarnos. Dos de los carpinteros que sabían disparar, porque habían realizado el servicio militar unos años atrás, le pidieron al Jefe de obra que les pasara las pistolas que tenían los rondines. Este no vaciló en ningún momento y se las entregó en el acto, recomendándoles a los portadores de las armas que por ningún motivo dispararan a matar a alguien porque si no la tragedia sería mayor y el conflicto no tendría para cuando terminar.

Nos envalentonamos entre todos, nos fuimos caminando decididos con los pistoleros adelante. La escena era de máxima tensión y toda la población miraba nerviosa desde fuera de sus casas. Yo estaba paralizado de miedo, claro aún era un adolescente. Mi hermano mayor me decía que me calmara y que tuviera confianza. Con el tiempo he recordado esta escena como los duelos del viejo oeste, cuando bandas rivales resolvían sus conflictos a balazo limpio. Mientras más nos acercábamos más tensión había en el ambiente. Cuando estábamos a una distancia de unos veinte o treinta metros

los carpinteros comenzaron a disparar, hiriendo en el acto en un pie a un hermano de uno de los asaltantes. Por supuesto que todos los demás arrancaron como correcaminos, dejando al herido a su suerte. Ahí los maestros lo amarraron y el Jefe llamó nuevamente a Carabineros. En resumen otro choro preso y herido.

Desde esa fecha y hasta que terminó la obra, es decir, los cinco meses siguientes, nunca más vinieron a molestarnos ni a nosotros ni a los pobladores. Nuevamente quedamos como los súper héroes del campamento, teniendo el respeto y admiración de toda la población. Para que insistir como éramos tratados con obsequios, comida y otras granjerías que no es necesario plasmar en este relato, ya que estas historias están contadas para que pueda leerla todo público.



Foto de un campamento típico de Chile

LA CÁRCEL DE RENGO

Recuerdo que a mediados de los años 90 me enviaron a trabajar a Chanqueahue, localidad que está en las cercanías de la Ciudad de Rengo, en la sexta región. Debía hacerme cargo de la instalación y puesta en marcha del Potable Rural (APR). El sistema incluía la dotación de un estanque de hormigón armado de almacenamiento de agua, más la red de distribución que incluía ciento dos hogares y una red de tuberías de pvc de casi veinte kilómetros de longitud. Chanqueahue es la localidad donde la empresa Vital tiene su planta de almacenamiento y fabricación de agua mineral. A pesar de la paradoja de tener la mayor planta de agua mineral del país, el pueblo no poseía agua potable para uso doméstico, solamente bebían y usaban agua de pozo.

La precordillera de Chanqueahue tiene un atractivo especial, el agua de deshielo éste viaja en forma subterránea y aparece en un gran pozo en la zona de la planta de agua mineral. Es un agua pura y cristalina y, como comentaban los trabajadores que laboraban en esa planta, que ésta es el agua más pura del mundo. Lo decían con mucho orgullo y satisfacción. Me comentaban que en los inicios, cuando se descubrió el pozo por parte de los lugareños, estos

comenzaron a vender el agua pura sin ningún proceso de mineralización. Esta la transportaban en carretas, tirados por caballos, y la vendían en algunos hospitales y escuelas de la zona. Después, un empresario compró los terrenos y comenzó a industrializarla. Hoy pertenece a la filial chilena de la Coca Cola.

Para la construcción del estanque de hormigón armado del APR, se debió hacer una plataforma de trabajo en un cerro, que es donde debía emplazarse el estanque semi enterrado. Este era el punto más alto de todas las casas que ahí existían. Esta plataforma de trabajo se debió hacer en forma artesanal, ya que una retroexcavadora no podía subir a esa altura, debido a la gran pendiente del cerro. Toda la estructura del estanque debió fabricarse como los egipcios. Los áridos, los sacos de cemento, la enfierradura, los moldajes y el agua debió transportarse en burros o mulas. Esto último se realizó así porque salía muy caro hacer un camino hacia la cumbre.

Los jornaleros se contrataron en la zona y casi todos eran los hijos de los campesinos del lugar. Se arrendaron tres casas para instalación de faenas y para alojar a los trabajadores que traíamos de otras ciudades. Una vecina nos dio pensión y nos daba almuerzo y cena de lunes a viernes, ya que los fines de semana los obreros viajaban a sus casas. La comida no era muy variada. Había generalmente cazuela, porotos y carbonadas. Siempre comida casera y de campo, tan olvidada en los tiempos actuales. La vecina anotaba lo comido en un cuaderno y después lo maestros le pagaban en las quincenas.

Cuando se terminaba la jornada laboral los maestros se iban donde se les arrendaban sus casas y mataban las horas viendo televisión y jugando a las cartas o simplemente bebiendo y caminando por la localidad. Ahí, y como lo dije antes, ya se formaban relaciones de pareja. Algo común en los trabajadores de la construcción.

Cuando teníamos jornadas de hormigonado del estanque debíamos tener toda la faena preparada con antelación. Y como era en el cerro y no había caminos para llegar a lo alto, simplemente había que subir una larga pendiente. Como lo dije anteriormente, todos los materiales se trasladaron a lomo de burros.

Recuerdo que el año anterior de nuestra llegada a la localidad se habían construido casas básicas para los lugareños, construidas de ladrillo prensado y con una obra gruesa habitable. Tenían electricidad, se habían construido los baños, pero curiosamente no había agua para su uso doméstico. Para esto nos habían contratado, para construir el sistema de agua potable rural de Chanqueahue.

Había situaciones curiosas, como por ejemplo, que existían viñas y cultivos de uvas por todo el sector y, por supuesto, que esto traía como consecuencia que no faltara el vino. Los maestros, debido a la soledad y lejanía de sus hogares, aprovechaban de combatir la tristeza con el vil brebaje. Muchas veces más de alguno se entusiasmó de sobre manera con las tomateras y al final no llegaban a su lugar de trabajo o aparecían en la tarde, porque en la mañana estaban con la caña.

La obra se desarrollaba paralelamente en tres partes: la construcción del estanque, la excavación de las zanjas y también la instala-

ción de las tuberías. Además, existían otras cuadrillas encargadas del relleno compactado de las zanjas y la señalética del tránsito que, aunque era poco en ese sector, no dejaba de ser preocupante porque era una zona de muchas curvas y la mitad de la calzada siempre estaba cerrada. La cuadrilla más especializada era la encargada de colocar la cañería y los medidores en la entrada de cada sitio. Muchas casas estaban a cien o más metros de distancia del vecino. Es por cierto una localidad rural distante a cuarenta kilómetros de la Municipalidad a la cual pertenecían.

Los maestros se hicieron de amigos casi al instante y aprovechaban de compartir con los lugareños. Varias veces me invitaron a partidos de baby fútbol que se realizaban en la escuela básica de la localidad. Ahí participamos todos, tanto los obreros como los mandos medios y jefes. Después nos poníamos a chupar y nos alegrábamos la vida mutuamente. Como que nos humanizamos, después de trabajar demasiado, y muchas veces también aparecía el minuto de confianza.

Cuando terminamos de hormigonar el estanque necesitábamos llenarlo de agua y probar si tenía fugas de agua. Debíamos probar que se había construido perfectamente. Para el llenado aprovechamos de pedirles a los bomberos de Rengo que nos la surtieran y, a cambio, nosotros nos poníamos con el asado para todos. Los bomberos aceptaron y se declararon orgullosos de participar de esa obra que traería muchos beneficios a los pobladores. Esta labor de llenado de agua hubo que hacerla cuatro veces porque, como el hormigonado no quedó perfecto, había que reparar las grietas por

donde se perdía agua. Claro que esta agua no era precisamente potable, ya que la sacaron del río Claro que pasaba paralelo al lugar.

En obras de esta envergadura debieran los estudiantes de construcción del país necesariamente trabajar alguna vez en su vida. La instalación de los APRs es hacer soberanía en nuestro país y se lleva el progreso a esas zonas. Es como el comercial de la Cámara Chilena de la Construcción, es obra de constructores. Uno al final se siente muy orgulloso de la labor realizada. Los pobladores se sienten muy agradecidos, no solamente de los trabajadores, sino también de las autoridades que participaron en la elaboración y puesta en marcha del proyecto. Me recuerdo siempre de cuando se termina la obra y los lugareños abren la llave y empieza a salir agua potable. Es una felicidad incomparable, es tan comparable cuando los niños tienen un juguete o unos zapatos nuevos.

Volviendo al tema, digo que todo estudiante de la carrera de construcción debiera, en obras con este grado de dificultad y complicación, aprender a resolver problemas complejos. Asimismo planificar las actividades de tal manera que nada quede al azar. Por ejemplo, la ferretería más cercana la teníamos a una hora de viaje y, si queríamos algo más sofisticado, teníamos al Sodimac de Rancagua, que quedaba a casi dos horas de viaje. Peor aún como son obras donde se trabaja en la vía pública, es más complicado y por sobre todo muy peligrosas. Por ejemplo, en una obra en Santiago se trabaja en espacios cerrados, con una instalación de faenas con todo el equipamiento necesario. Y si por cualquier motivo falta un material o alguna maquinaria ésta se puede encontrar al instante.

Volviendo al tema de esta historia, recuerdo que como yo vivía en la comuna de Rengo, ya que me habían arrendado una casa cerca de la plaza, el viaje a la localidad de Chanqueahue duraba en camioneta, aproximadamente, entre treinta a cuarenta minutos.

En Rengo había una cárcel muy antigua y de gran concentración de reos que estaba ubicada en una esquina de la plaza de armas y a metros de la Comisaría local. A mí siempre me llamaba la atención que en una comuna tan tranquila existiera una cárcel tan grande y con mucha población penal. Después me aclararon que no solamente había presos de la comuna, sino que también venían de las comunas aledañas y por eso se producía la sobre población penal. Siempre sentí mucha curiosidad al ver como los presos iban a comprar a los almacenes cercanos y sin ninguna custodia de los gendarmes. Después supe que se había llegado a ese grado de confianza porque se empezó a realizar este ejercicio desde muchos años atrás y nunca hubo dificultades. Es decir, se relajaron las medidas de seguridad y esto se tornó peligroso con el tiempo. Más de alguna vez mi señora me comentaba que podía haber una fuga de reos, ya que se había percatado de esto y por supuesto que le llamaba la atención. Además, me comentaba que debido a que había colegios y casas cercanas era muy fácil esconderse y tomar rehenes. Yo le respondía que si era una política de años y les había funcionado no había de que preocuparse. Pero como las aprehensiones de uno o de varios no hacían mella en los gendarmes no creía necesario hacer ver esto a las autoridades superiores.

De todo lo anterior creo que a veces uno tiene la razón y como mira las cosas desde afuera es posible que tengase una visión más ge-

neral y no tan particular del problema. En resumen, todo lo que pensamos al final sucedió.

En uno de mis numerosos viajes desde Chanqueahue hasta Rengo, veo un inusual despliegue de carabineros, en todos los vehículos disponibles; llámese furgones, micros, motos y carabineros a pie. Esto último lo pude apreciar desde el cerro donde construíamos el estanque de agua potable y les comenté a los obreros que estaban trabajando en esa faena. Me dicen, en el habitual tono de los maestros, “jefe tiene que haber pasado algo, por eso hay tanto paco”. Otros me decían: “Jefe, tiene que estar la cagá”. Varios especulamos sobre qué podía estar pasando. Algunos decían que tiene que haber sido un asalto a un camión de los que salían de la planta de Agua Mineral Vital. Hubo varias teorías, pero nadie imaginó lo que realmente estaba pasando. Cuando emprendí el viaje me topé con dos carabineros que me hicieron detenerme en una curva y uno de ellos empezó a mirar la parte de atrás de mi camioneta, que era de doble cabina, pero sin station Wagon y que estaba cargada con algunos materiales de construcción. El carabinero, sin preguntarme, empezó a registrar todo el material y el otro policía me empezó a interrogar. Buenas tardes, por favor los documentos de usted y del vehículo. Se los pasé ágilmente, se alejó un poco y comenzó a mirar cada uno de los documentos en forma muy meticulosa por si encontraba algo anómalo. Yo estaba muy tranquilo esperando la restitución de los mismos y seguir emprendiendo el viaje, pero siguió con un interrogatorio más intimidante: ¿De dónde viene usted y qué estaba haciendo? Le respondí amablemente y le digo que vengo del cerro donde estamos construyendo el estanque de agua

potable para la localidad. ¿Y hacia dónde se dirige? Hacia Rengo, contesto yo. ¿Y qué va a hacer a Rengo? Yo vivo ahí, voy a almorzar con mi señora y mis hijos. ¿Cómo se llama su señora y que edad tienen sus hijos? Mi señora se llama Sandra y mis hijos Camila, de seis años, y mi hijo Felipe, de 2 años. ¿Entonces su hija ya va al colegio o al jardín infantil, creo? me dijo. Exactamente mi hija está en kínder y estudia en el Colegio La Paz, me adelanté yo ¿Cuál es su dirección de Rengo? Le contesto nuevamente y esta vez le pregunto yo al carabinero ¿Por qué tantas preguntas, que está pasando? Me dice que las preguntas las hace él y yo solamente tengo que limitarme a responder.

A esas alturas debo reconocer que ya me estaba poniendo muy nervioso y ya no sabía a qué atenerme, simplemente esperé que los acontecimientos sucedieran lo más normal posible. Ahí el carabinero me dice lo que está pasando realmente. Me dice, escuche bien porque no se lo voy a repetir, le diré por primera y única vez. Bueno, dije yo. Mire señor, hace tres horas atrás se escaparon, aproximadamente, sesenta presos de la cárcel de Rengo. La cifra no la tenemos muy clara, pero solamente hemos recapturado solamente 4 reos, todos los demás andan fugados y escapando en las cercanías. Usted, la patente del vehículo y la marca de la camioneta han sido informados a todos los puestos de control de la zona que se dirige a Rengo y solo. Por ningún motivo debe detenerse y llevar a alguien que le haga dedo, aunque sea una señora embarazada o algún abuelito o niños pequeños, porque pueden ser rehenes de los reos fugados. Tampoco debe detenerse ante una persona que lo intimide, aunque sea con armas, usted debe hacerle el quite y

acelerar lo más rápido posible. También, no debe desviarse de su camino, porque si lo vemos en otros sectores suponemos que ha sido secuestrado y el reo está escondido y lo tiene amenazado y en ese caso haremos uso de nuestras armas de servicio para detenerlo. Asimismo, si vemos que va acompañado también ocuparemos los métodos a nuestro alcance para detenerlo, incluso disparando al vehículo, porque vuelvo a insistir ha sido informado a todos los controles que usted va solo y se dirige a Rengo. Debe llevar las luces prendidas y si las apaga, en el próximo control, será detenido a como dé lugar. Y, por último, tampoco puede hablar por teléfono celular, le está estrictamente prohibido, a costa de su detención inmediata. Le ha quedado claro todo lo que le he dicho, me preguntó. Por supuesto que sí, me ha quedado sumamente claro.

Después de todo este diálogo con el carabinero, recién me percaté de la gravedad de la situación y me fui nervioso a encontrarme y pensando como estaría mi familia con la noticia. Nosotros vivíamos a dos cuadras de la plaza de armas y perfectamente se podían haber escondido en el patio de nuestra casa. Como no podía utilizar el teléfono celular para comunicarme con ellos el camino se me hizo una eternidad. Cada cien metros aproximadamente, me encontraba con un control policial y me hacían con gestos que bajara la velocidad para cerciorarse de la patente del vehículo y si estaba solo. En cada curva con la que me encontraba pensaba que podía haber un preso apuntándome con su arma, para quitarme la camioneta. Una adrenalina a mil y las pulsaciones a mil por hora. No hallaba la hora de llegar pronto a mi casa.

Finalmente, me encontré con los míos y me comentaban algunos pormenores de la fuga, como por ejemplo, que se suspendieron todas las clases en la comuna. Todos los supermercados, los policlínicos, el hospital y demás centros de reunión de personas fueron cercados y se les solicitó la identidad a todos. Por supuesto que aquellos, tanto hombres como mujeres, que no portaban sus documentos fueron retenidos hasta que alguien de su familia se los trajera o se verificara su identidad mediante huellas digitales y, por último, se les pidió a todos los automovilistas dejar sus autos en casa. Era como si la ciudad estuviera en estado de sitio.

Con los días nos fuimos enterando de más detalles de la fuga... Como se había llegado a establecer mucha confianza con los gendarmes y como ésta se había logrado con los años, otros reos, aprovechándose de esta circunstancia, se ganaron la confianza de estos presos e idearon la manera de escaparse. Redujeron a los guardias, les quitaron sus armas y se fugaron. Aprovechando que los gendarmes estaban reducidos varios aprovecharon la posibilidad de escaparse, sin ningún plan previo, solamente estaba al alcance de sus manos la libertad. Por supuesto que estos reos fueron los primeros en ser recapturados. A muchos los encontraron vagando por los campos y los cerros y a otros los encontraron escondidos en cámaras de alcantarillado, bajo los puentes, en los atraviesos de la carretera y en los tubos de aguas lluvias. Algunos de ellos estaban al borde de la muerte por la falta de comida, fruto de varios días sin alimentarse y debido al intenso frío estaban con hipotermia. Al final, después de un año de la fuga solamente cuatro reos

nunca fueron encontrados. Es posible que esos cuatro de la fama fueron los que idearon la fuga y ya tenían un plan preconcebido de su escape y ocultamiento. Lo bueno, si algo se puede rescatar de esto, es que no hubo heridos ni muertos. Toda una película.

(7)

LA ITO

En todas las obras públicas, ya sea a nivel municipal o a nivel ministerial o en cualquier obra fiscal existen los ITOs, es decir Inspectores Técnicos de obras que controlan el avance físico y financiero de éstas. Muchas veces estos ITOs son empleados fiscales del mismo organismo ejecutor del proyecto y, en otras ocasiones, vienen de oficinas particulares de Consultorías e Inspección técnicas. En cualquier caso da lo mismo porque igual se depende de un mandante o del dueño del proyecto, que también puede ser un organismo público como un ente particular, que a su vez coloca un profesional en obra para que sea su representante. Hay ITOs que son residentes, es decir, están todo el día en la obra revisando los trabajos; y existen los ITOs visitantes, que como su nombre lo indica visitan la obra durante algunas horas del día o durante la semana. Este último caso es el que nos correspondía a nosotros.

La inspección técnica de obra cumple con la función de hacer respetar los planos y especificaciones técnicas del proyecto y aprueba o rechaza los Estados de pagos que las empresas constructoras emiten para cancelar sus compromisos financieros. Además, es el canal de información oficial entre el mandante y la constructora

para las posibles preguntas y observaciones no aclaradas del proyecto. En el caso de los estados de pago las empresas constructoras emiten una planilla con las partidas de avance de obras. Si la empresa ha colocado el 50% de hormigón en un edificio no puede presentar un cobro de 80%. En ese caso el ITO le rechaza este ítem o pago hasta que la empresa lo corrija.

El origen de este relato radica en que la protagonista principal de la obra resultó ser la ITO.

Casi a mediados de los años 90 me enviaron a construir una copa de agua potable en el sur de Chile. Por razones obvias no voy a nombrar ni la ciudad ni la empresa constructora que realizó el trabajo, simplemente diré que me nombraron Director o Administrador de la obra. La copa de agua tenía un diseño muy especial y que está construido en varias partes de nuestro país, lo debíamos replicar en esta ciudad. Antes de construirlo visité varias copas iguales, pero con alturas diferentes, para cerciorarme del método constructivo que utilizaron. Algunas de estas copas aún se estaban construyendo y eso me permitió hacerme una idea de cómo íbamos a planificar la construcción de nuestra obra. De hecho esta copa que construimos es la obra de mayor altura construida en Chile, con exactamente 39,75 metros de alto. Insisto con esto, es la copa de mayor altura, pero no de capacidad que, en el caso de la nuestra era de dos mil metros³. Me consta que hay copas o estanques de agua potable con mayor capacidad de almacenamiento que ésta.

Antes de llegar a vivir a la ciudad arrendamos un terreno aledaño al sitio de la obra y empezamos a construir nuestra instalación de

faenas, en pleno invierno, es decir, durante el mes de junio. Curiosamente había sido un mes extremadamente lluvioso para la zona y algo inusual en aquellos años, que por supuesto nos trajo complicaciones con la excavación para las fundaciones de la copa.

Casi todos los maestros venían de trabajar conmigo en otras obras y, por lo tanto, sabían perfectamente nuestro sistema de trabajo y cuáles eran sus jefes. Les arrendamos casas para todos los que venían de afuera, con todo el equipamiento para su estadía. Las casas arrendadas tenían que estar cerca de las faenas, para no atrasarse en la llegada a su lugar de trabajo. Al igual que en las obras anteriores todos los obreros viajaban a sus casas todos los fines de semana. En total reunimos a setenta y cinco trabajadores de la casa más los subcontratos.

Como lo dije anteriormente nos designaron una ITO, es decir una mujer profesional, constructor civil y de aproximadamente treinta años. Era soltera y no muy agraciada en su físico, lo que era motivo de burlas de parte de los obreros. Nos decían o mejor dicho nos preguntaban, indicándonos directamente a ella, oiga jefe ¿Con cuántos combinados? Yo no entendía mucho de lo que me preguntaban y les decía ¿De qué me están hablando? Al final me aclararon la interrogante: La pregunta era que a los cuantos combinados yo la encontraba bonita. Yo les respondía que con dos y ellos me volvían a preguntar, ¿Pero con dos bien cargados al pisco? Como tan “peladores” les decía yo, están peor que las viejas copuchentas. Pero la realidad era que la ITO no era muy afortunada en su físico... ya, me puse mal hablado.

Aparte del clima y la intensa lluvia empezamos a tener muchos problemas con la ITO. Todo le parecía mal, como almacenamos la enfierradura, como hacíamos los moldajes, como se debía colocar el desmoldante. En fin, para todo tenía una aprehensión al trabajo que se realizaba y los maestros me lo hacían ver. Oiga jefe, la ITO anda terrible mal genio y todo lo que hacemos le encuentra algo malo. Bueno, no se preocupen, debe andar con un día malo, ya se le pasará, respondía yo. Pero el problema era que no se le pasaba nunca y esto trajo repercusiones en el avance programado de la obra.

Como lo dije, anteriormente, ese mes y ese año habían sido extremadamente lluviosos, me refiero al invierno del año 1995 en el sur de Chile, en comparación a igual fecha de años anteriores. Por supuesto que esto nos trajo consecuencias. Debíamos empezar con el concreto de las fundaciones cuanto antes, ya que nos atrasaba el avance de la obra. Para esto se contrató una retroexcavadora y un camión tolva para excavar y retirar los excedentes y llevarlos a un botadero autorizado. Cuando empezamos con las excavaciones, a los ochenta centímetros comenzó a aflorar el agua subterránea, es decir, no pudimos seguir excavando más que eso. La excavación debía llegar a una a una profundidad de casi 2 metros y esto era grave, porque había que secar con bombas más de un metro de agua.

Ante el gran problema que se nos presentó tuvimos que deprimir la napa con bombas sumergibles, que íbamos colocando en la medida que nos profundizábamos. Llegamos a trabajar hasta con ocho bombas, que iban sacando y depositando el agua a un canal cercano. Cuando llegamos al nivel del piso, le pedimos a la ITO, por intermedio del Libro de obra, la autorización para concretar, pero

nos pidió que la zanja estuviera completamente seca. Nosotros le dijimos que habíamos cavado una zanja de 20 centímetros alrededor de la excavación y por lo tanto podíamos hormigonar. Pero nuevamente nos rechazó los trabajos.

Mientras tanto nosotros íbamos avanzando, paralelamente, con los trabajos de la instalación de faenas, llámese comedores, oficinas, baños y duchas, conjuntamente con la confección de los moldajes de madera y la enfierradura. El Gerente de operaciones de la empresa me llamaba desde Santiago, todas las semanas, para preguntarme cómo íbamos con el avance de la obra. Después de varias semanas me preguntó cuándo íbamos a hormigonar las fundaciones, yo le dije que la ITO no nos autorizaba a concretar. ¿Pero cómo si lo están haciendo como corresponde, que es lo que quiere ahora? Quiere que la zanja esté seca y sin material fino, le respondo. Aun así no seguía conforme y me pregunta de nuevo ¿Oye, qué onda la ITO? ¿Cómo qué onda? Pregunto yo y él me dice oye: ¿Cómo es la ITO, es fea, es casada o soltera? ¿Y qué tiene que ver eso con los trabajos? Replico yo. Claro que tiene que ver, si es mañosa es por algo, algo le falta, me dice el Jefe.

Recién ahí y después de tanta conversación comprendí lo que estaba pensando el Gerente. Le dije que la ITO era soltera, de unos treinta años y poco agraciada, por decir una palabra suave. Ahí está la madre del cordero, me dijo. A esta comadre le falta un hombre que la haga gritar “viva Chile” y si tiene lo que quiere se soluciona el problema. Es posible que tú teoría tenga asidero, le contesto, pero yo quiero centrarme en la solución de los problemas y los trabajos de la copa y no desviarme a otros temas que no me corresponden.

Y el jefe vuelve a decirme que es un problema que si me corresponde. Tal vez no es un problema de métodos constructivos, pero es un problema de personalidad que se arrastrará con el tiempo, si no se soluciona prontamente y te insisto, te traerá más problemas que beneficios, me dice. Sigo con la conversación, ¿Qué quieres que haga entonces? Pregunto nuevamente, y él me dice: ¿Tienes algún trabajador pintoso y joven en la obra que le pueda hacer el favor?

Ya a esas alturas de la conversación, no podía aguantar la risa, ante tan amena y profunda reflexión sobre la vida, pero me convencí de que el Gerente estaba hablando en serio y traté de seguir su atención. Sí, tengo en la obra al bodeguero, es joven, tiene 28 años y mide un metro ochenta y tiene buena pinta. Ya, está solucionado el problema, entonces le dices tú que es una orden del Gerente de operaciones que tiene que hacerse el lindo con la ITO. La empresa corre con todos los gastos. La puede invitar al cine, a comer y si el caso lo amerita la invita a un motel, pero nos trae las boletas y nosotros le reembolsamos el valor. Dile que es una orden, que de aquí a dos semanas tiene que hacerle el favor y lo amenazas, que si no cumple de aquí al plazo establecido, lo echamos de lo pega.

Cuando terminé la conversación con el Gerente, no sabía cómo abordar el tema con el bodeguero, pero me armé de valor y le dije cuál era el plan trazado para que la ITO no nos molestara más y nos recibiera los trabajos conforme. Cuando le dije pensó que estaba bromeando, pero al final se convenció de lo que le estaba hablando era en serio y que era una orden del Gerente de Operaciones y, que para este plan, podía disponer de los recursos que quisiera y podía salir de la obra en los momentos que lo requiriera.

El bodeguero era un poco tímido con las mujeres, pero la amenaza del Jefe pudo más que su personalidad y, finalmente, se hizo el lindo con la ITO y la invitó a salir. Al principio le fue un poco difícil la tarea, porque ella hizo valer su nivel educacional por sobre la de él, es decir lo miró en menos. Nosotros lo ayudamos un poco en este plan, por ejemplo, cada vez que la ITO visitaba la obra le pedíamos que la acompañara a recorrer los trabajos. Aunque a él no le correspondiera esta tarea, lo hacía para consultarle por algún material y si ella conocía donde se vendía. Otras veces le consultaba por proveedores o algunos contratistas.

Finalmente y debido al tiempo y la insistencia del bodeguero de a poco se fue dando la relación y por fin la pudo invitar a cenar, al principio y después a bailar y al cine. Ya al mes siguiente pudo llevarla a un motel. Para esto tuvo que arrastrarse como un gusano y prometerle el cielo y la tierra. Al final los días de la visita de la ITO a la obra significaban que se juntaba con el bodeguero y estas visitas se espaciaron por mucho tiempo. El mismo bodeguero tomaba las fotos del avance de la obra y se las entregaba en persona. Recuerdo que se llevaba el libro de obras y la ITO se lo firmaba en el motel, al igual que los Estados de pago.

Cada vez que teníamos reunión en Santiago con los Directores de obras, junto al Gerente de operaciones, se vanagloriaba de que su plan haya dado resultado, tal como él lo pensaba. Siempre decía que tanto un hombre como una mujer mañosa significaba que le faltaba sexo, porque de otra manera no se explicaba tanta amargura.

Después, con los meses, el bodeguero empezó a pasarlo mal con la ITO. Esta lo iba a buscar los fines de semana a su casa y ahora la que invitaba era ella. Se iban en su auto a viajar a las ciudades de Concepción y Valdivia, donde la ITO tenía sus familiares. Se los presentaba a sus padres, primos y primas y estos insistían que cuando iban a formalizar la relación. Claro que empezó a sentirse un poco intimidado y nos decía que esta relación era como la película “Atracción fatal”. Nosotros lo tranquilizábamos diciéndole que había hecho un “buen trabajo” y por eso la ITO se había enamorado de él. Nos comentaba que esto se estaba saliendo de control y yo le decía que se esperara un poco más, porque la obra estaba llegando a su fin y que el Gerente le tenía un trabajo en la oficina central de Santiago. Al final, con esta promesa, pudimos sortear toda la obra, pero igual nos decía que el tema se había desbordado.

Cuando finalmente terminamos la obra, el Gerente, en premio a sus “servicios” se lo llevó a Santiago a hacerse cargo de la bodega de una obra en la comuna de Conchalí. Por supuesto que con un sueldo más alto y le arrendó una casa amoblada. Ahí ya más alejado del trabajo de la ITO la relación se fue enfriando y, al final, el bodeguero decidió poner término a la tóxica relación que sostenían.

Con el tiempo, tanto el Gerente como yo nos cuestionamos la solución a los problemas de mi obra. Le dije que jamás me había imaginado que el factor externo pudiera tener tanta influencia en el desarrollo de una faena. Me decía que los años constituyen sabiduría y que en otras culturas se respetan las canas. Me decía que con los años había adquirido experiencias de vida y porque no decirlo, había adquirido sabiduría para enfrentar los problemas. Me

comentaba que el 20% de los conocimientos de nuestra profesión lo adquirimos en la Universidad y el 80% restante, lo aprendemos en terreno.

Aun así yo aún me he cuestionado el método utilizado para sortear favorablemente la construcción de esta copa de agua potable. Herí muchas sensibilidades y me comporté como una persona miserable e indolente. Por un tema de trabajo dejé muchos muertos y heridos en el camino. Ya sabemos quiénes fueron los muertos y cuáles fueron los heridos. Como moraleja de este cuento, si volviera a ocurrir un caso similar, por supuesto que no actuaría igual.



Foto de profesional ITO de obras

EL JUGADOR DE FÚTBOL

Trabajé en una empresa sanitaria por varios años, recuerdo que teníamos reuniones una vez al mes, en la oficina central de Santiago. En esta empresa ya había trabajado como Director de obras en diferentes obras, como copas de agua potable, plantas de tratamiento de aguas servidas, sistema de agua potable rural, mejoramiento del sistema de agua potable, etc. En estas reuniones debíamos informar sobre el avance y de las dificultades que teníamos en la misma. Eran almuerzos y mesas de trabajo, donde también aprendíamos a como solucionar los problemas complejos y que curiosamente algunos de los colegas habían tenido. Así recogíamos la experiencia de ellos y nos retroalimentábamos en nuestro trabajo y buscábamos soluciones en conjunto. Eran reuniones muy enriquecedoras para nuestro quehacer. Recuerdo que nos juntábamos, antes de la hora de almuerzo, para así tener más tiempo para exponer el avance, tanto físico como financiero de las obras. Muchos directores de obras venían de viajes largos, como Temuco, Concepción, La Serena, viajaban en avión. Los que veníamos de ciudades cercanas, como Graneros, Valparaíso, Curicó, viajábamos en camioneta. A veces se nos hacía tarde y como varios

nos gustaba jugar a la pelota organizábamos un partido de baby fútbol. El Gerente General, que era un ex Coronel del Ejército, se conseguía la cancha del Regimiento Tacna, que quedaba al frente del Parque O'Higgins.

A estas reuniones teníamos que ir bien preparados porque, como lo dije anteriormente, el Gerente General era un ex oficial del ejército y algunos términos de la construcción no los entendía y había que hacer una exposición para alguien que no sabía de los sistemas, métodos ni conceptos ligados a la construcción. Para él lo más importante era el estado financiero de las obras. Cuando algún Director exponía el estado financiero y aparecía en números rojos, se detenía para que le explicaran porque la obra estaba perdiendo dinero. Ahí había que explicar, de los factores externos, que muchas veces no se pueden cuantificar. También debía explicar cómo se estaba revertiendo la situación. Ahí nos consultaba a los demás para ayudar al colega en problemas y todos opinábamos y dábamos posibles soluciones que, por supuesto, el colega debía internalizar.

Las utilidades de esta empresa sanitaria oscilaban entre el 8%, si la obra era de mayor envergadura y, hasta un 15%, si la obra era pequeña. Entonces si una obra se había ganado la propuesta con un X porcentaje de utilidad, y no lo conseguía había que explicarlo con peras y manzanas. A veces quedaba conforme y a veces pedía un nuevo informe, más detallado, de los inconvenientes de ese proyecto. Después tenía que hacer un resumen para presentarlo a las reuniones de Directorio que tenía una vez al mes. Ahí también a él lo apretaban los directores, pidiéndoles informes más preci-

sos, ya que casi todos ellos no sabían mucho de construcción, solamente sabían de finanzas que en definitiva, era lo más importante. Era desgastante llegar al porcentaje de la propuesta porque hasta los factores externos, como el clima, la locomoción, un accidente laboral o cualquier otro puede afectar negativamente el avance y costo de la obra, algo que un Ingeniero Comercial o un Contador no entiende mucho. Después de cada reunión reflexionábamos y nos decíamos, entre nosotros, que al final todos tenemos un jefe a quien rendir cuentas y en esto no me refiero a nuestras señoras, sino al tema del ámbito laboral.

Muchos Directores de obras que no pudieron revertir los números negativos de sus faenas que ni siquiera lograron un porcentaje mínimo de utilidades, al final fueron desvinculados de su trabajo. El Gerente General nos decía que esta empresa no era El Hogar de Cristo, es decir, no es una institución de beneficencia y que todos nosotros, al igual que él, estábamos en constante evaluación. Por lo tanto, había que ser eficiente y responsable con nuestros trabajos. En esto tenía razón porque el éxito, tanto físico y financiero de las obras, dependía la continuidad de nuestra fuente laboral y también la continuidad de la empresa constructora.

En estas reuniones de trabajo, aparte de los Directores de obras también asistía también el Gerente General, el Gerente de Finanzas, el Gerente de Operaciones, más el contador de la empresa, su ayudante, dos asistentes y dos secretarías. Estas últimas tomaban y escribían el acta de la reunión y que nos hacían firmar, una vez concluida, para protocolizar los acuerdos. El seguimiento a estos compromisos se realizaba en la nueva reunión mensual y, por su-

puesto, que si el compromiso no era liberado quedábamos en entredicho ante el Gerente General y el Gerente de Operaciones.

Entre lo tenso y desgastante que eran estos encuentros, también había espacio para la fraternidad y la recreación. Como lo dije, anteriormente, a todos los que nos gustaba jugar al fútbol organizábamos un partido cuando concluían estas reuniones. Lo hacíamos como una forma de liberar las tensiones, propias del trabajo, además de sanar nuestro cuerpo. Como los Directores de obras éramos nueve, en total, teníamos que obligadamente “parchar” algún equipo con alguien de la oficina central, tanto para completar el equipo como para realizar los cambios.

Dentro de los jugadores que nos “parchaban” estaba el flaco, un joven de 18 años de 1,75 metros de estatura que, por supuesto, no puedo dar el nombre, porque debo proteger su identidad. Bueno, el asunto es que el flaco era tan buen jugador que todos los equipos nos sorteábamos su inclusión en nuestro elenco. Si estaba él en el equipo era un triunfo seguro y esto lo sabíamos todos. La demostración de esto era que en el equipo que jugó siempre ganó y nos llamaba la atención lo bueno y lo alegre de su juego.

Después de terminado el partido nos íbamos a servir cervezas, bebidas o un aperitivo, más el sándwich de rigor. Nos reíamos siempre de esto y decíamos que todas las calorías que perdimos en el partido, al final la recuperamos en la comida que nos dábamos. Ahí en este espacio de relajación nos preguntábamos todos, ¿Y por qué este flaco no se va a probar a un club grande? Y la respuesta era que, como venía de la séptima región, era un poco tímido para hacer esos trámites o mejor dicho, como no tenía mucho tiempo a

causa de su trabajo ni siquiera lo había pensado. Todos decíamos que era un talento que se estaba perdiendo, más aun que era una persona muy correcta y respetuosa. Por supuesto que esta personalidad la traía de su tierra natal, en el campo, cerca de Curicó.

En las innumerables veces que teníamos estas jornadas de trabajo y recreación en Santiago siempre terminábamos en el mismo tema, ¿Por qué este flaco no se va a probar a algún club grande? Y siempre quedábamos en la interrogante. Hasta que en una ocasión, en que el flaco humilló al equipo contrincante con ocho goles, el tema se hizo más serio y el Juan Carlos, un constructor civil a cargo de una obra en Valparaíso, decidió tomar el toro por las astas. Nos dijo a todos: yo voy a averiguar si algún club grande o pequeño están probando jugadores y les informo a todos ustedes en la próxima reunión de cómo me fue con la información.

Como comentario adicional debo decir que el flaco Uribe (el apellido es ficticio) venía de un pueblo al poniente de Curicó y se vino a Santiago buscando un mejor destino para él y su madre viuda. Llegó a la empresa sanitaria después que un compañero de pensión le dijera que estaban necesitando un junior. Le dio el nombre de la persona con la que debía contactarse y este era el contador de la empresa. Llevaba trabajando casi un año y había sido extremadamente responsable en su labor. No había faltado ningún día a su trabajo y aún más, siempre llegaba 10 o 15 minutos antes de la hora de ingreso, es decir todo un ejemplo de trabajador.

En la reunión siguiente en Santiago, que debo recordar siempre, se realizaba en un centro de eventos, nos juntamos todos nuevamente y el Juan Carlos nos dijo que el club más grande de Chile (ahí los

lectores sabrán cual es el club más grande de Chile) iba a probar jugadores de hasta 18 años, para integrar las divisiones inferiores y cadetes y, también, si se daba la excepción, para jugar en el primer equipo. El proceso, que era en un estadio de Santiago, duraba, aproximadamente, tres meses y se había recalcado que el jugador debe ser constante y responsable, porque según comentaba el entrenador de las divisiones inferiores muchos jugadores talentosos no eran sacrificados en su entrenamiento. Muchos no se sometían a los rigores físicos propios de jugadores profesionales y fallaban. Las jornadas de entrenamiento y prueba de jugadores eran los días martes y jueves entre las 08:00 y 12:00 hrs. Para que pueda asistir el flaco, necesariamente, tenía que contar con el permiso de su jefe, es decir el contador de la empresa, y este también debía comentarle de esta situación al Gerente de Finanzas. Todos estuvieron de acuerdo que se le debía dar la oportunidad y más aún, que era muy responsable y respetuoso.

Hay que destacar las palabras de los entrenadores de las divisiones menores que ratifican que muchos talentos se perdían en el camino, debido a su falta de madurez y, principalmente, porque venían de poblaciones conflictivas y no tenían un equilibrio, ni mental ni físico. Algo que por supuesto no poseía el flaco Uribe, más bien era todo lo contrario. Entonces el Director de obras que le recomendó asistir a probarse nos dijo a todos que el flaco estaba pintado para ser el nuevo delantero del club y también un crak de la selección chilena.

Cuando los Directores de obra teníamos nuevamente reunión en Santiago, que vuelvo a decirlo era cada mes, y después de anali-

zar los diferentes temas y problemas de las faenas que teníamos a cargo, nos íbamos nuevamente a jugar un partido de baby fútbol. En esos partidos veíamos de nuevo al flaco y le preguntábamos: ¿Como iba su prueba de jugadores en el club?. Nos dijo que como se habían presentado muchos jugadores, cerca de tres mil, el proceso se iba a extender por cerca de tres meses. Nos dijo esa vez que en la primera selección quedaron casi dos mil jugadores y en la próxima deberían quedar mil jugadores. Nos comentaba que les pidieron certificados de estudios y todos aquellos que no habían terminado el octavo básico se tenían que ir. Después les pidieron el certificado de antecedentes, tanto de ellos como de su familia. Ahí se fueron muchos más debido a que parte de sus familiares, tanto padres como hermanos estaban manchados. Aparte de este colador extra futbolístico, nos comentaba que muchos jugadores del primer equipo los iban a ver entrenar y que estos les daban consejos o les hacían comentarios a los entrenadores sobre algún jugador en particular. Muchos jóvenes, cuando terminaban las pruebas y antes de irse para sus casas, pasaban donde los jugadores profesionales a pedirle autógrafos y fotografías y estos aprovechaban de darles consejos para que puedan llegar lejos en sus carreras.

Y así pasaban las semanas y cada vez que veíamos al flaco nos ratificaba que iba sorteando los obstáculos. Cuando ya había cien jugadores en la pruebas, todos nosotros nos ilusionamos con la idea de tener un jugador famoso en nuestra empresa. Claro que si quedaba para el final ya no iba a ser más nuestro compañero de trabajo y se debía integrar al club profesional. Cuando supimos esto, que quedaban pocos jugadores probándose, decidimos entre todos

que ya no era prudente que el flaco no siguiera jugando más en los partidos de baby fútbol, tanto los que jugábamos nosotros como los que jugaba él en su barrio. Desde ahora en adelante solamente vas a ser el árbitro de nuestros partidos y no jugar más para no exponerte a una lesión que pueda truncar tu carrera, si es que llegas a ser un jugador profesional, le dijo Juan Carlos, el mismo Director de Obras que lo entusiasmó con la idea de probarse.

En las semanas siguientes a esta última reunión, Juan Carlos nos comentó que el flaco Uribe le había dicho que quedaban solamente 50 jugadores en las pruebas y parece que, de acuerdo a los comentarios de los entrenadores, iba a ser uno de los elegidos, que en definitiva eran veinte en total. Además, nos dijo que necesitaba un apoderado o representante en caso de quedar seleccionado. Nosotros le dijimos que le diera ánimo y que aprovechara de ser él su agente, ya que el flaco no tenía papá y ningún familiar en Santiago.

Entretanto se corrió la voz de esta noticia en la oficina central de la empresa y uno de los Gerentes escuchó la historia y le comentó esto al Gerente General con el fin de que éste se alegrara un poco al saber que tiene en su empresa un deportista de elite. El Gerente General aprovechó de preguntar por la talla y número de zapatos del flaco y le dio los datos a su secretaria.

En la siguiente reunión mensual, que se realizó en un centro de eventos fuera de Santiago, cerca de la obra del Constructor Civil Juan Carlos en Valparaíso. Obra que estaba por concluir, así que la empresa le tenía asignada una nueva obra en Santiago. Nosotros bromeábamos con esta coincidencia, si el flaco se convierte en jugador profesional, tú, que eres el agente, estarás al lado de él

para corregirlo. Como el flaco era uno de los junior que participaba en la reunión, atendiendo a todos los asistentes, comentábamos que ahora a él le van a servir. Después de los comentarios y de la exposición de todos los directores de obras y los gerentes, tomó la palabra el Gerente General. Después del discurso de rigor y de las observaciones, llamó al flaco adelante y le entregó dos bolsos grandes. En un bolso deportivo le entregó tres pares de zapatillas, de las de mejor calidad. No voy a decir la marca para que no digan que estoy haciendo publicidad. Tres trajes de buzos deportivos de la misma marca, más poleras y ropa interior. En el otro bolso habían dos trajes de vestir con corbatas, cuatro camisas, tres pares de zapatos de marca y todos los útiles de aseo para un año.

Por supuesto que el flaco, con su humildad, decía que no entendía nada y preguntó a causa de qué le entregaban estos bolsos con ropas. El Gerente le dice que le comentaron que estaba probándose como jugador en el club más grande de Chile, club que precisamente él era socio e hincha entusiasta. Le dijo que ese era un regalo de la empresa, solamente con una condición, que quedara seleccionado entre los veinte finalistas, en caso contrario le iba a descontar todo el equipaje y la ropa de su sueldo, durante un año. Entonces su obligación ahora era quedar seleccionado y convertirse en un jugador profesional. ¿Estamos claros dijo el Gerente? Muy claro jefe, respondió el flaco. Ahí todos nos paramos a aplaudir y deseándoles mucha suerte en su nueva aventura.

Para resumir esta historia, el flaco quedó entre los veinte seleccionados, de un total de casi tres mil postulantes y se convirtió en jugador profesional. Lo vimos jugar en la televisión y convertir

goles. El Constructor civil, Juan Carlos, se convirtió en su agente y también casi en su papá adoptivo. Con el tiempo, como le gustó tanto el mundo del fútbol, se dedicó a buscar jugadores en las poblaciones y en los colegios de Santiago. Tengo entendido que hoy ya no se dedica a su profesión de constructor y se cambió al rubro de representación de jugadores. A los talentos que encuentra y representa, les creó un plan integral de rescate y formación de jugadores. Les coloca un psicólogo, kinesiólogo, médicos y los obliga a seguir estudiando, para que puedan mantener un total equilibrio en su vida y su profesión.

(7)

LAS BANDERERAS

A fines de los años 90, me enviaron a trabajar en la instalación de una cañería de gas para la empresa Gasvalpo. Esta cañería de gas tenía una extensión de veintidos kilómetros y que se iniciaba en la comuna de Limache y terminaba en la planta de Enami de Ventanas. Su trazado, que iba paralelo a la ruta de Quinteros a Concón, empezaba cerca del fuerte Aguayo, de la Armada de Chile. Pasaba por Valle Alegre y la localidad de Colmo, aparte de otros pueblos menores. La instalación de faenas estaba ubicada en el camino internacional, que une Concón con La Calera y la ruta 5 norte.

El trabajo consistía, como lo mencioné anteriormente, en la colocación de tuberías para la empresa Gasvalpo, pero nosotros, como empresa constructora, no colocábamos la tubería, solamente nos dedicamos al movimiento de tierra. Para esto debíamos contar con personal calificado como topógrafos, alarifes, capataz de excavación, capataz de relleno y todo el personal para cumplir estas labores. En total eran ochenta trabajadores en total, distribuidos en todo el tramo de esta larga extensión.

El trabajo se dividió en cuadrillas de excavación, de rellenos, de desmalezamiento, de retiro y reposición de cercos, de reposición de

jardines y una cuadrilla especializada en la reposición de las obras de arte que se iban destruyendo con la maquinaria y con el paso de las tuberías. Había una cuadrilla, que era la que mejores salarios recibía y, era la que estaba encargada de hacer un dragado por los esteros por donde pasaba la tubería y, después de que esta estuviera instalada, se cubría con concreto. Para realizar esta labor y trabajar en seco desviaban el estero, varios metros, y una vez instalaba la tubería de acero reponían el cauce normal.

La cuadrilla de rellenos tenía que realizar este trabajo mediante capas de treinta centímetros, realizada mediante placas y rodillos compactadores. Para las obras de reposición de cercos, murallas, deslindes y de obras de arte se planificó el trabajo de la siguiente manera: el topógrafo, una vez realizado el trazado de la excavación, fotografiaba todo lo que pudiera ser de importancia, árboles, cercas, murallas. Por ejemplo, si pasaba por una cerca que había que sacar o un muro que se debía demoler, se sacaba la foto para mostrársela al dueño del sitio, para que posteriormente no pidiera reponer su cerca con otro material más caro. Esto nos había sucedido en otras faenas que, al sacar un cerco donde se colocaba la tubería, después los dueños nos decían que en ese lugar tenían un muro y nosotros le mostrábamos la foto con la fecha indicada para desmentirlo. Muchos se querían pasar de listos. He aquí una lección de aprendizaje para los futuros constructores de nuestro país.

La Constructora, que se debía encargar de la instalación de la tubería de gas, era una empresa contratista española, que ya había realizado estas labores en otros sectores de la Quinta Región, así es que contaban con harta experiencia en este tipo de trabajos. Por

supuesto que nosotros aprovechamos y recogimos estas destrezas para que nuestro trabajo se desarrollara sin grandes contratiempos. Después de cada jornada laboral nos reuníamos a diario con los españoles y analizábamos los problemas diarios y las posibles soluciones.

Todos los Capataces, Supervisores, el Jefe de obra, el Topógrafo, el Jefe de terreno, y el Administrador tenían asignadas camionetas a su cargo. A los trabajadores especialistas que provenían de otras ciudades de Chile se les arrendaron tres casas en la localidad de Ventanas, que pertenecía a la comuna de Puchuncaví. Al final, el tramo de tubería de gas significó la contratación de trabajadores de tres comunas, Limache, Quinteros y Puchuncaví. Para el traslado de los obreros se contrató un bus que repartía a los obreros y que los recogía desde la base ubicada en Limache. Para la logística de las faenas se dividieron en seis frentes de trabajo, a lo largo del tramo. Los que trabajaban en el tramo seis provenían de la localidad de Ventanas y los del tramo uno venían de un pueblo cercano a la comuna de Limache, llamado La Peña.

La obra tenía un plazo, máximo, de duración de seis meses y el único día de descanso era el día domingo, porque se necesitaba acelerar los tiempos de construcción. Para este fin debo destacar que las horas extras se pagaban bien y los tratos eran buenos, al igual que los sueldos. En ese tiempo se pagaba en sobres y los trabajadores debían hacer largas colas para recoger su salario.

Aparte de los vehículos disponibles, llámese camionetas y bus, había que contratar seis excavadoras y doce camiones tolva para el traslado de la tierra de las excavaciones, depositarlas en un acopio

autorizado y, posteriormente, una vez instalada la tubería de gas volver a trasladarla para el relleno. El gasto de combustible era una de los ítem más caros de la obra. De hecho se cargaban diariamente en la base todas las camionetas y las retroexcavadoras. Las excavadoras más grandes, que eran de la marca Komatsu, quedaban guardadas en el mismo lugar donde habían terminado su jornada laboral. Una camioneta pasaba a recoger a los operadores y los dejaba en la base. Para el abastecimiento de combustible de las excavadoras, se realizaba por un intermedio de un camión que llevaba cuatro tambores cargados de petróleo y cargaba las máquinas de combustible, en todo el tramo de veintidos kilómetros. Al vehículo que repartía el combustible se le denominaba camión petrolero y la acción de recargar con combustible se le denominaba petrolear. Este último término (petrolear) es uno de los nuevos conceptos incorporados a la construcción, recientemente, y a nuestro diario vivir, tales como: plotear, escanear, chatear, whatsapear, etc.

Siguiendo con el tema de la tubería de gas, los obreros, desde que el bus o las camionetas los dejaban en sus puestos de trabajo, estos no se movían más de ahí. El mayor problema que se presentó era que los trabajadores no tenían los elementos mínimos para almorzar, había que trasladarlos hasta la base a casi dos kilómetros de distancia. Esto significaba que se perdían muchas horas de trabajo en estos traslados. Además, había que habilitar un comedor para casi cien trabajadores. Para suplir este inconveniente se contrató una empresa que entregaba almuerzos calientes y que era de la comuna de Olmué. Ellos entregaban el almuerzo en la base y una camioneta los repartía en todos los frentes. Este almuerzo venía en enva-

ses de papel aluminio, más los cubiertos desechables y servilletas. Después que almorzaban los obreros aprovechaban de dormir una siesta de algunos minutos.

Para facilitar las obras de excavación de las zanjas y el posterior relleno de las mismas, había que instruir al personal para dirigir el tránsito, ya que el trazado, aparte de pasar por los predios, también iba por la calle. Ante esto se habilitaron, en cada frente de trabajo, cuatro obreros por cada uno de ellos, con el fin de evitar los accidentes de tránsito. Como en algunos sectores la ruta tenía curvas bien pronunciadas había que coordinarse por radio con el otro operario, que se encontraba a casi doscientos metros de distancia. Se permitía solamente el paso de vehículos por la media calzada, hasta que se autorizaba el paso de los vehículos en sentido contrario. Esto tenía como duración, aproximadamente, unos cinco minutos en promedio, algo que para los automovilistas que esperaban se hacían eternos.

Estos minutos eternos hacían perder la paciencia a los automovilistas que necesitaban llegar rápido a su lugares de destino. Algunos iban a dejar a sus hijos al colegio, otros se dirigían a sus trabajos y los demás a sus casas. Como en el sector de Valle Alegre, en la comuna de Quintero, existen muchas casas en condómino, los dueños y los habitantes de esa localidad resultaban ser los más impacientes. Debido a esto los paletteros o bandereros que controlaban el tránsito en ese sector empezaron a tener conflictos con los automovilistas, que debieron resolver los carabineros, en todo caso..., siempre a favor nuestro.

Como los problemas de los paleteros o bandereros se estaban desbordando, principalmente porque estos operarios no tienen un nivel de educación alto y porque sus sueldos no eran de los mejores, empezaron a retirarse de la obra. A veces no llegaban por lo que el capataz a cargo los iba a buscar a su casa, para saber que pasaba y le decían que no querían trabajar más, debido a los problemas que tenían con los automovilistas. A raíz de esto empezó una rotación grande de estos operarios que hacía insostenible la solución al problema del tránsito.

Entre todas las posibles soluciones a este problema salió la siguiente, contratar mujeres jóvenes y así nos evitamos los improperios. El jefe de obra había visto esta situación en unos trabajos que se estaban realizando en la comuna de Olmué y le pareció adecuada la solución, ya que eran mujeres jóvenes y los conductores se hacían los lindos con ellas. Por supuesto que él incluyó. Al final se aceptó esta solución y se pidió a los mismos trabajadores que recomendaran a sus amigas o conocidas del barrio. La única condición era que fueran mayores de 18 años y, según instrucciones explícitas del Jefe de obra, es que en lo posible fueran bonitas.

Llegaron varias a presentarse, casi treinta en total. Algunas eran amigas de los mismos obreros que trabajaban en la obra, otras eran primas o hermanas y las demás conocidas del barrio. Se contrataron inicialmente ocho jóvenes, en una semana y, posteriormente, ocho más, en el mes siguiente, totalizando en total dieciséis bandereras. Por supuesto que el control de calidad pasó por el Jefe de obra, él decidía quien debía ser contratada o no. Quizás con qué criterio escogió a las trabajadoras, aunque todos suponemos cuál era.

Al principio, en la etapa de inducción, se hizo difícil su aprendizaje, ya que no estaban familiarizadas con el tema de la construcción y menos con el control de tránsito, pero con mucha paciencia lograron aprender y lograron el objetivo final. Se les equipó con radios y chalecos refractantes y se les proveía de refrescos que guardaban en las casetas.

Debo confesar que el problema de tránsito que teníamos se solucionó tal como se había planeado. El jefe de obra se jactaba de haber encontrado la solución y de tener buen ojo para contratar a las bandereras. Los conductores no podían faltarle el respeto a las mujeres y aguadaban con paciencia a que les restituyeran el paso. Nunca más hubo conatos de peleas ni rencillas, incluso algunos conductores más frescos, lo único que querían era que las bandereras le cortaran el tránsito para buscarle conversación y hacerse los simpáticos. Me consta que le pedían el nombre y número de teléfono para llamarlas, algo que ocurrió en varias ocasiones. Hasta los carabineros de las localidades cercanas iban a hacerse los lindos con las bandereras y las invitaban a salir. Todo bien hasta aquí, pero los problemas que se presentaron después generaron una grave dificultad de convivencia laboral, que no se había previsto, ni siquiera imaginado.

Dos de las bandereras eran primas de uno de los obreros que vivía en una de las casas arrendadas en Ventanas. Como venían de Olmué y tenían que levantarse muy temprano decidieron irse a vivir, con su primo, a la casa arrendada de Ventanas. Ya el tema del baño fue el primer problema que se presentó, ya que en esa casa vivían seis trabajadores, estos, muchas veces salían desnudos después

de bañarse y ahora tenían que tener más cuidado. Otro problema mayor era el aseo y las tomateras que tenían ya que a veces invitaban a algunas pololas que tenían. Ya con este tema empezaron los primeros cahuines entre las primas y las amantes de los maestros. Otras bandereras comenzaron a pololear con los maestros, algunos solteros y otros que estaban casados, pero que les decían que estaban separados. Al final, sus verdaderas señoras, se enteraban del engaño y venían a la obra a encarar a sus rivales de turno. Esto generaba otro conflicto, había que trasladar al maestro en cuestión a otro frente de trabajo, para no encontrarse con su nueva polola, ya que las señoras amenazaban al Jefe de obra que, si no los cambiaba de frente de trabajo, ellas iban a realizar un escándalo en la instalación de faenas. Después se generaron peleas entre las propias bandereras por ser las preferidas de los jefes, no en el sentido amoroso, sino en la preferencia que pudiera tener el jefe, en cuanto a los bonos de producción que recibían a fin de mes. Otro problema que se presentó fue cuando el bus, que traía y dejaba a los obreros en sus casas, estos no le daban el asiento a las mujeres y acusaban de esta acción a los jefes y supervisores respectivos. Los supervisores, para resolver el tema, dejaron asientos reservados a las mujeres y cuando un obrero lo ocupaba lo hacían levantarse y darle el asiento a las damas. Ahí los otros trabajadores le hacían burlas y a veces se produjeron peleas a combo limpio.

Pero al final esto no era la mayor dificultad principal que se generó, sino lo que vino después. Dos bandereras quedaron embarazadas al mes de ser contratadas. Una de ellas era la que vivía en una de las casas de Ventanas y, de acuerdo a su confesión, no sabía quién

era el padre de la guagua. Tenía a dos posibles culpables, uno era soltero y el otro casado y no quería para nada tener que resolverlo judicialmente, quería que los dos se hicieran un examen para saber quién era el padre. Después supimos que a los tres meses de haber llegado a la obra, las dieciséis bandereras que estaban trabajando siete estaban embarazadas y debido a esto mismo era que seguían los problemas en aumento. El administrador dijo que debido a las grandes dificultades que se han producido, era mejor desvincular a todas las mujeres. Por supuesto que el administrativo le recordó que las bandereras embarazadas estaban con fuero materno y este duraba dos años, por lo tanto no las podía desvincular tan fácilmente. Como la obra duraba seis meses y a tres de iniciada las faenas se nos presentaron estos problemas. Por supuesto que no podría asegurar que un embarazo constituya un problema, pero lo que sí puedo asegurar que, en esas circunstancias, sí era una dificultad mayor. Entonces era fácil concluir que una vez terminado el trabajo ellas debían seguir vinculadas a la empresa. Como la constructora tenía obras en la zona solamente había que trasladarlas, una vez terminada esta obra, después de su post natal.

Bueno, dijo nuevamente el administrador, entonces tratemos de parar todos los escándalos que se han producido y les pidió a todos los jefes y supervisores no prestar oídos a los cahuines y ponerse un poco serios con el tema, ya que incluso la obra se había atrasado en su programación debido a esto. El Administrador se había dado cuenta que los mismos supervisores y jefes las oficiaban de celestinas y les dijo que si sabía de algo que ellos estuvieran involucrados se tenían que ir de la obra. Resultó que uno de los supervisores era

el padre de uno de los hijos de las bandereras. Cuando llegó la oportunidad de desvincular a todas las otras mujeres nos encontramos que tres de ellas, aparte de las siete iniciales también avisaron que estaban embarazadas. En total de dieciséis bandereras diez se embarazaron. Es posible que haya sido intencional o no, pero el tema es que no se le pudo echar de la obra.

Después hicimos un recuento de lo que sucedió y nos dimos cuenta que el problema inicial, de tener conflictos por el control de tránsito por parte de los hombres era mejor solución que contratar bandereras. Fue un tema que se conversó por años en la empresa y que fue motivo de risas y de variados comentarios de toda índole. Claro que con el tiempo fueron apareciendo por goteos las historias, como por ejemplo: peleas con algunas esposas de carabineros, obreros que se trenzaron a golpes, por ganarse el favor de las niñas; préstamos en dinero no devueltos. Bueno, también, otros relatos más oscuros que no se pueden contar en este libro.



Foto de mujer de la construcción dirigiendo el tránsito

LA CASA DE VERANEO

A mediados de la década pasada me enviaron a construir a la comuna de Zapallar una casa de veraneo para un empresario minero. La casa era de arquitectura mediterránea y de hormigón armado, con grandes ventanales que daban a una formidable vista al mar. La superficie total construida era de 450 metros cuadrados y el sitio donde estaba emplazada era de mil doscientos metros cuadrados. Para hacerse una idea esta superficie construida es casi el promedio de las viviendas de veraneo de la comuna de Zapallar, que comprende varias localidades como Papudo y Cachagua.

En esta zona se ubican actualmente los lugares más exclusivos y acomodados del país, destacando sus casas de lujo, con amplios jardines y paisajes. Aunque en Zapallar y las localidades cercanas igual tienen sectores carentes o poblaciones de menores recursos. Estos sectores son los que proveen de la mano de obra especializada para la mantención de los jardines, el cuidado de las casas y la servidumbre, en las distintas épocas del año, y también para las diferentes ampliaciones que hacen los dueños de las mansiones, durante el año.

La casa que me correspondió construir tenía un plazo de construcción de diez meses. Lo primero que se debía realizar era la demolición de la casa existente, que se había construido en la década de los años cincuenta, tenía una superficie de casi doscientos metros cuadrados. Además, tenía unos grandes árboles que había que cortar porque parte de la nueva casa, que era más amplia, tenía que construirse precisamente en ese mismo lugar. En fin, se sacó parte del paisaje y jardín existente.

Parte de los materiales que se rescataron de la demolición de la casa se ocuparon para la construcción de la instalación de faenas. Para esto fue necesario despejar a la entrada del sitio de árboles y maleza y construir una plataforma nivelada, ya que el terreno tenía una gran pendiente hacia el cerro. En definitiva, se construyó una vivienda de dos pisos, que se dividió como sigue: en el primer piso se instalaron los baños y duchas, la bodega y el comedor de los trabajadores y la oficina del Director de obras. En el segundo piso se construyeron cinco dormitorios con dos camas cada uno, para los trabajadores que venían de otras ciudades, más la cocina para elaborar sus almuerzos y un baño. Los jornaleros se contrataron en la misma comuna de Zapallar. En total la dotación total de trabajadores era de veinte obreros.

Para la labor de demolición de la casa existente se contrató una excavadora que a su vez cargaba los escombros en unos camiones tolva. Estos camiones los retiraban y los trasladaban a un botadero autorizado en la localidad de Maitencillo. En los trabajos de despeje del sitio se arrendaron unas motosierras para cortar los árboles y los mismos obreros se encargaron de esta labor, ya que

habían realizado estos trabajos anteriormente en la zona. Y para el desmalezado se contrató una retroexcavadora que iba sacando la tierra y el pasto con el cargador frontal y que también los cargaba en camiones para su retiro.

Una vez cumplida esta labor, que nos demoró aproximadamente un mes, comenzamos con los trabajos de construcción de la casa. Para esto el trazador comenzó el trazado de las fundaciones. Para la excavación de las fundaciones hubo que hacerlos completamente a mano, es decir, como se dice en la jerga de la construcción, se hizo a chuzo y pala. El terreno era tan duro y rocoso que se tuvo que arrendar martillos demoledores, que por supuesto hacían un ruido infernal.

La jornada laboral era de lunes a viernes de 08:00 a 18:00 horas, con una hora de colación entre las 13:00 y 14:00 horas. En los meses de verano, de diciembre a marzo, se cambió el horario de inicio de los trabajos. Estos quedaron entre las 9:00 y las 19:00 horas, para así no alterar el sueño y descanso de la gente linda. Los días sábados y domingos estaban estrictamente prohibidos los trabajos por la Dirección de obras de la municipalidad. Esto último era celosamente vigilado por inspectores municipales y Carabineros.

El hormigón fabricado en obra solamente se realizaba para la estructura de los muros y para el hormigonado de estos se realizaba en pasarelas y carreras de tablones. Al contrario, para el armado de las losas se contrataba el hormigón fabricado en planta y que era vaciado por bombas. Como dato adicional debo comentar que la casa a construir era de tres pisos. La enfierradura de los muros y losas se encargaban dos maestros enfierradores. Los moldajes

eran fabricados de madera y, para afianzarlos en los muros, se colocaban diagonales.

La obra se desarrollaba sin grandes novedades, excepto por pequeños detalles como cuando los dueños de las casas vecinas venían a solicitar favores. Estos eran de variada índole. Solicitaban un poco de mezcla de cemento para sus casas, pinturas, algún arreglo de gasfitería, madera u otro material de construcción. A veces venían a solicitarlo las nanas de los vecinos y los obreros se hacían los lindos. A veces pedían algún trabajo mayor como un radier para su cocina o su cuarto de bodega. Yo los autorizaba a realizar estos pololos durante la jornada laboral, siempre y cuando lo ganado sea destinado a un fondo común y que después compartiáramos y nos comiáramos un buen asado. Una vez le reparamos el techo a un vecino y este nos premió con una parrillada en un restaurant de la comuna. Algunas veces venían los Carabineros a pedirnos algún trabajo para el retén local y nosotros hacíamos la reparación gratuitamente. En otras ocasiones algunos nos pedían que le hiciéramos una casita para sus mascotas, como perros o gatos. Pero el acuerdo era que todos estos trabajos se tenían que recompensar con una comida en un restaurant, un asado, o si era en dinero, este debía destinarse para el fondo común. Algunas veces solicitaban un trabajo mayor, como una ampliación, o algún jardín, pero nosotros le decíamos que en este caso debía contratar a los maestros directamente, porque el trabajo podía durar muchos días. Así los maestros se ganaban un pololo para los fines de semana.

Cuando estábamos en plena construcción de la casa llegaba de improviso el dueño de ésta que, como lo dije anteriormente, era un

importante empresario minero. Cuando llegaba a la obra nos solicitaba algunos cambios en la construcción y trabajos anexos, que venían a sumar días al plazo final de la obra. Las modificaciones eran menores, pero igual impactaba en la programación y por esto le hacíamos hincapié en esta situación. Debo destacar que siempre que iba a visitar la faena, en forma aleatoria, nos traía algunas cosas para comer, como una vez que nos trajo carne de lomo para un asado y otras veces nos traía camarones, pero siempre llegó con algo de comida para los trabajadores.

Una vez que estábamos en pleno desarrollo de la obra gruesa nos visitó un inspector de la Municipalidad para pasarnos un parte. Yo le pregunté a que se debía esto y él me dice que un vecino reclamó por ruidos molestos. Tenemos un permiso de edificación extendido por la Dirección de obras de la Municipalidad, por lo tanto el parte no corresponde cursarlo, respondí yo. Eso debe decírsele al Juez de policía local el día al cual fue citado, me replicó el inspector municipal.

El día de la citación, que era un lunes, a las diez horas, me entrevisté con la jueza y yo con un poco de ironía le pregunto: Señora Jueza, ¿A qué se debe el parte? Me dice que es por ruidos molestos y yo le replico que tengo un permiso de trabajo de la Dirección de Obras de la Municipalidad y por lo tanto me autorizan a trabajar en el horario laboral establecido. Ella me dice que el parte es porque metemos mucha bulla. Señora Jueza, le puedo hacer una pregunta, contesto yo. Sí, dígame no más, me dice. La verdad es que yo estoy muy intrigado, ¿No sé cómo habrán construido las casas de aquí, si llegó un helicóptero y trajo la casa construida en otro

lugar y la instaló, o la construyeron con martillos de goma, pero no creo que la hayan armado sin hacer ruido?, creo yo, le dije. La jueza me miro sorprendida y se puso a reír disimuladamente, pero sin dejar de mirarme a la cara me lanza la siguiente declaración. La verdad es que la gente de aquí piensa que por tener mucho dinero es capaz de hacer lo que quiere, pero no pueden pasar por sobre las normas y las leyes. Es cierto lo que dice usted en cuanto a que tiene un permiso de edificación y este vale. Si usted trabaja fuera de este horario yo estoy facultada para multarlo, pero en este caso no procede. Váyase tranquilo a su trabajo y si alguien le pregunta por el parte usted le dice que lo multaron y así todo queda en paz.

Cuando llegó el verano y tal como lo dije antes, cambiamos el horario de trabajo, con un intermedio de una hora de colación. Esta nueva jornada era para no molestar tan temprano, en su descanso, con nuestros ruidos a los veraneantes del balneario. Esto trajo otros problemas que para nosotros eran insospechados y que nos acompañaron toda la temporada estival.

Como se llenó de veraneantes, estos generaban más ruido y problemas que nosotros mismos. En la época del verano la población flotante de la comuna se duplica y en algunos meses se triplica, lo que genera un gran movimiento de personas sin control. En la semana se llenaba de jóvenes que se ponían beber en las calles, en otras oportuniades, se quedaban a tomar fuera de nuestra obra, porque simplemente esta no tenía dueños que los pudieran corretear. Estas tomateras terminaban en conatos de peleas y nosotros, para evitar que esto pasara a mayores, llamábamos a Carabineros para denunciarlos y que hicieran un control de identidad. Dos

veces vinieron los carabineros a requerimiento nuestro y las dos veces se fueron con las manos vacías, porque debían controlar a hijos de gente importante. Una vez tenían que llevarse detenido a un joven que era hijo de un Senador, otro era hijo de uno de los más grandes empresarios del país y en otra oportunidad eran hijos de jueces, de rectores de Universidades, es decir gente con mucha influencia. Los carabineros nos decían que no podían hacer nada porque el jefe del retén o el Comisario les decía que si se llevaban detenidos a uno de estos hijitos de su papito iban a tener problemas con sus superiores. Eran jóvenes que nunca en su vida lo habían puesto límites a su existencia. Eran lo que llamamos comúnmente los hijos malcriados.

Para evitar que lanzaran sus botellas vacías a la obra, nosotros salíamos y tratábamos de conversar con ellos y decirles que se calmaran. Muchos jóvenes, entre los 15 y los 25 años, después de entablar una conversación con ellos se ponían a llorar y nos decían que estaban solos y que sus padres se fueron de vacaciones a otra ciudad u otro país y que estaban al cuidado de sus nanas. Nos decían que sus padres eran muy ausentes y lo único que les importaba era lo material. Recuerdo que dos de ellos me conversaban que estaban estudiando unas carreras en la universidad relacionadas con el área comercial, pero que no les gustaba y lo hacían porque sus padres lo obligaban. Querían estudiar otras carreras relacionadas con las artes, con las ciencias o pedagogías, pero sus padres se oponían tenazmente. Ahí descubrí que muchos de ellos son muy infelices, estudiando carreras sin vocación. Cuando tomaban se sinceraban y se desahogaban de sus miserias.

Como en la obra teníamos un comedor y una cocina, en el segundo piso, además donde estaban los dormitorios de todos nosotros, llegaban los jóvenes, tanto mujeres como hombres a conversar y a pedirnos un pedazo de pan o algo para comer. En algunas ocasiones venían muertos de hambre y le dábamos comida, la que por supuesto se la comían toda y no dejaban nada en el plato. Muchos de ellos ni siquiera tenían plata para comprarse ni un superocho. Ya cuando había más confianza venían a jugar con nosotros al naipe inglés y conversaban de su vida de ricachones..., pero muy vacía. Siempre se sentían muy carentes del amor familiar. Varios de ellos venían de padres separados y tanto su madre como su padre se iban de vacaciones con sus nuevas parejas y enviaban a sus hijos al balneario de Zapallar. Ahí, en la soledad de sus mansiones, vivían una vida chata, plana y sin grandes sobresaltos.

Toda esta historia me recuerda al caso de Martín Larraín, el hijo del Ex Senador Carlos Larraín y quien en una de sus tomateras y viajando en su camioneta rumbo a Santiago atropelló y mató a un transeúnte en el sur de Chile. No se detuvo a socorrer al intrascendente, sino todo lo contrario, al creer que valía menos que un perro lo dejó botado en la berma y se dio a la fuga. Lo grave es que estudios forenses realizados al cuerpo del difunto llegaron a la conclusión de que si hubiese tenido atención médica inmediata se habría salvado. No contento con esto, Martín Larraín y sus amigos, siguieron en sus libaciones hasta el día siguiente y solamente fueron descubiertos porque carabineros, en un control de rutina, vieron la camioneta con un pequeño choque, en su parte frontal, que les causó sospecha. Es decir, cumplió con todos los agravantes

de un asesinato a mansalva, sin embargo, fue declarado inocente y no pasó ni siquiera una noche en la cárcel.

Los jóvenes ricachones, no solamente de Zapallar, sino de otras comunas pitucas, como Vitacura, Las Condes, Pucón, Villarrica u otras que se me olvidan, no solamente son malcriados, insolentes, arrogantes, sino que también varios de ellos cargan un enorme historial de abandono y falta de cariño de parte de sus padres. Cuando están con tragos o drogados cuentan sus miserias humanas, su falta de vocación en sus profesiones o su desinterés en la misma, porque sus padres los obligan a estudiar algo que no les gusta. En este aspecto, no todos, por si acaso, siempre existen honrosas excepciones; la justicia para ellos siempre los va a tratar de forma diferente a la del chileno común. Aquí una lección para aprender a nuestros compatriotas.

(6)

LOS SAQUEOS EN CONCEPCIÓN

Antes y después del terremoto del 27 de febrero del año 2010 trabajé como profesor o instructor de capacitación laboral en un Organismo Técnico de Capacitación (OTEC), dependiente del Instituto del Cemento y del Hormigón de Chile (ICH). Impartía clases a dos cursos diferentes. El primero era: “Técnicas de trabajos de hormigón”, dirigido a los capataces y supervisores. El total de alumnos oscilaba entre quince y veinte empleados y estos cursos se realizaban completamente en terreno, es decir, durante su jornada laboral teníamos que ir enseñando y mejorando los trabajos que se realizaban en hormigón. Esto iba complementado con una hora de clases en sala y ésta se realizaba en el casino de la obra. El segundo curso llamado: “Técnicas de mejoramiento a la gestión de la administración”, estaba dirigido a los profesionales y administradores de obras. Estas jornadas de instrucción se realizaban exclusivamente en salas de clases. Para los cursos o seminarios a los Directores de obras estos se realizaban en un local u hotel cerca de la obra que se estaba construyendo. Estos centros de eventos estaban dispuestos con salas de capacitación y se realizaba fuera del horario de trabajo. El mínimo de profesionales a quienes se les

impartía este curso era de diez con un máximo de quince. Una vez terminados los cursos se les entregaba un diploma de participación con el logo de la OTEC y del ICH, con la firma del Director y del profesor.

Antes del sismo estaba realizando estos cursos para la empresa constructora Tecsa, en la construcción de la Central termoeléctrica de Bocamina II, en la ciudad de Coronel. Ya había sido construida la Central Bocamina I, 50 años atrás, y ésta era la continuación de la primera, por lo tanto no se necesitaba estudio ni declaración de impacto ambiental. La construcción de esta segunda Central termoeléctrica había sido muy resistida por los habitantes de Coronel. Debido a lo anterior la empresa realizó algunas compensaciones a los habitantes de la zona, aunque muy insuficientes para el grado de contaminación que se vendría sobre esa zona carbonífera. Estas dos Centrales termoeléctricas ocupaban carbón para su funcionamiento, sin embargo, este era importado y transportado en grandes barcos de bandera extranjera. En esa zona se habían cerrado la totalidad de las minas de carbón durante el gobierno de Eduardo Frei Ruiz Tagle. Toda una paradoja para una comuna que tenía y tiene uno de los mas grandes índices de cesantía del país.

Con el tiempo esta segunda Central había tenido problemas con la biomasa del mar donde descargaba el agua de enfriamiento. Es decir, se produjo un desastre ecológico que afectó seriamente a la pesca artesanal del sector. Como consecuencia de esto los pescadores salieron a protestar en el sector de Lo Rojas y la respuesta del Gobierno fue siempre la misma, la represión y la falta de diálogo. Debido a la cesantía de los pescadores de la zona, los sindicatos

de trabajadores de Coronel y Lota apoyaron con comestibles a las ollas comunes que, espontáneamente, se organizaron para paliar la creciente hambruna.

Después del terremoto seguía realizando cursos de capacitación en la Octava Región, específicamente en la ciudad de Concepción, ahora en la construcción de la sede del DUOC UC, en el sector de Lomas de San Andrés. Yo estaba alojando en un hotel, en el centro de la ciudad, que por supuesto contaba con equipos autónomos para superar el corte de energía eléctrica y de agua potable. Entonces, debido a que estaba en el corazón mismo del desastre, pude percatarme de toda la tragedia que cubrió esa asotada y maltratada ciudad.

Después de producido el mega sismo se cortaron o sufrieron desperfectos los servicios básicos como la luz eléctrica y el agua potable, en vastos sectores de la ciudad. La empresa sanitaria culpó a la empresa de electricidad por no poder hacer funcionar su sistema de bombeo debido a la falta de energía eléctrica y ésta respondió que sus equipos no estaban adecuados para un terremoto de esa magnitud. Pero la falta de pericia y preocupación de la empresa sanitaria por la población desvalida, no pudo o mejor dicho no quiso repartir agua potable en sus camiones cisternas. No se vió por esos días ningún punto de reparto del vital elemento en la ciudad. La población, carente a esas alturas de recursos económicos o de dinero en efectivo, ya que faltaba un día para fin de mes, que es la fecha en que los trabajadores de Chile se les cancela su sueldo y sin poder ocupar sus tarjetas bancarias o cuenta RUT, porque se había caído el sistema para operar, empezaron a desesperarse.

A la falta de los bienes o alimentos de primera necesidad, como agua, leche, pañales desechables, papel higiénico y otros, la gente se agolpó en los almacenes de barrio o en los supermercados. Los primeros subieron los productos hasta una cifra inalcanzable. De hecho las botellas o bidones de agua mineral empezaron a venderse hasta mil por ciento de su valor real, es decir comenzaron con la especulación y el acaparamiento. Los segundos, me refiero a los supermercados, cerraron sus puertas debido a la falta de luz eléctrica en el sector donde estaban emplazados y por temor a su seguridad, aunque tenían equipos electrógenos para funcionar, igual cerraron sus puertas sin preocuparse de la población que reclamaba urgentemente por los productos básicos. Porque digámoslo como es, en estricto rigor uno de los objetivos, sino es el único, que tienen las grandes cadenas del retail y de los supermercados es la ganancia, sin preocuparse de las verdaderas necesidades básicas de la desesperada población.

Hago un pequeño análisis a esta conducta humana de los negociantes, que en vez de renunciar unos días a sus obscenas utilidades y de haber repartido la mercadería a la gente no habríamos visto las dantescas imágenes de destrucción y saqueo que se repitieron durante los siguientes días. Si bien, en un principio y después de varias jornadas, los supermercados abrieron sus puertas y comenzaron a vender la mercadería a bajo precio, porque muchas de ellas estaban a punto de descomponerse, la población no perdonó su indolencia inicial y los castigó con los saqueos posteriores. Entonces, el asunto para el Gobierno, la derecha y los medios de comunicación, se circunscribió a un tema de proteger la pro-

piedad privada. La alcaldesa de la UDI y hoy senadora de Concepción, para esconder su ineptitud en resolver la crisis en su ciudad, se limitó a pedir con urgencia los militares, no para ayudar a esa martirizada población que clamaba por ayuda y restitución de los servicios, sino para mantener el orden, que a esa altura era difícil de controlar. Cuando a los tres días la presidenta de La República declaró el Estado de sitio, llegaron a la zona cerca de doce mil efectivos militares. No para ayudar a la reconstrucción, tampoco para despejar las calles de los escombros ni ayudar a esa desvalida población, sino para establecer el orden, como se pidió majaderamente. En una radio local, muy escuchada, se oyó decir a un locutor por esos días: “Se acabó el webeo, señures”. Frase de marcada connotación pinochetista y fascista.

Al final el sismo dejó al descubierto nuestra frágil infraestructura como país. Fallaron las empresas sanitarias, las eléctricas y las de telefonía celular y todas, de una u otra manera, culpándose entre sí. Las calles o vías de circulación recién inauguradas colapsaron y las que seguían en pie eran algunas de las concesionadas y que por falta de dinero en efectivo los automovilistas no podían utilizar. Pese a la magnitud del desastre siguieron cobrando igual, incluso a los vehículos de emergencia, como bomberos y ambulancias. Total indolencia e indiferencia ante la tragedia.

Cualquier opinión que se pueda dar a esta pasmosa inoperancia tiene que ver con en el país que hemos construido. Hemos dejado todos nuestros servicios en manos privadas y éstas demuestran cada vez más su inoperancia en estas tragedias, porque, y vuelvo a

insistir en esto, buscan la rentabilidad de sus inversiones, o sea el lucro. Y este objetivo lleva inexorablemente al desastre final.

Entre todo este caos el Gobierno central y local daban cada vez señales equivocadas a la población. Durante las primeras horas, después del sismo, por radio y televisión se insistía que no había riesgo de tsunami, cuando ya esa mañana el tren de olas había barrido la base naval de Talcahuano y había soltado las amarras del buque museo Huáscar, fondeado en la bahía. Nadie sabía ni entendía nada. Entonces, por iniciativa propia, la gente empezó a subir a los cerros en varias localidades, no solamente de la Octava Región sino en otras ciudades del país. Pero carabineros, por intermedio de los altoparlantes, los conminaron a regresar a sus casas porque, según las instrucciones y noticias del Gobierno ya no había peligro de marejadas. Sin embargo, después del regreso de los pobladores a sus casas las olas arrasaron varios pueblos costeros y las víctimas se contaron por centenas. Como dato final hubo cerca de ochocientos muertos y veinticinco desaparecidos, no como consecuencia del terremoto en sí, sino por el tsunami que los arrastró más adentro. Muchos de estos muertos aún continúan desaparecidos.

Las primeras ayudas en víveres, abrigo y carpas aparecieron recién al cuarto día del sismo a la ciudad de Concepción y eso que ésta es la segunda ciudad en importancia del país. Entonces, hago la comparación de aquellos pueblos alejados y de difícil acceso y doy por descontado que la ayuda a esos lugares llegó a la semana siguiente. Esto sucedió porque lo primero que se fijaron todos, desde las autoridades y medios de comunicación, fue la seguridad pública y la protección de la propiedad privada, en lugar de la solidaridad y

del sufrimiento de una población en desgracia. Además, faltaba el reconocimiento a un pueblo unido en la tragedia y de las urgentes tareas de reconstrucción y limpieza. Nada de esto se vio en esos oscuros días. Incluso comenzó la sicosis colectiva al difundirse falsas noticias de que pobladores de otros sectores realizarían saqueos en sus desmedradas casas. Entonces los habitantes del pueblo, supuestamente atacado, permanecía en vigilia y armados con palos y machetes, expuestos al frío y la lluvia de la noche en esa fría ciudad, cuidando los pocos bienes que aún les quedaban en pie.

Al final, y como siempre ha ocurrido en este país, paraíso del modelo neoliberal en estos desastres el mayor castigo, se abatió sobre los sectores más pobres y vulnerables de la población. Principalmente por el débil material con que se construyen sus viviendas o por la ubicación de las mismas. Ya que debido al crecimiento desordenado y sin planificación previa y, también por la falta de recursos económicos, hace que construyan en zonas peligrosas, como lechos de ríos o cercanos al mar y que se exponen al castigo de la naturaleza en eventos como éste. Además, son doblemente golpeados, una por la falta de abrigo y la otra por carencia de alimentos que puedan guardar por días. Es decir, viven sin planificación previa y sin ninguna previsión a los riesgos que se ven expuestos.

Vuelvo a recordar esto nuevamente, todos los medios de comunicación del país, tanto escritos, radiales o televisión, proyectaban siempre la misma y sensacionalista noticia, lo que muestra el carácter de clase que rápidamente asumen eventos como un sismo de esta magnitud. Casi sin excepción, los periodistas que relata-

ban las impresionantes noticias de los primeros saqueos de supermercados en Concepción colocaban el énfasis en el derecho de propiedad de los dueños de las cadenas, en lugar del hambre, la desesperación y la necesidad de la gente. Porque a esa altura ya habían pasado más de tres días desde el sismo, sin que la población haya recibido una mínima orientación de lo que se debía hacer y ni siquiera un mínimo de ayuda gubernamental.

Cuando aparecieron los primeros saqueos, realizados por hordas de gente espontáneamente, no sólo a las grandes tiendas, sino a pequeños comerciantes que intentaron defender a ultranza sus pertenencias, aun a riesgo de sus vidas, todos de una u otra manera nos sentimos avergonzados, porque incluso se vio a gente de clase acomodada en el pillaje. Pero aquí uno se pregunta: ¿Es saqueo o libre mercado la conducta de aquellos comerciantes que, aprovechándose de la tragedia, elevaron productos como el pan, hasta diez veces su valor? ¿Es moralmente aceptable que personas de mejor condición social acaparen productos básicos que necesitaban los afectados, mientras otros, en otras regiones, no castigadas por el sismo, continuaban su vida normal? ¿Qué pasa con la condena pública a esas conductas igualmente despreciables? Y una pregunta ineludible: ¿Quién le responde a la gente por el enorme sufrimiento social derivado de tan manifiesta inoperancia en el manejo de la crisis? Este sismo demostró con asombro cómo colapsó toda la infraestructura de comunicaciones, incluidas por cierto la de las Fuerzas Armadas y Carabineros. Ni siquiera el Gobierno y sus funcionarios tenían una red de respaldo para operar teléfonos celulares. Como anécdota a este folklórica situación, quedó la

de la candidata demócrata a la presidencia de Estados Unidos, que realizó una visita a Chile durante esos días y le regaló un teléfono satelital a la presidenta de Chile, para comunicarse con cualquier lugar de Chile y el mundo. Es decir, nuestro país, ejemplo de modernidad, quedó expuesto a la sorna y la crítica internacional

Entonces, nuevamente la pregunta: ¿Qué hubiese pasado si esos servicios básicos e indispensables estuviesen en poder del Estado o bajo algún régimen de administración pública? Al final la triste realidad confirma lo contrario. El hecho es que estaban en poder de conglomerados privados. A pesar de esto, ya pasados tres días del megasismo, las zonas más golpeadas por la tragedia seguían sin energía eléctrica ni agua potable, sin que ninguna autoridad diera una explicación lógica a lo sucedido. Por supuesto que esta indolencia generaba numerosos efectos en cascada, incluyendo naturalmente lo que vendría después, la violencia y explosión social.

Este mismo argumento se puede dar para el colapso de puentes o autopistas concesionadas a lo largo del país o daños estructurales en centenares de edificios recién inaugurados o incluso aún en construcción. El obispo de Rancagua, Alejandro Goic, argumentó o explicó en algo esta situación: “ El empresariado usa mal su libertad y por ganar unos pesos más llegamos a esta triste tragedia”. Claramente que esta fue una de las causas. Por hacer rentable una construcción se construye con menor calidad y al menor tiempo, pero también están en las normas y protocolos de construcción y en la supervisión de las mismas. Los grandes recursos económicos que se mueven en el mundo de la construcción han logrado, a costa de corrupción, relajar el cumplimiento de la normativa por

parte de ciertas empresas y también de la fiscalización de las entidades gubernamentales. Como una triste foto, los resultados estaban a la vista y nadie los podía desmentir.

Después de todo lo visto y expuesto queda el problema más importante y delicado, aquél que el Obispo de Concepción, Ricardo Ezzatti denominó “un segundo terremoto”. Esto fue corroborado por los más lúcidos reporteros de televisión que lo describieron como un “terremoto social” de consecuencias casi más devastadoras que el mismo sismo produjo.

Indagando en las innumerables artículos escritos acerca de este fenómeno social me encontré con una reflexión del profesor de derecho laboral de la Universidad Diego Portales, José Luis Ugarte, quien formuló acertadamente la interrogante: “¿Por qué en Chile apenas el orden se retira, cuando el brazo armado de la ley deja de atemorizar, los sectores más pobres se sienten con el legítimo derecho de saquear y tomar aquello que de otro modo no alcanzan?”. Y la respondió también de forma atinada: “La sensación de injusticia y de exclusión, altamente extendida entre los pobres, que tantas veces se ha diagnosticado como escandalosa desigualdad, hace que nuestra sociedad esté adherida con el mismo pegamento que esos edificios nuevos que se derrumban”. Incluso da un paso más allá: “El terremoto, quién lo iba a decir, ha desnudado al capitalismo chileno mostrando vergonzosamente sus pies de barro. Ni nuestra mejor propaganda ni la de los organismos financieros puede esconder que a la hora de repartir entre todos nuestros beneficios, nos parecemos más a los países africanos que a los del primer mundo con los que nos gusta compararnos”.

Sin ser experto en el tema y haciendo un análisis sociológico de lo visto y expuesto, en las zonas azotadas por el terremoto se verificó de manera amplificadora lo que algunos autores denominan: como anomia social. Esto es nada más y nada menos que la desviación o ruptura de las normas sociales por las que se rigen los ciudadanos de cualquier país civilizado. El profesor Ugarte lo grafica de mejor manera: “es una falta de lealtad con la sociedad, con la autoridad, con el sistema como lo llaman ellos”. Entonces reflexiona nuevamente: “¿Se le puede pedir lealtad con la sociedad a aquellos sectores triplemente marginados; marginados del reparto de los recursos; marginados de las oportunidades y marginados de la participación política y social? ¿Y quién puede lanzar la primera piedra en cuanto al respeto a las normas o exigir lealtad social después de tres décadas de prédica de individualismo, de alabanzas al consumismo desenfrenado, de disolvente práctica del sálvese quién pueda y de la descarada impunidad de los delitos financieros y de los delincuentes de cuello y corbata?”.

Aquí cito una frase tan sabia en un rayado en la cárcel de Concepción: “Aquí estamos presos los que robamos poco”. La certeza que queda en el ambiente es que si alguien roba un celular se va preso por años, sin embargo, el que comete millonarios fraudes al fisco o comete estafa o mejor dicho a quienes se enriquecen a costa de información privilegiada, algo que ningún ciudadano a pie puede acceder, son nombrados Ministros u ostentan cargos del gobierno, o también en altos puestos del mundo empresarial. Y cuando son descubiertas sus fechorías reconocen el delito, pagan una multa irrisoria y firman mensualmente en el juzgado correspondiente.

Entonces, en este contexto cabe nuevamente la interrogante del profesor Ugarte: “Por qué pedir a tanto chileno que recibe el sueldo mínimo, que no tiene mayores derechos laborales, ni autoridades que lo representen; que no tienen ni salud ni educación pública de calidad, que de súbito muestre lealtad y compromiso, y no sólo miedo a la cárcel, con un modelo que los excluye, y que después respeten el sagrado derecho de propiedad?” Pedir esto es simplemente una ingenuidad que el terremoto ha hecho caer como la cúpula de la Divina Providencia. A la inversa, agrega, “no es difícil entender por qué los ganadores en nuestro modelo, unos pocos, exhiben y exigen alta lealtad a las reglas, incluidas las que protegen de mejor manera sus éxitos y triunfos, como es la propiedad. Lo difícil es pretender que los perdedores de siempre, nuestros eternos pobres, tengan lealtad hacia reglas que no sólo no han diseñado, sino que mirada nuestra historia, han estado marcadas desde siempre a favor de los mismos, es decir los poderosos”.

En países más desarrollados y con los cuales nos encanta compararnos, como los de la OCDE, que hacen cada día grandes esfuerzos por incluir y distribuir el producto entre su población, serían inimaginables las escandalosas escenas de saqueo y destrucción que todos vimos en los medios de comunicación. Esto, porque en esos países, aparte de tener más conciencia de la solidaridad social, existe un alto grado de respeto a la autoridad, asimismo una gran lealtad a las normas y gran cohesión social. Muy diferentes a nuestro país que se empeña de ser “ejemplo de modernidad”.

He tenido la fortuna de compartir el día a día con los obreros de la construcción y en cada una de sus historias se esconde una gran

frustración y rabia acumulada hacia los poderosos, hacia los abusadores, hacia los decincuentes de oficina. Es como una olla en ebullición que cada día que pasa está a punto de estallar.



Foto de pobladores de Concepción saqueando supermercados

ÍNDICE

| | |
|---|-----|
| DEDICATORIA | 3 |
| AGRADECIMIENTOS | 3 |
| PRÓLOGO | 6 |
| LA CELEBRACIÓN NAVIDEÑA QUE NO FUE | 9 |
| EL INTENDENTE QUE FUE POR LANA | 18 |
| EL PERRITO DE LA CUICA | 28 |
| EL ASADO EN EL CEMENTERIO | 35 |
| EL PACO FRUSTRADO | 43 |
| EL GERENTE SINGULAR | 49 |
| LA CONSTRUCCIÓN EN LA JOSÉ MARÍA CARO | 54 |
| EL OJO DEL CHITO | 64 |
| LOS TIJERALES EN LA UNCTAD III | 71 |
| EL ACCIDENTE DEL COLECTOR | 80 |
| ASALTO A UNA VECINA | 88 |
| LA CÁRCEL DE RENGO | 95 |
| LA ITO | 102 |
| EL JUGADOR DE FÚTBOL | 108 |
| LAS BANDERERAS | 115 |
| LA CASA DE VERANEIO | 122 |
| LOS SAQUEOS EN CONCEPCIÓN | 128 |
| ÍNDICE | 168 |